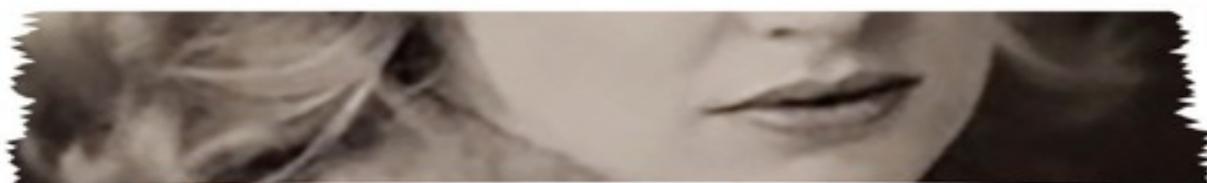
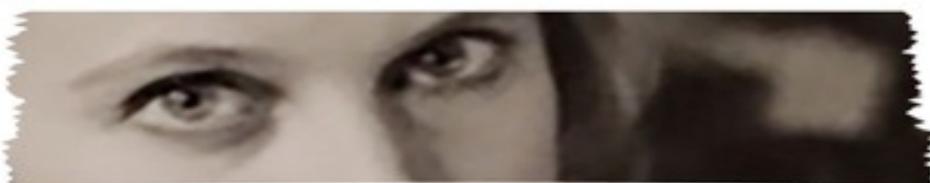


Siri Hustvedt

Los ojos vendados



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

UNO

DOS

TRES

CUATRO

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Iris Vegan, una estudiante de literatura de la Universidad de Columbia, relata sus inquietantes encuentros con personajes neoyorquinos que el azar y la coincidencia han puesto en su camino. La relación de estos singulares momentos, en los que las fuerzas oscuras pueden cambiar el curso de una vida, permite al lector abordar esta obra como la suma de cuatro episodios independientes pero complementarios a la vez.



Seix Barral Biblioteca Formentor

Siri Hustvedt

Los ojos vendados

Traducción del inglés

por Claudio López de Lamadrid

Para Paul Auster

UNO

Aún hoy a veces creo verlo en la calle, de pie junto a una ventana o inclinado sobre un libro en una cafetería. Y en ese instante, antes de caer en la cuenta de que se trata de otra persona, se me encoge el estómago y me quedo sin respiración.

Lo conocí hace ocho años. Yo acababa de graduarme en la Universidad de Columbia. Ese verano hacía mucho calor y me costaba dormir por las noches. Me quedaba echada en mi apartamento de dos habitaciones de la calle Ciento nueve Oeste escuchando los ruidos de la ciudad. Me dedicaba a leer, escribir y fumar hasta que se hacía de día, pero algunas noches en las que el calor me abatía hasta el punto de impedirme trabajar, contemplaba a mis vecinos desde la cama. Miraba a través de la ventana atrancada, por el estrecho extractor al apartamento enfrente del mío, y veía a los dos hombres que vivían allí deambular de una habitación a otra, medio vestidos y sofocados de calor. Un día de julio, no mucho antes de conocer al señor Morning, uno de los hombres se acercó desnudo a la ventana. Había oscurecido y se quedó allí durante un buen rato con el cuerpo iluminado desde atrás por una lámpara amarilla. Me camuflé en la oscuridad de mi habitación y en ningún momento supo que yo estaba allí. Esto sucedió dos meses después de que Stephen me dejara, y yo pensaba incesantemente en él, revolviéndome en las sábanas húmedas, incómoda, angustiada.

Durante el día me dedicaba a buscar trabajo. En junio había hecho una investigación para un historiador médico. Cinco días a la semana me sentaba en la sala de lectura de la academia de medicina de la calle Ciento tres Este, y

me dedicaba a llenar fichas con información sobre enfermedades importantes —peste bubónica, lepra, gripe, sífilis, tuberculosis—, así como otras aflicciones más oscuras que ahora sólo recuerdo por sus nombres: codo del tenista, fiebre del heno, enfermedad de Ragsorter, rodilla de la criada y fiebre del dandi. El doctor Rosenberg, un octogenario que hablaba y se movía muy despacio, me pagaba seis dólares a la hora por llenar esas fichas, y aunque nunca entendí qué utilidad les daba, jamás se lo pregunté, temerosa de que la explicación durase horas. El trabajo concluyó cuando mi jefe se fue a Italia. Siempre había sido una estudiante pobre, pero la partida del doctor Rosenberg me dejó en una situación desesperada. No había pagado el alquiler del mes de julio, y no tenía dinero para el de agosto. Me acercaba diariamente a la Facultad de Filosofía para mirar en el tablón de anuncios las ofertas de trabajo, pero siempre que llamaba por alguna en concreto ya habían cubierto el puesto. En cualquier caso, así fue como descubrí al señor Morning. Una pequeña nota escrita a mano anunciaba el puesto: «Se busca. Ayudante de investigación para un proyecto ya en marcha. Preferentemente estudiantes de Literatura. Herbert B. Morning». Bajo el nombre había un número de teléfono, y llamé de inmediato. Antes de que acabara de presentarme, un hombre con una bonita voz me dio una dirección en Amsterdam Avenue y me dijo que me personara allí cuanto antes.

Estaba nublado pero el sol resplandecía, y parpadeé al cruzar la puerta del edificio de apartamentos donde vivía el señor Morning. El ascensor estaba estropeado, y recuerdo cuánto sudé mientras subía las escaleras hasta el cuarto piso. Todavía puedo ver su expresión atenta en el umbral. Era un hombre muy pálido con una nariz grande y atractiva. Respiraba pesadamente cuando, al abrir la puerta, me hizo pasar a una diminuta y sofocante habitación que olía a gato. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías, y por toda la habitación había más libros amontonados en torres que se inclinaban. También se veían altas pilas de periódicos y revistas, y debajo de una ventana con la persiana bajada había un montón de ropa vieja o harapos. El centro de la habitación estaba ocupado por un imponente escritorio de madera, y sobre él había una docena de cajas de diferentes tamaños. Cerca del escritorio había una cama estrecha, y sus arrugadas sábanas estaban

plagadas de más libros. El señor Morning se sentó detrás del escritorio y yo en una vieja silla plegable al otro lado. Por un agujero en la persiana se colaba un delgado rayo de luz que caía entre nosotros, y al fijarme vi una nube de polvo.

Me puse a fumar, contribuyendo a enrarecer más el ambiente de la habitación, y observé la piel de su cuello; de un blanco lunar. Comentó que estaba contento de que hubiera acudido y volvió a sumirse en el silencio. Me contempló sin aparente reserva, abarcando todo mi cuerpo con la mirada. Ignoro si su escrutinio fue lujuria o simple curiosidad, pero yo me sentí asaltada y me volví, y cuando me preguntó cómo me llamaba, mentí. Lo hice a toda prisa, me inventé un nuevo apellido sin vacilar: Davidsen. Me convertí en Iris Davidsen. Lo hice para defenderme, para protegerme de un peligro amorfo, pero el nombre falso acabó por obsesionarme; me llevó a otro lugar, me hizo perder el rumbo y alteró extrañamente todo mi mundo durante un tiempo. Cuando ahora pienso en ello, veo en esa mentira el inicio de todo, una especie de puerta a mi inestabilidad. Todo lo que le dije aparte de eso fue verdad: que mis padres y hermanas vivían en Minnesota, que había estudiado Literatura inglesa del siglo XIX, que había trabajado en investigación y hasta le di mi número de teléfono. Mientras hablaba, él no dejaba de sonreírme, y me dije que tenía una sonrisa íntima, como si me conociera desde hacía años.

Me dijo que era escritor y que colaboraba en diferentes revistas para ganar dinero.

—Escribo de todo y para todos —comentó—. He escrito para *Field and Stream*, *House and Garden*, *True Confessions*, *True Detective*, *Reader's Digest*. He escrito relatos, una novela de espionaje, poemas, ensayos, reseñas..., y en una ocasión incluso el texto de un catálogo de arte. —Sonrió e hizo un gesto con el brazo—. «Las rítmicas telas de Stanley Rubin dejan traslucir una deuda con el manierismo, con Pontormo en particular. Las largas y onduladas formas insinúan...» —Rio—. Y pocas veces firmo con el mismo nombre.

—¿Se esconde detrás de un seudónimo?

—No, señorita Davidsen, yo nunca me escondo, escribo aquí, normalmente sentado y a veces de pie, pero siempre a la vista. En el siglo

dieciocho lo normal era escribir de pie ante un escritorio. Thomas Wolfe escribía de pie.

—No me refería a eso.

—Por supuesto que no. Verá usted, lo que sucede es que lo más probable es que *True Confessions* no quisiera publicar a Herbert B. Morning y sí a Fern Luce. Es algo tan simple como eso.

—¿Le gusta esconderse detrás de máscaras?

—Me entusiasma. Da cierto colorido y peligro a mi vida.

—¿Hablar de peligro no es exagerar un poco?

—No lo creo. Nada me sobrepasa en cuanto doy el nombre apropiado para cada proyecto. No es una cuestión arbitraria. Requiere talento, genio, si puedo decirlo, dar con el alias apropiado para el hombre o la mujer que vayan a hacer el trabajo en cuestión. Dewitt L. Parker, por ejemplo, escribió el texto de ese catálogo de arte, y Martin Blane, la novela de espionaje. Pero también se corren riesgos. Hasta la planificación más cuidadosa puede torcerse. Es imposible saber a ciencia cierta quién se esconde detrás del seudónimo que yo elijo.

—Ya veo —dije—. En ese caso será mejor que le pregunte quién es usted en estos momentos.

—Querida señorita, tiene usted el privilegio de dirigirse a Herbert B. Morning en persona, sin las trabas impuestas por otras personalidades.

—¿Y para qué necesita el señor Morning un ayudante de investigación?

—Para una especie de biografía —dijo—. Para un proyecto sobre la parafernalia de la vida, fragmentos y piezas, tesoros y desechos. Necesito alguien como usted para que responda libremente a los objetos en cuestión. Necesito un oído y un ojo, un amanuense y una voz, un Viernes por cada día de la semana, alguien que sea agudo y sensible. Como verá, estoy husmeando en la esencia misma del mundo inanimado. Algo así como una antropología del presente.

Le pedí que especificara más el trabajo.

—Empezó hace tres años, al morir ella. —Hizo una pausa como si estuviera pensando—. Una niña..., una chica joven. Yo la conocía, aunque no demasiado. En cualquier caso, tras su muerte me encontré en posesión de un

puñado de sus cosas, cosas de uso diario. Las tenía en mi apartamento, esto y aquello, lo otro y lo de más allá; objetos perdidos, abandonados, inarticulados pero no muertos. Ahí estaba el quid. No estaban muertos, al menos en la forma en que pensamos en un objeto inanimado. Parecían cargados con una especie de poder. A veces casi podía sentir cómo ese poder los hacía moverse y, tras algunas semanas, me di cuenta de que parecían estar perdiendo esa vivacidad, era como si estuvieran volviendo a su coseidad. Y decidí guardarlos en cajas.

—¿Los guardó en cajas?

—Los guardé en cajas para evitar que nada ni nadie los tocara. Estoy seguro de que esos objetos llevan la huella de ella; la marca de un cuerpo cálido y vivo en el mundo. Y aunque he procurado mantenerlos a salvo, se están enfriando. Lo sé. Ha pasado demasiado tiempo y es urgente que empiece a trabajar. Tengo que ponerme en marcha rápidamente. Le pagaré sesenta dólares por objeto.

—¿Por objeto? —Sudaba en mi silla y cambié de posición, estirándome la falda por debajo de las rodillas, que estaban extrañamente frías al tacto.

—Se lo explicaré todo —dijo. Sacó una pequeña grabadora de un cajón del escritorio y la empujó en mi dirección—. Primero, escuche esto. Le explicará casi todo lo que quiere saber. Mientras escucha saldré de la habitación.

Se levantó de la silla y se dirigió hasta una puerta. Un gato amarillo de gran tamaño salió de detrás de una caja y lo siguió.

—Apriete el play —ordenó antes de desaparecer.

Cuando me disponía a coger el aparato vi junto a éste un cuaderno en el que habían garrapateado las palabras *mano femenina*. Las palabras parecían importantes, y las recuerdo como la clave de acceso a una vida subterránea. Al poner la cinta en marcha una voz de mujer susurró: «Esto perteneció a la fallecida. Es una sábana blanca de cama individual...». Seguía una meticulosa descripción de la sábana. Incluía hasta la más mínima arruga o mancha, la textura del gastado algodón e incluso la etiqueta de la que, tras repetidos lavados, habían desaparecido las palabras. Duró cerca de diez minutos; todo el discurso fue pronunciado en esa peculiar media voz. La descripción en sí

era de lo más tediosa y yo sólo escuchaba pensando en lo que vendría a continuación, suponiendo que las palabras no tardarían en hablar de algo distinto a la sábana. No fue así. Cuando se acabó la cinta, miré hacia la puerta por la que había desaparecido el señor Morning y vi que estaba entreabierta, y que por ella asomaba la mitad de su rostro. Estaba iluminado desde atrás y no podía distinguir sus rasgos con claridad, pero el pálido cabello de su cabeza resplandecía, y mientras se acercaba hacia mí pude oír de nuevo su dificultosa respiración. Intentó cogerme la mano. La aparté sin pensarlo.

—Lo que quiere son descripciones de los objetos de esa chica, ¿no es cierto? —Me di cuenta de la tensión y la formalidad de mi voz—. No entiendo qué tiene que ver una descripción grabada con el conjunto de su proyecto ni por qué la mujer de la cinta hablaba entre susurros.

—El susurro es esencial porque la voz humana es demasiado idiosincrásica, está demasiado marcada por su propia historia. Busco el anonimato para que la pureza del objeto no se ofusque en la verbalización, para conocerla en toda su desnudez. Un susurro carece de personalidad.

El proyecto sonaba extravagante hasta la locura, pero yo me sentía atada a él. La casualidad me había deparado esa pequeña aventura, y me hacía gracia. También me parecía que, tras su excentricidad, las ideas del señor Morning escondían una suerte de lógica descabellada. Sus comentarios sobre los susurros, por ejemplo, tenían sentido.

—¿Y por qué no escribe las descripciones? —le pregunté—. De ese modo no habría voz que interfiriera con el anonimato que desea.

Observé su rostro con atención.

Se inclinó sobre el escritorio y me miró directamente.

—Porque en ese caso no habría una presencia viva, una fuerza que impulsara el despertar.

Volví a moverme en la silla, me fijé en la pila de harapos debajo de la ventana.

—¿A qué se refiere con despertar?

—Me refiero a que, cuando se los somete a un escrutinio, los objetos en cuestión comienzan a agitarse; a que, a pesar de su mudez, pueden desvelar misterios humanos.

—¿Algo así como pistas para entender la vida de esa chica? Quiere saber cosas acerca de ella, ¿no es cierto? ¿Y no conoce un camino más directo para dar con información biográfica?

—No acerca del tipo de biografía que me interesa.

Me sonrió, esta vez abriendo la boca y permitiendo que admirara sus grandes dientes blancos. «No es tan mayor —me dije— no debe de haber cumplido los cincuenta.» Inclinandose, cogió una caja azul del suelo —una caja de unos grandes almacenes de tamaño medio— y me la pasó.

Empecé a levantar la tapa.

—¡Ahora no! —casi gritó—. No aquí.

Coloqué la tapa en su sitio.

—Hágalo cuando esté en su casa y a solas. Cuando no esté trabajando con él, el objeto tiene que permanecer envuelto y dentro de su caja. Estúdielo. Descríbalo. Deje que le hable. También tengo una grabadora y una cinta nueva para usted. Ah, sí, y tiene que empezar la grabación con las palabras: «Esto perteneció a la fallecida». ¿Podría tenerlo listo para pasado mañana?

Le dije que sí y salí del apartamento con mi caja y la grabadora, con ganas de ver la luz del día. Me alejé del edificio caminando deprisa y no miré en la caja hasta que hube doblado la esquina y me aseguré de que no podía verme desde la ventana. Dentro había un guante blanco bastante sucio sobre un lecho de papel de seda.

No volví a casa hasta más tarde. Para huir del calor me metí en una cafetería y pasé horas haciendo anotaciones sobre el guante y calculando el número de objetos que tenía que describir para poder pagar el alquiler. Imaginé mis descripciones como composiciones concisas y elegantes, pequeños ejercicios literarios basados en una especie de positivismo tardío del siglo XIX. En ese momento decidí que el objeto podía describirse por escrito. Tomé café y un donut y me sentí feliz.

Pero cuando esa noche puse el guante junto a mi máquina de escribir para empezar el trabajo, parecía haber cambiado. Lo palpé, palpé la apelmazada lana, y luego, muy despacio, me lo puse en la mano izquierda. Era demasiado

pequeño para mis largos dedos y no me cubría la muñeca. Mientras lo miraba, tuve la extraña sensación de haber visto el mismo guante en otra mano. Estiré bruscamente de los dedos, hasta que cayó al suelo. No tenía ganas de tocarlo y lo dejé allí durante unos cuantos minutos. La pequeña mano de lana cubierta de manchas y desgarrones se me antojaba terrible, un objeto varado y vacío, carente de sentido y cruel al mismo tiempo. Al fin lo cogí y volví a meterlo en la caja. No escribiría hasta el día siguiente. Hacía demasiado calor; estaba demasiado cansada, demasiado nerviosa. Me quedé tumbada en la cama junto a la ventana abierta, pero no corría ni una gota de aire. Toqué mi piel pegajosa y miré hacia el apartamento de enfrente, pero los dos hombres se habían ido a dormir y no había luz en sus ventanas. Antes de dormirme llevé la caja a la otra habitación.

Esa noche dieron comienzo los gritos. El sonido me despertó pero no pude identificarlo, y en un primer momento pensé que se trataba de los enloquecidos maullidos de gato que ya había oído a principios de verano. Pero se trataba de una voz de mujer, un largo y gutural lamento que acababa en un gruñido. «¡Para! ¡Te odio! ¡Te odio!», gritaba una y otra vez. El sonido me agarrotó y pensé en avisar a la policía, pero durante un buen rato me limité a esperar y escuchar. Cuando alguien aulló «¡A callar!» desde una ventana, cesaron los gritos. Permanecí atenta para ver si comenzaban de nuevo, pero todo había acabado. Humedecí un paño con agua fría y me froté el cuello, los brazos y la cara. Y me puse a pensar en Stephen tal como lo había visto a menudo, en su escritorio, con la cabeza apenas vuelta y los grandes ojos fijos en un papel. Esto sucedía cuando su cuerpo aún guardaba su encanto; tenía un poder contra el que batallé y bramé durante meses. Y después desapareció el encanto y la trivialidad lo invadió todo hasta un extremo que jamás hubiera creído posible.

A la mañana siguiente volví a empezar. A la luz del día la caja en la mesa de la cocina había recuperado su anterior inocencia. Sirviéndome de las notas tomadas en la cafetería trabajé rápido, pero no sin dificultad. Observé el guante de cerca, intentando recordar el nombre de sus distintas partes por su textura y el color de sus manchas. Vi que la punta del dedo índice estaba ennegrecida, como si su propietaria hubiera pasado el dedo a lo largo de una

superficie sucia. Pensé que debía de haberse tratado de una persona zurda; ese gesto era propio de la mano principal. Una chica recorriendo con el dedo la barandilla del metro. La imagen despertó un escalofrío de recuerdo: *mano femenina*. Las palabras podían referirse a su mano, a su mano enguantada o al guante en sí. La conexión parecía abundar en significado, pero incluso así lo único que produjo en mi interior fue una sensación semejante a la culpabilidad. Aceleré la descripción, pero cuanto más escribía, cuanto más específica me mostraba con las características del guante, tanto más remoto se volvía éste. Más que fijarlo a la luz de la exactitud científica, la abundancia de detalles hacía desaparecer el guante. De hecho, mi minuciosa descripción de sus decoloraciones y rotos, los hilos sueltos y la palma gastada parecían tener poco que ver con la triste cosita que tenía ante mí.

Por la tarde corregí el trabajo y lo leí en voz alta con la grabadora en marcha. Susurrar me incomodaba; convertía las palabras en algo clandestino, ajeno, y cuando escuché la cinta no reconocí mi propia voz. Sonaba como un niño precoz balbuciendo tonterías desde un rincón invisible de la habitación, y oírlo me hizo sonrojar de vergüenza hasta un extremo que hoy sigo sin comprender.

Esa noche volvieron a despertarme los gritos, pero igual que la vez anterior cesaron al cabo de unos minutos. En esa ocasión no pude volver a dormirme y me quedé tumbada despierta durante horas en un vago tormento, mientras las destrozadas imágenes del agotamiento y el calor poblaban mi cabeza.

El señor Morning no respondió al timbre a la primera. Llamé tres veces y estaba a punto de irme cuando oí como se arrastraba hasta la puerta. Se detuvo en el umbral, me miró directamente a los ojos y sonrió. La hermosa sonrisa me sobresaltó y aparté la vista. Pidió disculpas por el retraso pero no dio explicación alguna. Ese día el apartamento presentaba un aspecto más caótico que durante mi primera visita; el escritorio en particular estaba cubierto por una masa informe de papeles y cajas. Me pidió la cinta magnetofónica; se la di y me condujo fuera de la habitación, empujándome

detrás de la puerta por la que había desaparecido él la última vez.

Me encontré en la cocina, una habitación diminuta, más calurosa y olorosa incluso que la otra. En el fregadero había unos pocos platos sin lavar, una pila de libros en la repisa y una gran caja de color blanco. Lo único que acertaba a oír de la otra habitación era el sonido de la cinta y mi suave voz murmurando sobre el guante. Me puse a hojear un par de libros —un atlas del mundo y un pequeño ejemplar de *The Cloud of Unknowing*—, pero lo que realmente me interesaba era la caja. Me coloqué a su lado. Las esquinas de la tapa estaban gastadas, como si la hubieran abierto muchas veces; estaba cerrada por dos lados con cinta adhesiva. Pasé el dedo por la cinta para ver si se soltaba. Rasqué la cinta amarilla con la uña pero sólo conseguí fruncirla y desgarrarla, por lo que paré y empecé a intentarlo por el otro lado. Tenía la cabeza inclinada sobre la caja cuando le oí dirigirse hacia la puerta, y al pegar un salto hacia atrás la tiré accidentalmente. Cayó al suelo pero no se abrió. Pude volver a colocarla en su sitio antes de que el señor Morning apareciera en el umbral. Si vio o no mis manos apartándose de la caja es algo que nunca he sabido, pero cuando cayó la caja lo que había dentro produjo un sonido agudo, vacío y metálico que sí tuvo que oír. En cualquier caso, no comentó nada.

Volvimos a la otra habitación y nos sentamos. Me miró y recuerdo que pensé que su mirada tenía una fuerza peculiar y que parecía parpadear con menos frecuencia que la mayoría de la gente.

—¿La cinta está bien así? —le pregunté.

—Perfecto —dijo—, pero ha olvidado describir un aspecto del objeto que yo considero de gran importancia.

—¿Qué aspecto?

—El olor.

—No pensé en ello —dije.

—No —coincidió—, le pasa a mucha gente, pero sin olor un objeto pierde su identidad; la ausencia de olor estropea su descripción, la vuelve bidimensional. Todo objeto tiene su propia esencia y lleva consigo su olor de origen. Y eso es algo inapreciable en el marco de una investigación.

—¿En qué sentido? —pregunté elevando el tono.

Hizo una pausa y miró la ventana.

—Pues a la hora de evocar algo crucial, algún detalle desapercibido hasta ese momento, un lugar o una época o una palabra. Piense sólo en las cosas que olvidamos en armarios y altillos, el moho, el polvo, los cuerpos secos de insectos aplastados; todos esos olores dejan su rastro. El baúl de mi madre olía a lana húmeda y lavanda. Tardé mucho en descubrir de qué olor se trataba, pero cuando lo identifiqué empecé a recordar acontecimientos olvidados.

—¿Y usted quiere recordar algo de esa chica muerta? —le pregunté.

—¿Por qué lo dice? —Sacudió la cabeza en mi dirección.

—Porque está bastante claro que quiere sacar algo en limpio de todo esto. Quiere las descripciones por alguna razón. Cuando mencionó lo del baúl pensé que tal vez pretendía disparar un recuerdo.

Volvió a mirar hacia otra parte.

—El recuerdo de todo un mundo —dijo.

—Pero yo creía que usted apenas la conocía, señor Morning.

Cogió un lápiz y se puso a garabatear en una página de cuaderno.

—¿Le dije yo eso?

—Sí.

—Es cierto. No la conocía bien.

—Y entonces ¿qué es lo que persigue? ¿Quién era esta persona a la que se dedica a investigar?

—A mí también me gustaría saberlo.

—Responde a mis preguntas con evasivas. La chica debía de tener un nombre, ¿no?

—Su nombre no la ayudará, señorita Davidsen. —Su voz era casi un susurro.

—Ya, pero tampoco me hará ningún daño.

Seguía moviendo el lápiz distraídamente por la página que tenía ante él. Alargué el cuello para espiar al tiempo que me estiraba la falda para disimular el gesto. En el papel vi varias letras escritas: lo que parecía una *I*, una *Y*, una *B*, una *O*, una *M* y una *D*. Había trazado un círculo en torno a la *M*. Si esas marcas pretendían formar algún tipo de orden, era imposible

saberlo, pero incluso entonces, antes de sospechar nada, las letras me produjeron un extraño efecto. Siguieron conmigo como los pequeños pero persistentes dolores de una enfermedad leve.

Bajó el lápiz y, mirándome, asintió. Se señaló el pecho.

—Le ha salido un sarpullido con el calor..., aquí.

—No, es de nacimiento. —Me toqué la piel justo por debajo del cuello.

—Una mancha del color del oporto —comentó—. Tiene mucha personalidad; una marca vitalicia. Si me perdona, le diré que siempre he encontrado este tipo de defecto de lo más conmovedor, pequeños signos externos de nuestra mortalidad. En cierta ocasión me serví de una marca de nacimiento para escribir algo...

Lo interrumpí.

—No piensa decirme nada, ¿verdad?

—Se refiere a nuestro tema, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Me parece que usted no ha entendido del todo la naturaleza de su cometido. Contraté sus servicios precisamente porque no sabe nada al respecto. La contraté para que viera lo que yo no puedo ver, por ser usted quien es. No pretendo que sea una pizarra en blanco. Usted aporta su vida, sus novelas del siglo diecinueve, su Minnesota, su vida al completo en todos los sentidos, pero a ella no la conoció. Cuando contempla las cosas que yo le doy, cuando escribe y luego habla de ellas, sus palabras y su voz pueden convertirse en los catalizadores que saquen a relucir algo desconocido. Saber cosas de ella no haría más que distraerla de su trabajo. Digamos, por poner un ejemplo, que se llamaba Allison Hart y que murió de leucemia. Se le aparece algo delante, una imagen. Tal vez una hilera de camas de hospital, en una de esas largas salas iluminadas con tubos fluorescentes, y la ve a ella, estoy seguro. Allison (es un nombre muy romántico), pálida y demacrada, en una ocasión fue hermosa, yace debajo de sábanas blancas... Y lo que usted ve no sólo adquiere forma por mis palabras, también por mis inflexiones, por mi expresión, hasta el punto de que le hace perder la libertad.

Empecé a hablar, pero me detuvo.

—No, déjeme acabar con mi discurso. Pongamos que le digo que se

llamaba... —hizo una pausa— Maxine Robinson, y que fue asesinada. — Miró por encima de mí hacia la puerta y bizqueó, como si intentara ver algo a lo lejos. Respiró profunda y repetidamente—. Que fue asesinada en este mismo edificio. Y ahora, señorita Davidsen, ¿qué composición de lugar se haría usted cuando mirara dentro de mis cajas? Lo que sabe la agobiaría, igual que me agobia a mí. No funcionaría; sencillamente, no funcionaría.

—Usted juega conmigo y yo me siento incómoda —dije—. Si usted admite que añado mis propias asociaciones a las descripciones, ¿por qué no iba a poder añadir mi bagaje a los hechos de su vida? Y de su muerte.

—Porque —dijo casi gritando—, porque nosotros intentamos descubrir, resucitar y no enterrar. —Agarró el extremo del escritorio y lo agitó—. Expiación, señorita Davidsen. ¡Expiación!

—Dios mío —intervine—. Expiación ¿por qué?

De repente volvía a estar en calma. Empujó la silla hacia atrás, cruzó las piernas y los brazos y torció la cabeza hacia un lado. Estos movimientos parecían tímidos, casi teatrales.

—Por los pecados del mundo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho.

—Esas palabras, señor Morning, pertenecen a la liturgia. De repente entramos en terreno religioso. No sé qué pensar. Tiene un talento especial para hablar sin decir nada.

—Sea paciente y ya verá cómo acaba por entenderme. —Sonreía.

No tenía respuesta. La calurosa habitación, la oscuridad, su estallido y ese incomprensible discurso me habían dejado sin ganas de responder. El agotamiento se había apoderado de mí en cuestión de segundos. Me dolían los huesos. Al cabo, dije:

—Tengo que irme.

—Si se queda le prepararé un té. Puedo ofrecerle bollos y contarle historias. La deslumbraré con mis modales impecables, mi ingenio y mi imaginación.

Negué con la cabeza.

—No puedo, de verdad que tengo que irme.

Me pagó con tres billetes de veinte dólares y me dio otra caja: esta vez un pequeño joyero blanco. Me dijo que no necesitaba la descripción hasta el lunes de la semana siguiente. Tenía cuatro días. Nos dimos la mano y justo antes de salir por la puerta me dio una palmada en el brazo. Era un gesto de simpatía, y lo acepté como si me fuera debido.

Dentro de la segunda caja había una bola de algodón manchada y deformada. Vacilé antes de tocarla, como si estuviera contaminada. La fibra estaba coloreada de maquillaje o polvo que parecía naranja a la luz, y marcada con un grumo desconocido, denso y marrón. La saqué de la cajita. ¿Había salvado eso tras su muerte? Me lo imaginé en un cuarto de baño doblado sobre una papelera para recuperar el algodón usado. ¿Cómo había encontrado estas cosas? ¿Habría atesorado otros desperdicios en cajas? Lo vi a solas, trazando con los dedos el perfil de un objeto sentado en su silla delante de la ventana con las persianas bajadas. Pero en la ensoñación no pude ver lo que sostenía. Sólo vi su cuerpo doblado sobre ello.

En esos cuatro días entre las visitas al señor Morning, no conseguí liberarme de él. Retazos y fragmentos de su conversación invadían mis pensamientos, asomaban de sopetón a todas horas, pero especialmente por las noches. La idea de que la chica había sido asesinada en ese edificio se apoderó de mí y empecé a darle vueltas. Morning lo había dicho para provocarme; lo había soltado como si se tratara de una posibilidad de muerte como otra cualquiera, pero una vez dicho me embargó la sensación de que ya lo sabía desde el principio. Resurrección. Expiación. Su apasionamiento parecía de lo más auténtico. Recordé su dificultosa respiración mientras hablaba, las letras en la página, la caja blanca cayendo al suelo, su mano en mi brazo. Y al mismo tiempo me dije que el hombre era un charlatán, alguien a quien le gustaban los juegos, los acertijos y las insinuaciones. Nada de lo que decía era creíble. Pero su postura acabó por hacerme sospechar que había ocultado la verdad entre sus mentiras y que se tomaba en serio su proyecto y a la chica.

Esa noche trabajé durante horas en la descripción. Cogí el algodón con

unas pinzas y lo puse a contraluz intentando encontrar palabras para expresarme, pero el objeto parecía vetado para el lenguaje; se resistía aun más que el guante. Y cuando intenté encontrar alguna metáfora, el objeto se hundió con tanta celeridad en la otra cosa que dejé de hacer comparaciones. ¿Qué era este desperdicio? Estar sentada allí olfateando las fibras y pinchando la mancha marrón con una aguja me llenaba de disgusto. El algodón no me dijo nada. Un blanco, un cero; lo más probable es que no tuviera conexión alguna con nada horrible, pero de todas formas me sentía como si hubiera invadido un secreto vergonzoso, como si hubiera visto lo que no debería haber visto. Me fui calmando al tiempo que mi mente divagaba. Era una noche de muchos sonidos: un hombre y una mujer discutían en español en la puerta de al lado; las sirenas de los bomberos aullaban y cerca se oía el miserable lamento de un perro. Hacia las dos de la madrugada, en el sofocante confinamiento de mi dormitorio, susurré la descripción en el aparato. Después de grabarla, devolví el algodón a su caja y la escondí, junto con la cinta magnetofónica, dentro de un armario en la otra habitación. Mientras cerraba la puerta caí en la cuenta de que me estaba comportando como alguien que se sintiera culpable.

Por tercera vez esperé en el oscuro rellano delante de la puerta del señor Morning. Se oía ruido dentro del apartamento; como ráfagas de viento, un sonido apresurado. Puse la oreja contra la puerta y comprendí de qué se trataba: las cintas, una exhalante voz encima de la otra. Estaba escuchando las descripciones. No podía distinguir la voz de nadie en concreto, pero estaba segura de que la mía era una de ellas; me retiré de la puerta. En ese momento se me pasó por la cabeza dejar la cinta y la caja y salir corriendo. Pero lo que hice fue llamar. Puede que lo hiciera porque en ese momento necesitaba conocer al señor Morning, conocer lo que escondía. Oí como los aparatos se apagaban y eran rebobinados uno a uno, y, después, el sonido de cajones que se abrían para cerrarse acto seguido.

Abrió la puerta con un aspecto de lo más desaliñado. Llevaba el pelo húmedo de sudor, revuelto, y dos botones de la camisa desabrochados. Evité

mirar su rostro congestionado y posé la vista en la familiar habitación. Las persianas seguían bajadas. «¿Cómo puede soportar la oscuridad?», recuerdo que pensé. Hizo una leve inclinación y sonrió.

—Le ruego excuse mi aspecto, señorita Davidsen. Estaba durmiendo y se me ha pasado la hora. En estos momentos contempla mi lado Oblómov... sólo medio despierto. Pero me temo que el batín de brocado tendrá que imaginárselo. Y para mi infinita desgracia, no hay ningún Zajar.

Cuando dijo la palabra *durmiendo* sentí una débil contracción en el pecho. «Está mintiendo», pensé. No dormía. Estaba escuchando las cintas.

Prosiguió:

—Si me da la descripción la enviaré inmediatamente a la otra habitación y luego podemos charlar. Estaba esperando que viniera. Usted ilumina el día.

En la cocina busqué la otra caja, pero no estaba allí. «La ha cambiado de sitio —pensé—, y no puedo ver lo que hay dentro.» Mientras esperaba, oí el apagado sonido de mi voz en la otra habitación. ¿A cuánta gente debía de haber contratado para que le grabara descripciones? ¿Qué utilidad real tenían? Por un instante me lo imaginé tumbado en la cama deshecha escuchando esa confusión de susurros, pero aparté la imagen de mi cabeza. Y de repente se encontraba en la puerta, haciendo señas para que lo siguiera a la otra habitación.

—Teniendo en cuenta lo difícil que era el objeto ha hecho un buen trabajo —comentó.

—¿De dónde lo sacó? —pregunté—. La pelusilla no me ha parecido particularmente reveladora.

—Éste es precisamente el tipo de objeto más patético y sugerente. Era algo que se veía en la descripción... el *pathos*.

—¿De dónde lo sacó? —repetí.

—Ella se lo dejó aquí.

—¿Quién era ella? ¿Qué significaba para usted?

—No puede resistirlo, ¿verdad? Se está muriendo de curiosidad. Supongo que es lo que cabe esperar de una chica lista como usted. Honestamente, no sé quién era o qué significó para mí. Si lo supiera, no estaría trabajando en este problema. Pero esta respuesta no la satisface, ¿no es cierto?

Me oí suspirar y aparté la vista de él.

—Tengo la sensación de que hay algo raro en todo lo que me ha dicho, que detrás de sus palabras se esconde algo. Me hace sentir incómoda.

—Le diré lo que quiere oír, lo que ya piensa que sabe: que fue asesinada. La mataron en el cuarto de las lavadoras del sótano de este edificio. Vivía aquí.

—Y se llamaba Maxine Robinson.

—No —dijo—. Eso me lo inventé.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón, querida amiga, de que no quería darle todos los datos a la vez. Sólo quería darle una historia (una historia entre un montón de historias posibles), un cuentecito para divertirla y hacer que volviera. —Se miró las manos—. Y para seguir vivo yo. Mil y un cuentos.

—Me aliviaría enormemente que por una vez dejara los libros fuera de esto.

—Puedo intentarlo, pero ellos se entrometen como un tic, uno después de otro, retumbando en mi cabeza, toda esa gente, toda esa charla. Aquí dentro hay un manicomio. —Se señaló la cabeza y sonrió.

—¿Cuál era su auténtico nombre?

—No tiene importancia. Eso. No tiene importancia en relación con lo que usted hace. Un nombre puede evocar todo y nada, pero es siempre una piedra que impide el paso. Lo sé. Soy un especialista. Quiero mantenerla pura a usted y anónima a ella. —Me miraba con fijeza—. No estoy engañándola. La necesito. Necesito su ayuda, pero si sabe demasiado la perderé. No podrá hacer las descripciones.

La emoción que escondía su voz me conmovió. Era como si hubiera revelado algo íntimo, indecoroso. Tenía el rostro acalorado. Cuando finalmente hablé, la voz me flaqueó.

—No le entiendo.

—Intento comprender una vida y un acto —me dijo—. Intento juntar los fragmentos de un ser incomprensible y recordar. ¿Sabe usted que ni siquiera puedo acordarme de su rostro? Por mucho que lo intente, no lo consigo. Puedo decirle el aspecto que tenía; recitar una descripción de sus rasgos uno

por uno, pero soy incapaz de evocar el rostro completo.

—¿No tiene ninguna fotografía?

—¡Fotografías! —escupió la palabra—. Hablo de una auténtica recuperación; ver su rostro.

Vi como el gato se restregaba contra las piernas del señor Morning. La habitación estaba más fresca.

—¿No podría abrir la ventana? —pregunté.

Se levantó y subió la persiana a medias. Fuera había oscurecido; una cubierta de nubes grises había reemplazado la sofocante calima amarilla. Observé su perfil delante de la ventana. De pie con sus pantalones y la camisa desabrochada, una mano en el bolsillo, lo encontré elegante. «El secreto está en sus hombros —pensé—, y en sus caderas estrechas.» Tuvo que odiarla o amarla.

—Tengo que marcharme.

—Hará otra descripción, ¿verdad?

Asentí. Me dio una caja pequeña y tres billetes de veinte dólares, y me pidió que regresara al cabo de dos días. Me metí el dinero en el bolsillo sin mirar y me levanté. Una brisa entraba por la ventana. El tiempo estaba cambiando. Al llegar a la puerta alargó la mano y yo le di la mía. La sostuvo durante unos segundos más de lo normal y cuando empezaba a retirarla me presionó en la palma con el pulgar. Me asustó, pero sentí un familiar estremecimiento de excitación.

Había enfriado con notable velocidad. El cielo estaba encapotado, y miré hacia arriba para sentir las primeras gotas de lluvia mientras volvía a casa dando grandes zancadas. Entré corriendo en mi apartamento y abrí la caja, saqué la tapa y aparté el papel de seda. El tercer objeto estaba ante mí. Era un espejo sin adornos, un sencillo rectángulo que ni siquiera tenía marco. Lo cogí sin pensar y me examiné el rostro, me quité una legaña del ojo, estudié la boca, la línea de la barbilla, y aparté el espejo para poder ver más. Aún hoy no lo entiendo, pero mientras miraba me entraron arcadas y una sensación de desmayo. Es posible que el mareo nada tuviera que ver con el espejo. Ese día

y el anterior había comido muy poco. Ahorraba en comida para poder comprarme cigarrillos y gastar poco, y puede que fuera sólo el hambre, pero cuando hoy pienso en el espejo sigo inquietándome como si encerrara algo malo, algo enfermizo.

Sintiéndome aún inestable fui al escritorio y me puse a tomar notas. Escribía para mí, mecanografiaba preguntas sobre el señor Morning y el proyecto, pero me veía incapaz de anotar dos frases seguidas. Sus afirmaciones sobre la memoria, los susurros o la resurrección volvían a mí como retazos de alguna idea inescrutable, algún extraño plan. Y me puse a pensar en el ruido de las cintas detrás de la puerta, en su estilo y en la esbelta figura de la ventana. «Esas letras —pensé—, esas letras en la página.» ¿Qué significaban? Un nombre. Su nombre. Cambié la disposición de las letras, procurando darles un orden coherente. Di con *mob*, *boy*, *dim* y *body*. La última palabra, cuerpo, me recorrió entera..., una leve contracción nerviosa. Pero era absurdo; un hombre garabatea en un papel y yo descodifico sus borrones incomprensibles. Aparte de que había letras que no podía incorporar. *I. M.* Había rodeado la *M*. La sospecha no me abandonaba y empecé a imaginar que, más que esconder, lo que el señor Morning realmente quería era hablar, quería decirme algo, que las letras, las pistas eran revelaciones, formaban parte de una revelación indirecta. «Si sabe demasiado la perderé.» Cogí el paraguas y salí a la lluvia.

Cinco minutos más tarde me encontraba en la puerta del edificio donde vivía el señor Morning. Llamé al conserje. Tras una considerable espera un hombre bajo y gordo se acercó a la puerta. Bostezó y acto seguido levantó las cejas, una expresión con la que por lo visto pretendía reemplazar la pregunta: «¿Qué desea usted?».

—Busco apartamento —le dije—. ¿Tiene alguno libre? —Había sido mi primera estratagema y, para mi sorpresa, el edificio tenía uno vacío.

—Trescientos setenta y cinco al mes. —Volvió a levantar las cejas.

—Me gustaría verlo.

Me llevó hasta la tercera planta y abrió la puerta de un pequeño apartamento idéntico al del señor Morning. Paseé por las habitaciones como si las estuviera inspeccionando. El hombre se recostó contra la puerta con una

mirada de beligerante aburrimiento.

—Me han dicho que en este edificio se cometió un asesinato —comenté.

—Eso pasó hace tres años, cariño. Desde entonces no ha sucedido nada.

Caminé hacia él.

—¿Cómo se llamaba?

—Tu paraguas está chorreando encima de mí, corazón.

Lo aparté y repetí la pregunta.

—¿Se llamaba Maxine, Maxine Robinson?

—Oye, oye, oye. —Alzó los brazos y se apartó de mí—. ¿Qué sucede aquí? Su nombre era Zalewski, Sherri Zalewski. No es ningún secreto. Salió en todos los periódicos.

Mis ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Qué te ocurre, niña?

—Por favor, dígame si encontraron a la persona que lo hizo.

—¿Por qué estás tan interesada?

—Contarme la historia no puede hacer daño a nadie —le solté.

Y me la contó. Creo que le di pena, o que mi emoción lo hizo sentirse azorado. Sherri Zalewski era una enfermera que vivía en el edificio. La acuchillaron hasta matarla una noche de febrero mientras hacía la colada. Nadie vio ni oyó nada. La mujer que encontró su cadáver a la mañana siguiente se mudó poco después.

—De lo más feo —añadió—. En serio. —La mujer había vomitado en el recibidor. La policía nunca encontró al asesino—. Estuvieron olfateando por aquí durante meses. No sacaron nada en claro. Durante un tiempo siguieron los pasos del tipo del 4F: Morning, un sujeto de lo más extraño. Llegaron a llevárselo a comisaría. Todos los inquilinos llamaban diciendo que había sido él. Lo soltaron. No tenían ninguna prueba en su contra.

—¿Cree usted que él la mató?

—No —repuso—. No es el tipo.

A continuación me dirigí a la Biblioteca Butler para revisar los periódicos, pero apenas di con nada nuevo. Sherri Zalewski había crecido en Greenpoint. Su madre estaba muerta; su padre era cartero; tenía una hermana. Una amiga, citada en el *Times*, la calificaba de «ángel de bondad». Ninguna

mención al señor Morning. Según los artículos, la policía no tenía sospechosos. Sherri Zalewski desapareció de la prensa durante meses; su nombre volvió a aparecer una sola vez más con motivo de un artículo del *Times* sobre crímenes sin resolver en Nueva York. Sólo di con una fotografía suya: una reproducción con mucho grano en papel de periódico, tomada probablemente de un retrato de graduación. Observé la fotografía para ver si me decía algo, pero se mostró extrañamente inexpresiva: una chica ni guapa ni fea, con los ojos pequeños y la boca llena.

Pasé la cadena de seguridad de mi puerta y encendí todas las luces del apartamento antes de sentarme ante la máquina de escribir. Decidí escribir y grabar una carta al señor Morning. Describí brevemente el espejo, pero tenía poco que decir. La superficie carecía de marcas; tampoco tenía olores discernibles; era al mismo tiempo un objeto lleno y vacío, denso en imágenes por un lado, vacío por el otro. Excepto por el sonido uniforme de la lluvia en el exterior, mi edificio y la calle estaban inusualmente tranquilos esa noche, pero los ruidos que yo provocaba me hacían saltar, y comprendí que estaba esperando oír a alguien, a la expectativa, convencida de oír el sonido de un intruso. Estaba en mi cabeza. Fragmentos de nuestra conversación regresaban a mí: Fern Luce, lo que había dicho acerca de no recordar el rostro de la chica, el olor a lana y lavanda del baúl de su madre. Escribí, y mientras escribía vi el cuerpo de la chica en el suelo del apartamento vacío que había visitado. Por alguna razón siempre lo veo allí: ensangrentado y despedazado. Veo el cadáver como en una fotografía, blanco y negro, iluminado por una débil bombilla. Ni siquiera hoy en día, cuando me viene el recuerdo, soy capaz de examinarlo de cerca. Lo aparto.

La tarde se convirtió en noche. La habitación se oscureció y un escalofrío me erizó el vello rubio de los brazos. Me envolví en una manta, escribí una página tras otra y las fui tirando. Cuando terminé sólo tenía una. El espejo yacía a mi lado, resplandeciente a la luz de la bombilla. Hacia la una de la madrugada grabé las palabras que había escrito en la cinta sin escucharlas acto seguido. El viento soplaba sobre mi cama y caí en un sueño pesado y vacío.

Ese día las habitaciones del señor Morning estaban frescas y húmedas. Tenía las ventanas abiertas por primera vez y el aire que entraba agitaba el último periódico de un montón. Sus inusualmente pálidas mejillas estaban rosadas y parecía respirar con mayor facilidad. Estoy segura de que notó mi aprensión desde un buen principio, porque apenas me habló y su cara parecía triste y apenada. Antes de recluirme en la cocina tuve tiempo de ver una pila alta de papeles sobre su escritorio con el aspecto de un manuscrito.

No cerré la puerta de la cocina; la dejé ligeramente abierta y miré por la rendija. Vi como colocaba la grabadora ante sí en el escritorio y la ponía en marcha. Se recostó hacia atrás en la silla, dejó que los brazos le colgaran sueltos a los costados y cerró los ojos. Tras un breve lapso de ruido estático, oí mi voz procedente de la otra habitación. Escuché la breve descripción del espejo obedientemente susurrada en la grabadora. Y entonces escuché mi voz sonando tal cual era y vi que el señor Morning me miraba bruscamente. Cerré la puerta a toda prisa. Escuché mi voz, esa voz aguda e infantil, con los dientes tan apretados como para dejarme la mandíbula dolorida.

«Ahora ya sé quién era. Se llamaba Sherri Zalewski. Me estuve preguntando si no se la habría inventado, pero hoy sé que existió y que vivió y murió en su edificio. Un guante, una bola de algodón, un espejo. ¿Por qué estos objetos? ¿Dónde dio con ellos? Usted tenía que intuir que yo acabaría por hacerle estas preguntas. Sospecho que son una provocación, que usted sabía que yo acabaría por descubrir todo lo relativo a ella y a usted. Tendría que haberme contado la historia, señor Morning. Tendría que habérmela contado directamente en lugar de hacerlo a base de insinuaciones. Creo que, para usted, este proyecto es en cierta medida un intento de conjurar lo sucedido aquella noche, que estos objetos forman parte de algún tipo de idea elaborada en la que ahora no caigo.» Hubo una pausa en la cinta y presté atención para ver si hacía algún ruido, pero no oí nada. «Los objetos, las cintas, toda su charla. No sé qué hacer con todo ello, cómo entenderlo, cómo entenderle a usted. Sé que los muertos no vuelven a la vida.» Oí un fuerte ruido como de rascadura. Probablemente el movimiento de la silla. Pero la cinta seguía en marcha. Me apreté contra la puerta, como si el peso de mi

cuerpo pudiera cerrarle el paso. «Sé que la policía lo interrogó, que sospecharon de usted. No estoy diciendo que usted la matara; sólo le pido que me cuente la verdad. Eso es todo.» Se había acabado. Lo oí caminar hasta la puerta y dar la vuelta al pomo. Me eché hacia atrás. Respiraba pesadamente y el resuello parecía venirle de las profundidades del pecho. Se paró en el umbral y se me quedó mirando con el rostro arrebolado. Parecía a punto de ponerse a hablar, pero optó por cerrar la boca y recuperar el control de la respiración. Hasta que finalmente dijo:

—¿Qué se puede decir? Usted espera una confesión por mi parte, que me derrumbe delante de usted y le diga que yo la maté. Pero eso no va a suceder. No puede suceder.

—¿Qué está diciendo? —Apenas si me salía la voz.

—Ya se lo he explicado todo. —Miró más allá de donde yo me encontraba y apretó los labios en un espasmo de emoción—. No hay nada más que decir. La historia es de usted, señorita, no mía.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es usted quien se ha inventado la historia. Le pertenece a usted, no a mí. Ya ha elegido un final, una salida. Supongo que es inevitable que quiera una satisfacción. —Me miró—. «Y el mago malvado se convirtió en piedra.» «El rey y la reina fueron felices y comieron perdices.» «Murió en prisión, destrozado.» Lo que sea. Pero usted ha olvidado que hay cosas que no pueden decirse. Eso es lo que ha dejado fuera. Las palabras pueden taparlo durante un rato, pero acaba por volver entre aullidos. Una tormenta. Una plaga. Sólo medio recordada. La diferencia entre usted y yo radica en que yo sé que he olvidado. Lo contrario que usted. —Se dio la vuelta y se quedó mirando hacia la otra habitación.

Hablé a su espalda.

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme? ¿Le pido que me cuente la verdad y sólo me dice eso?

—Sí —repuso.

—No le entiendo. No le entiendo para nada. Dígame que no la mató —le solté con una especie de chillido.

—No.

El señor Morning se dirigió hacia su escritorio y oí el traqueteo de las persianas. Sopló una ráfaga de viento desde el exterior que hizo volar los papeles del escritorio. Cientos de hojas blancas restallaron ruidosamente contra las estanterías y las paredes, volaron por las sillas y las pilas de periódicos, se deslizaron por el suelo de madera. El señor Morning se puso a cuatro patas para recogerlas.

—Escucha, Iris —dijo—. Ya sé que las cosas han cambiado, pero no quiero perderte. Quiero que te quedes conmigo y me hagas otros trabajos. Quiero que me hables tal como has hecho estas dos últimas semanas. Te quedarás, ¿no es cierto?

Le dije que sí. Pensé que si hacía otra descripción podría presionarlo de nuevo, que me diría la verdad, pero ahora me pregunto si ésa fue la auténtica razón.

Abrió el cajón del escritorio y sacó otra cajita blanca. Me la pasó con ambas manos.

—Para mañana. Mañana a las dos. —Me dio la cinta magnetofónica y después, tras explicarme que no tenía efectivo, hizo un cheque a nombre de Iris Davidsen.

—No puedo aceptarlo —le dije.

—Por favor, insisto.

Lo cogí, sabiendo que nunca podría cobrarlo. Llegué hasta la puerta abriéndome camino entre las páginas caídas. Él se me acercó.

En la puerta me cogió una mano entre las suyas.

—Una última cosa. Antes de que se vaya quiero que me deje algo suyo.
—Sus ojos resplandecían.

—No.

—¿Por qué no?

Liberé mi mano de su apretón.

—No.

—Algo pequeño.

Se me aproximó un poco más y por la abertura de la camisa pude ver la hendidura de su cuello. Despedía un ligero aroma a colonia.

Abrí el bolso y empecé a rebuscar en su interior, apartando bruscamente

libros, sobres y llaves hasta que di con una vieja goma de borrar de color verde, ennegrecida con manchones de mina, y se la puse en la mano diciéndole que llegaba tarde a una cita.

Imagino que se quedó en la puerta mirando cómo me apresuraba por las escaleras, y que siguió de pie allí mientras bajaba corriendo un piso después del otro, porque en ningún momento oí que se cerrara la puerta.

Llegué corriendo a la calle y empecé a caminar hacia Broadway. Cuando doblé la esquina me paré. Había dejado de llover y el cielo se rompía en amplios y vacíos agujeros de azul. Contemplé el desplazamiento de las nubes y luego la calle. La acera, los edificios y la gente tenían una claridad feroz a la nueva luz; todas las cosas estaban radicalmente diferenciadas, como si la vista se hubiera afinado de golpe. Fue en ese momento cuando decidí librarme de todo. Abrí el bolso, saqué el cheque, lo hice pedazos y lo arrojé a una papelería. Acto seguido tiré la cinta magnetofónica y la caja sin abrir. Sigo viendo la pequeña máquina negra ladeada sobre el montón de basura y la caja más pequeña allí, en la misma papelería. Al caer volcó una taza de café de papel, y me di la vuelta justo cuando un reguero de posos castaños empezaba a correr por la tapa. Mi recuerdo de esos objetos tirados entre los otros desperdicios es vívido pero mudo, como si yo me hubiera encontrado en la ciudad silenciosa de una película o en un sueño. Los vi sólo durante unos instantes, y luego salí huyendo de esos objetos, temerosa de que se levantaran y empezaran a perseguirme.

No creía que todo fuera a terminar así. Al fin y al cabo el señor Morning tenía mi número de teléfono y nada hubiera podido evitar que me localizara. Esperé durante meses, pero no volví a saber de él. Cuando sonaba el teléfono siempre era otra persona.

DOS

George había sido primero amigo de Stephen, y supongo que eso era parte del problema. Yo conocía a Stephen desde hacía ocho meses, y aunque a menudo estábamos juntos, nuestra relación amorosa era variable e inestable. Stephen era una persona reservada. Le gustaba ocultar información: la identidad de un comunicante, el lugar de una cita, el nombre de un viejo amigo y hasta el título de un libro. Tendría que haber sabido que no había nada que hacer desde muy al principio, pero por ese entonces su cuerpo era mágico y me arrastraba. Una mirada a su cuello, a sus manos, a su boca, me provocaba un estremecimiento de recuerdo sexual, un placer que se convertía en un tormento porque Stephen también razonaba su cuerpo, privándome de él durante días, semanas incluso, lo que me hacía vivir en un estado de constante anhelo. Pero siempre sucedía que cuando ya no podía soportarlo más y había tomado la decisión de dejarlo, volvía a mí transformado: apasionado, confiado, irresistible. Nuestra armonía era breve. Normalmente Stephen volvía a retraerse en cuestión de horas. A veces podía leer los signos del retraimiento en su cara. Sus ojos se desenfocaban, se le ponía la mandíbula rígida y apretaba los labios. Pero lo cierto es que incluso cuando tenía a Stephen en la cama, sentía que no estaba del todo allí, que no era sólido y que si hubiera querido habría podido pasar la mano a través de él. No puedo justificar esta sensación, pero estoy segura de que tiene que ver con lo que sucedió después, y está en cierto modo ligada a esa maldita fotografía.

Los vi juntos por primera vez un frío día a principios de abril. Yo acababa de salir de la Biblioteca Butler y me había detenido en la escalinata para

abotonarme el abrigo cuando vi a Stephen a unos metros de distancia enfrascado en una conversación con otro joven. Ellos no me vieron, así que los observé durante unos segundos antes de acercarme. Stephen se aproximó más al joven, le puso la mano en el hombro y le susurró algo. La intimidad de este gesto me asombró un tanto. «Otra persona más que ha mantenido apartada de mí», pensé. Cuando oyó que lo llamaba por su nombre, Stephen se dio la vuelta y sonrió, pero a mí me pareció detectar un ligero sofoco en la frente y las mejillas. El otro joven, sin embargo, no sonrió. Me echó una mirada tan penetrante, tan cargada de significación, que tuve que dejar de sonreír.

—Iris —habló Stephen—. Éste es George.

Y en ese momento se puso a llover. Los tres nos apretujamos bajo mi paraguas y caminamos hasta la pastelería húngara de Amsterdam Avenue. Recuerdo que el hombro de George tocaba el mío y que Stephen metió la mano en el bolsillo de mi abrigo y que entre las capas de tela empezó a subir y bajar un dedo por el hueco de la cadera. Volví la cara hacia el cuello de Stephen y vi como éste miraba con fijeza a George. Parecía querer atrapar los ojos de su amigo, pero George miraba hacia el frente.

Nos sentamos a una mesa en la parte trasera de la pastelería y tomamos café. Stephen presentó a George como un artista que tomaba fotografías y no como un fotógrafo. La diferencia parecía crucial, porque puso énfasis en ella. Me he olvidado de gran parte de lo que dijo, pero la conversación fue muy viva, y George abandonó su severidad y brilló con luz propia. Hablaba con un ligero acento que yo no podía localizar y articulaba las palabras con mayor lentitud que la mayoría, lo que daba a su discurso un peso inusual. Yo gasté mucha labia, me mostré muy ingeniosa, o así me vi. Puede que el hecho de que Stephen y George parecían escucharme ensimismados fuera lo que me llevó a pensar que lo que decía los había cautivado. Hasta más tarde no se me ocurrió que había otra fuerza en juego, que la presencia de George producía un efecto en mí y en Stephen, y que de no ser por el café con George, puede que Stephen no me hubiese llevado a casa con él esa tarde, y que no hubiéramos hecho el amor del modo como lo hicimos, con urgencia, frenéticamente, en cuanto la puerta se cerró a nuestras espaldas.

Le pregunté a Stephen por George ese mismo día mientras permanecíamos tumbados en la cama escuchando cómo caía la lluvia sobre la escalera de incendios que había en el exterior de la ventana de su dormitorio. ¿Era un viejo amigo? ¿Dónde se habían conocido? ¿Qué tipo de fotografías hacía? Pero Stephen se mostraba reticente. No, no conocía a George desde hacía mucho. Se habían conocido en una fiesta en el centro. Las fotografías eran ingenuas. Ésa fue la palabra que utilizó. Y dejó muchas preguntas sin responder, sólo que no supe si se mostró reservado para seguir la costumbre o porque George era una persona a la que tenía razones para esconder.

George empezó a llamarme. Me invitó a tomar café, a almorzar, a cenar, y acepté. Teníamos largas conversaciones y no tardó en conocer mi historia, o al menos gran parte de ella. Con George te sentías motivada a hablar. Era tan suelto, tan amable y comprensivo que resultaba difícil no hacerle confidencias. Pero también había algo más, algo más importante. George tenía un modo de hablarme como si me conociera mejor de lo que yo me conocía, y en George esta presunción era una suerte de hechicería que me llevaba a soltar pensamientos y recuerdos que jamás le había contado a nadie. Le hablé de Stephen. Tal vez ése fue mi primer error, pero en aquella época me sentía sola, sola en compañía de Stephen, también, y harta de arrepentirme de cada frase, de la sensación de haber hablado más de la cuenta.

A diferencia de Stephen, George se mostraba abierto y franco, pero de hecho contaba poco, y después de alguna de nuestras veladas llegué a preguntarme qué era lo que realmente sabía de él. Era el hijo único de un diplomático norteamericano y había crecido en Europa y Asia. Su padre había muerto y su madre vivía en Bruselas, pero rara vez la mencionaba. George debía de tener dinero. Sus fotografías no hubieran podido pagar el espacioso apartamento y las comidas caras. Me habló de antiguas novias: una arquitecta sueca con la que había vivido dos años, una hermosa actriz de mimo que se había arrojado desde la ventana de un tercer piso en París y había sobrevivido, y un ramillete de otras mujeres que habían entrado y salido de su vida. Pero mientras se mostraba particularmente franco en lo relativo a estas historias, resumiendo sus altibajos con gran detalle, hablaba de ellas como si

fuera la parte cómica de la biografía de otra persona, y empecé a tener la sensación de que estas historias, indudablemente ciertas, no dejaban de ser una forma de evasión. Eran demasiado blandas, demasiado completas, y yo me preguntaba: «¿Dónde están los agujeros?».

Una tarde, en su apartamento —un loft espacioso, blanco y casi vacío en West Broadway—, George me mostró una serie de fotografías. Me explicó que estaban organizadas por parejas —una toma callejera improvisada emparejada con una fotografía de estudio—. Todas las fotografías eran en blanco y negro. La primera, tomada de noche, era de una prostituta muy joven subiendo a un coche. Me llamó inmediatamente la atención la pierna alzada, cubierta hasta el muslo con una bota blanca extrañamente resplandeciente. La fotografía hacía juego con otra en la que se veían relucientes componentes de coche dispuestos en el suelo: un capó, un parachoques, un asiento de deportivo, además de cables, tubos, manguitos y otras interioridades cuyos nombres desconozco. Miré otro par de fotos. Dos mujeres fumando sentadas en un umbral. Detrás de ellas se veía un chiquillo en pañales con la boca abierta en pleno berrinche. La foto que acompañaba a ésta mostraba un fregadero, las manos de una mujer con guantes de goma y el agua colándose por un desagüe negro. Todas las fotografías que vi me produjeron una sensación de desazón. No tenían nada de espeluznante, nada espantoso, pero aun así, la yuxtaposición de imágenes sugería un mundo torcido.

Me entretuve un buen rato con dos fotografías. La primera había sido tomada a través de una ventana enrejada. Entre los alambres romboidales se atisbaba una habitación diminuta con una cama sin hacer, una vieja silla acolchada y una alfombra particularmente peluda, pero estaba claro que lo que había intrigado a George era el cartel que colgaba de la pared. La imagen de una joven en bañador estaba oscurecida por la reja; la cara no se le veía, pero el pecho torneado era perfectamente visible. Esta fotografía estaba emparejada con la de un joven desnudo cortado por los hombros y de espaldas a la cámara. Detrás de él había una ventana.

—¿Te gustan éstas? —me preguntó George.

—Sí —repuse.

Observé las pequeñas y musculosas nalgas y los esbeltos muslos. Me recordó a Stephen y durante unos instantes estuve convencida de que se trataba de él. Reconocerlo me desconcertó, pero los cuerpos se parecen mucho, y cuanto más miraba la fotografía más convencida estaba de que se trataba de otra persona.

—¿Cómo pudiste sacar la primera? —le pregunté a George.

—Desde una escalera de incendios —repuso.

—¿Conoces a la persona que vive allí?

—No.

Miré a George directamente a la cara.

—Dios mío —dije al fin—. O sea que te dedicas a ir por las escaleras de incendios en Nueva York metiendo la nariz en las ventanas de desconocidos. Pueden arrestarte, matarte...

George se inclinó hacia mí. Iba sin afeitarse. Vi el diminuto rastrojo en el mentón. «¿Qué se debe sentir siendo hombre?», pensé.

—Te gusta, ¿no es cierto?

—¿El qué?

—El peligro te excita.

Su sonrisa me irritó y aparté la vista de él. Intenté dar con una réplica, pero no la encontré. Esa noche, tumbada en mi cama, se me ocurrieron varias cosas que podía haberle dicho y lamenté que en mi caso el ingenio acostumbrara a asomar tarde, descollando cuando ya no venía al caso, durante las solitarias horas en torno a la medianoche.

Las fotografías que me había mostrado George se me quedaron grabadas en la cabeza, pero acompañadas por otras imágenes más vivas de él merodeando y rondando por la ciudad con su cámara, desplazándose furtivamente por callejones y subiendo por escaleras de incendios. Lo veía subido a tejados y escondido detrás de contenedores, disparando en la oscuridad, iluminando con el flash las sobresaltadas caras de aquellos cogidos en un acto que querían mantener en secreto —un beso o una pelea o una transacción ilícita—, y luego lo veía salir corriendo del lugar como si fuera un ladrón. Más que

cualquier otra cosa, las fotografías habían alterado mi visión de George. El joven agraciado con el pelo largo y moreno y hermosas maneras había engendrado un doble, y era este segundo hombre, el que yo no conocía, quien me fascinaba.

Ese sábado el sol brillaba y hacía mucho calor. George nos había invitado a Stephen y a mí a almorzar a su apartamento, y mientras me dirigía hacia el centro en metro tuve una penetrante sensación de expectación. Después de comer subimos los tres al tejado y nos sentamos en unas tumbonas al sol. Contemplamos el otro paisaje de la ciudad: resplandecientes superficies de alquitrán, misteriosos cables, cañerías oxidadas y extraños cobertizos. La comida y el sol nos habían dejado abatidos y apenas hablábamos. Cada uno tenía un libro. Yo leía el mío de forma intermitente y levantaba la vista hacia las nubes con torpe ensimismamiento. Se desplazaban muy despacio por el azul. Stephen estaba absorto en la lectura. Se había enrollado los pantalones por encima de las rodillas y las desnudas pantorrillas estaban rosadas por el sol. George había bajado su libro y contemplaba la ciudad. Tenía la cámara en un taburete a su lado. Estábamos sólo cuatro pisos por encima de la calle, lo que apenas amortiguaba el ruido del tráfico. George se levantó y caminó hasta el borde del tejado. Vi como pasaba los pies al otro lado y se balanceaba ligeramente hacia atrás apoyándose en los talones.

—¡No hagas eso! —le grité—. Me aterroriza.

George torció la cabeza en mi dirección y abrió los brazos para no perder el equilibrio.

Stephen miró a George e hizo un gesto con la cabeza.

Y entonces lo oí: un grito, un quejido estridente y bestial que me atravesó como una descarga eléctrica. Por un instante pensé que George se había caído, pero lo vi apresurarse hacia mí y coger la cámara. Stephen saltó de su silla y corrió hasta donde había estado George. Lo seguí y miré hacia la calle, donde una pequeña multitud se congregaba en torno a una joven desmayada en la acera. Un torrente de sangre corría por el cemento a la altura de su cabeza, y de repente un brazo se le disparó hacia lo alto, como si alguien intentara arrancárselo. Una convulsión le recorrió todo el cuerpo. Tenía la falda del vestido enrollada alrededor de las caderas, y se le veían los muslos y

el borde blanco de las bragas. Escuché a George maldecir mientras manipulaba cámara y película, pero no lo miré. La chica perdió uno de los zapatos en un espasmo, y vi que un hombre se inclinaba y lo recogía, pero una vez lo tuvo en sus manos vaciló, evidentemente sin saber qué debía hacer con él. Miró a ambos lados y con un rápido movimiento se arrodilló y volvió a colocarlo en el suelo. Otro hombre dejó la escena y salió a la carrera hacia la cabina telefónica de la esquina. Una mujer con una camisa roja se había sacado la chaqueta e intentaba infructuosamente colocarla debajo de la cabeza de la chica a modo de almohadilla, y cuando vio que la cabeza daba una sacudida y volvía a golpear el cemento se puso a llorar. Se oían otros llantos. Oí como la cámara de George disparaba varias veces y acto seguido como maldecía otra vez. Stephen seguía inmóvil, con los ojos fijos en la calle. El pulso me latía en la cabeza, y a pesar del repentino frío que notaba, seguí mirando hacia abajo. Un hombre gritaba instrucciones que llegaron hasta nosotros mutiladas por el ruido de un camión que pasaba. Se abrió camino entre la muchedumbre y cogió la cabeza de la chica. Y entonces vi como se orinaba. Una gran mancha oscureció la tela de su vestido y el líquido se escurrió hasta la acera. El hombre la sujetaba con fuerza con el rostro vuelto hacia mí, y yo no podía apartar la vista de él. Estaba entumecido, rojo y manchado de sangre. Tenía los ojos abiertos pero en blanco. De repente comprendí que se estaba asfixiando. Su rostro se desvanecía detrás del hombre. Estaba inclinado sobre ella y creo que tenía una mano en la boca de la mujer. Se oyeron sirenas. Me flaquearon las rodillas. Mientras me recomponía imaginé mi cuerpo en el aire, volando hasta la calle de abajo. Me aparté del borde.

Stephen y George seguían mirando. George llevaba la cámara colgada al cuello. Con los labios separados y los ojos semicerrados por la concentración, sus caras, en realidad muy diferentes, en ese momento se parecían.

—Creo que se recuperará —dijo Stephen—. Ya está en la ambulancia.

—Ese hombre la ha salvado —dije.

Stephen habló deprisa, excitado.

—Resulta difícil creer que un cuerpo pueda moverse de ese modo. Nunca había visto un ataque tan fuerte. He pensado que iba a romperse en pedazos.

¿Has hecho alguna foto? —le preguntó a George.

—Es posible —repuso éste—. Pero no creo. El obturador se ha atascado. No lo entiendo. —Se frotó la cara con una mano—. Nunca tendré otra oportunidad semejante.

Stephen asintió.

—Qué mala suerte.

Me senté en una de las sillas.

—Tal vez sea mejor así —dije.

—¿El qué? —preguntó Stephen.

—Que no haya fotografías.

—¿Por qué? —preguntó Stephen. Parecía enfadado.

—Bueno, porque si ella se enterara le parecería terrible, y porque grabar el sufrimiento de una persona me parece un acto de invasión...

—¿Crees en serio que hay temas que no tendrían que ser fotografiados? —intervino George. Habló con voz neutra y suave.

—Tal vez.

—O sea que eres partidaria de la censura —comentó Stephen.

Miré a Stephen. Su cara estaba tensa, se veía combativa.

—No tiene que ver con la censura —dije despacio—. Eso es externo. Me refiero a un control desde dentro. Después de todo las fotografías también pueden mentir, pueden sugerir falsedad tanto como verdad.

—En serio, Iris —dijo Stephen—. ¿Qué es la verdad?

Me volví hacia George, que me miraba de reojo.

—Quiero decir que dedicarse a fotografiar un ataque de epilepsia lleva consigo cierto tipo de responsabilidad. —Me sorprendió notar como las lágrimas me asomaban a los ojos y volví la cara para que no las vieran.

George se arrodilló junto a mi silla.

—Estás muy pálida —dijo—. No te lo tomes tan a pecho.

Repetí sus últimas palabras para mí. No significaban nada, como una palabra en una lengua que no entendía. Eso me sucede a veces: una palabra, incluso una palabra sencilla y corriente, pierde su significado y se convierte en un galimatías. Miré más allá de George y Stephen y vi que el tiempo había cambiado. Oscuras nubes bloqueaban el sol.

—Entremos antes de que empiece a llover —dije.

Los tres nos sentamos en el apartamento de George y hablamos. Ninguno volvió a mencionar el ataque, y estaba segura de que la omisión era por mi causa. Las ventanas estaban abiertas y escuchamos un trueno y acto seguido la lluvia cayendo a raudales. George las cerró y se fue a la cocina para prepararnos té. Stephen se sentó en el sofá a mi lado y me pasó un brazo por los hombros. Se estaba bien en la espaciosa habitación y el té me hizo entrar en calor. George se nos unió en el sofá. Yo estaba sentada entre ambos y me olvidé de lo que había visto desde el tejado. Olvidar es algo corriente. Hasta la gente en pleno luto, distraída por un breve periodo de felicidad, se olvida del muerto, y yo ni siquiera conocía a esa pobre mujer.

La lluvia cesó. El sol entró por las grandes ventanas e iluminó el rostro de Stephen. George tenía tulipanes rojos en un jarrón de cristal sobre su mesa que también, de repente, estaban iluminados. Noté una penetrante sensación de alegría. Fue entonces cuando George se inclinó sobre mí y susurró en mi oído:

—Quiero fotografiarte.

Me reí.

—¿Por qué hablamos entre susurros, George?

—Estamos conferenciando en privado, querida —dijo, y sonrió—. Esto es entre tú y yo.

—Bien, pues entre tú y yo, ¿por qué quieres fotografiarme ahora? —Hablé en un susurro elevado—. Nos conocemos desde hace un tiempo. ¿Por qué ahora?

—¿Qué murmuráis vosotros dos? —dijo Stephen, quien debió de oír algo.

—Nada de tu incumbencia —le dijo George con una sonrisa. Y luego a mí—: Porque me impresionan... tu belleza inusual, tu carácter y tu inteligencia.

Stephen se echó hacia atrás en el sofá sin apartar la vista de mí.

George y yo jugábamos. Puse la voz de una actriz cómica.

—Si has creído por un solo momento que ibas a poder engatusarme con simples halagos, estás muy equivocado.

—Intenta un acercamiento más franco, George —intervino Stephen—. Es

más probable que funcione.

—Hecho —dijo George—. Iris, quiero sacarte una foto. Me has inspirado. Mi petición puede que parezca un antojo, pero lo cierto es que he estado dando vueltas a lo mismo durante semanas y sólo ahora he reunido el coraje para pedírtelo. Cuando se trata de fotografía nunca bromeo. Soy mortalmente serio. —Se levantó del sofá, se arrodilló a mis pies y tomó mis manos entre las tuyas.

Solté una risita y miré a Stephen.

—¿Qué crees? —le pregunté—. ¿Me atrevo a ponerme en sus manos?

Stephen se encogió de hombros. Pude ver que se había cansado del juego. Echó un vistazo a George, quien se había llevado mis manos a los labios. Dirigí la vista hacia George. Levantó la barbilla y me miró con ojos francos.

—Sí —dije—. Cuando quieras.

Con ese «Sí» no había hecho otra cosa que exponerme, y lo supe desde el momento en que lo dije. Pero no me importó. Por eso es tan curiosa toda la historia. Mientras soltaba la palabra, sabía que estaba sellando un pacto con George y que no podría deshacerlo como si tal cosa. Y más que eso, cuando me senté junto a Stephen en el metro de vuelta a la parte alta de la ciudad, entendí que en cierto modo al aceptar ser fotografiada lo había herido. Él no lo mencionó, pero yo podía leerlo en su solicitud y en su renovado apetito por mí. Sólo que yo no me arrepentía. Cuando el tren traqueteó saliendo de la estación de la calle Setenta y dos, me puso las manos en la cara y me besó con fuerza. En el beso había rabia y durante ese breve lapso de tiempo paladeé mi poder. Por la mañana el misterioso atractivo que había poseído la noche anterior se había esfumado. Stephen se mostraba hosco y malhumorado. Estaba claro que me quería fuera de su apartamento, y le concedí el deseo, pero sintiéndome miserable. Caminando de vuelta a casa, tuve una sensación de tremendo vacío en la cabeza, pecho y estómago. Era tan pronunciado que por un momento pensé que ya no habitaba en mi interior tal como solía. La palabra *Yo*, que siempre había designado el conjunto de mi vida interior, parecía haberse desplazado a otra parte, y durante un minuto dejé de caminar, vencida por la extrañeza que sentía hacia mí.

George llamó para confirmar nuestra cita. Quedamos el sábado a

mediodía en su apartamento. Tenía que vestirme de manera sencilla. Eso era todo. El sábado por la mañana, tarde, me desperté de un sueño sobre George. Sólo recuerdo el final. Llevaba una de las camisas de Stephen y señalaba a una ventana del tamaño de un cubo de niño. El sueño era desagradable y me deshice de él antes de mirar por el conducto de ventilación de la ventana, estirando el cuello para ver el cielo. Era azul. «Un buen día», pensé. Elegí un vestido negro que se abotonaba por delante, me pinté los labios de rojo, cogí un suéter y salí hacia casa de George.

El clima primaveral me puso de buen humor, y mientras esperaba a que George abriera la puerta, caí en la cuenta de que estaba sonriendo. Agarrándome, me hizo entrar en su apartamento sin decir una palabra y me dio un abrazo. Noté como se me aceleraba el pulso. La familiar habitación resplandecía de luz.

—Qué bonito está hoy todo esto —comenté.

George me cogió la cara entre las manos. Se echó hacia atrás y entornó los ojos en simulado escrutinio.

—Lo harás —dijo al cabo—. Está todo aquí.

—¿Qué es lo que está aquí?

—Todo lo que necesito.

—Ésa no es una respuesta —dije, apartándome de su abrazo.

—Es mi respuesta —dijo él. Me miró con fijeza; sus pesados párpados y sus oscuras pestañas eran inamovibles. Le miré la boca y por primera vez la encontré hermosa.

George bajó la vista y me miró los pies.

—Creo que tendrías que ir descalza. El traje está bien, pero los zapatos y los calcetines son graciosos.

—¿Ah, sí? —dije, echando un vistazo a los calcetines de algodón y las sandalias.

—Son de niña pequeña.

—A mí no me importa —dije, y me incliné para quitármelos.

—No —dijo—. Déjame.

Me senté en el suelo con las piernas extendidas ante mí. George también se sentó y, cogiéndome el pie derecho, se lo puso en el regazo. Desabrochó la

hebilla con lentitud y me sacó el zapato deslizándolo por mi pie. Sonreía. Observé como sus dedos cogían con cuidado la tela en lo alto del tobillo para acto seguido hacerla bajar y pasarla después por el talón. Dobló el calcetín y lo dejó sobre el zapato. Y procedió con el siguiente pie. No tenía prisa. Sus movimientos eran metódicos, precisos. Después de haberme sacado el otro zapato y el otro calcetín, sostuvo mi pie desnudo durante unos segundos, ahora con una expresión más discreta. Me eché hacia atrás apoyándome en las manos y cerré los ojos. El brillo de la habitación imprimía marcas rojas en el interior de la piel de los párpados, resplandeciendo a través de mi ceguera. Podía oír la respiración de George, y luego sus pasos a través de la habitación y de vuelta, pero no abrí los ojos hasta que oí el clic de la cámara.

—¿Ya hemos empezado? —pregunté—. ¿Así?

—Así —dijo.

—No sé si lo hago bien.

—Sí, muy bien.

No repuse. A lo mejor después de todo sí que sabía hacerlo. La luz del sol que entraba por la ventana me calentaba la espalda, y podía sentir el cabello suelto sobre el cuello. Hay un placer en que te miren, y a mí me pareció volver a descubrirlo mientras me sentaba allí en el suelo escuchando el obturador de la cámara. Perdí el rastro de mis pensamientos. Por mi cabeza pasaron imágenes y palabras igual que momentos antes de caer dormida. Cambié de posición casi inconscientemente. «No importa», me dije. Ese pensamiento era tal vez la ruptura, el cambio que deseaba en mi interior sin saber por qué. Se aceleró el paso. Escuché mi propia risa. Encontramos un ritmo. George saltaba de lado a lado. Se acuclillaba, se ponía de pie, se arrodillaba y yo me desplazaba con él. Él reía y yo bailaba, con cuidado al principio, consciente de mis brazos y piernas, mi pecho y caderas, viéndome como en un espejo, hasta que me olvidé de mí misma y empecé a moverme más y más rápido. Giré como una lunática por George, quien me gritaba dándome ánimos y sacaba lo que me parecieron cientos de fotografías, parando sólo para poner más película en la cámara. Mis pies aporreaban el suelo. Hice ruido golpeándome los muslos, siguiendo el ritmo en una silla con las manos y ululando con una exuberancia que me mareó. El corazón me

iba a mil. No sé cuánto tiempo duró, pero me recuerdo jadeando por el esfuerzo, sintiendo el sudor en el pelo y debajo de los brazos, y finalmente doblándome exhausta. Miré a George. Sonreía. Estaba sentado en el suelo con la cámara en el regazo. Me dejé caer de rodillas y empecé a arrastrarme hacia él sin dejar de mirar sus delgados brazos y su hermosa boca. Alcé el brazo derecho y alargué la mano hacia su rostro, pero algo en su expresión me detuvo. «Ya tengo lo que quiero —parecía decir—. No te acerques más.» Dejé caer el brazo y volví a sentarme, respirando aún con fuerza.

George seguía mirándome. Encima de la boca y en las sienes se le habían formado gotas de sudor. Parecía cansado pero satisfecho, como una persona que acaba de comer bien, y mientras estudiaba su rostro, con la frente alta y las cejas que casi se tocaban entre sí, me retiré hacia atrás. El intenso placer que había sentido sólo segundos antes se había esfumado. Observé cómo se pasaba la lengua por el labio superior. Fue un sencillo gesto, pero por alguna razón se me antojó espantoso, y cerré los ojos. «¿Qué ha sucedido?», pensé. No le dije nada a George, pero él tuvo que notar el cambio. Me acerqué a la ventana y contemplé la calle. Un hombre con un paquete en los brazos se apresuraba calle abajo. Me temblaban las manos. Me volví, vi los zapatos y los calcetines en el suelo y me agaché para ponérmelos. Cuando me abrochaba la segunda sandalia, George se acercó.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy cansada —mentí—. Eso es todo.

Cuando lo miré noté que sus ojos habían perdido la dureza.

—Espero poder sacar algo —comentó.

Miré hacia la puerta.

—¿Algo de qué?

—Las fotografías, Iris. ¿Estás aquí?

—Lo siento.

—A veces trabajo durante horas y no logro ni una sola fotografía buena. Mientras que otras veces logro una toma fabulosa con un solo disparo. Nunca se sabe.

—Entonces ¿se trata de una cuestión de suerte? —pregunté mientras recogía mi suéter del sofá.

—La suerte tiene algo que ver.

—¿Y lo demás? —Empecé a moverme hacia la puerta.

—El resto —dijo despacio y de forma deliberada— es diseño.

Llegué hasta el picaporte, pero George me cerró el paso.

—I-ris. —Se demoró en cada una de las sílabas de mi nombre, convirtiéndolo en una llamada.

—¿Qué sucede? —canturreé yo en respuesta.

Se recostó contra la puerta y dejó que sus ojos se desplazaran por todo mi cuerpo.

—Eres transparente —dijo al fin.

Hice una mueca antes de hablar.

—¿Qué es lo que quieres, George?

—Ésa es la cuestión, ¿no es cierto? Tal vez deberías hacerte la misma pregunta.

Se me acercó más y me besó en la mejilla, pero a continuación no se apartó. Mantuvo la boca contra mi cara durante varios segundos y luego me besó el cuello.

—No matemos esto —dijo.

Lo cogí por los hombros y lo empujé contra la puerta, sin fuerza pero con firmeza. Vi su expresión de sorpresa.

—Ten cuidado, que muerdo —le solté.

Riéndose con fuerza se hizo a un lado al tiempo que me abría la puerta, y mientras recorría el pasillo seguí oyendo su risa.

—*Touché* —le oí decir a mis espaldas, pero no miré hacia atrás.

Stephen y yo habíamos quedado para cenar en el Moon Palace, un restaurante chino en la calle Ciento doce con Broadway. Como de costumbre, se retrasó, y mientras lo esperaba intenté leer, pero el libro, una árida interpretación de las heroínas en las novelas inglesas del siglo XIX, no conseguía retener mi atención. Con los ojos puestos en la página, pensé en aquella tarde. Y volví a preguntarme qué había sucedido. ¿Se había tratado de una seducción abortada? Recordaba sus labios en mi cuello, su largo cabello en mi rostro.

«No lo mates», había dicho él. En el pasado me había entregado a placeres efímeros, acostándome con desconocidos, y no había sentido ningún remordimiento. Pero esos encuentros habían sido sencillos. Con George me sentía perdida, como una persona en un país extranjero incapaz de entender los rótulos. Y George había tomado la ventaja. Afirmando que yo, a diferencia de él, era inteligible —un libro abierto—, me había vuelto vulnerable. Lo que viera o dejara de ver, lo que supiera o dejara de saber, era algo superfluo. George ansiaba la ambigüedad, y yo notaba que había creado una nube de duda en mí para su propio disfrute. Le excitaba la idea de poder manipular mi deseo. Eso es lo que temía. Lo que me ponía enferma era estar implicada en esta oscura relación. Yo me la había buscado, y los motivos eran confusos. Puede que George no fuera clarividente, pero instintivamente sabía cómo sondear mis silencios, y yo había sentido cómo empezaba a removerse en el momento en que puso los ojos en mí con el rostro sofocado de satisfacción. Sentí una mano en el cuello y di un bote. Al volverme, vi a Stephen.

Recuperé el aliento.

—Estamos en Nueva York, Stephen. No puedes acercarte así a la gente, por detrás.

—Lo siento —dijo, y sonrió—. ¿Qué tal la sesión?

—¿Por qué? ¿Has hablado con George?

—No. —Se le abrieron los ojos—. Sólo preguntaba qué tal te había ido.

—Muy bien —comenté.

Se sentó frente a mí.

—¿Muy bien? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Se recostó en la silla y puso los nudillos en la barbilla, examinándome con otra sonrisa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Me ha fotografiado.

Stephen alargó la mano sobre la mesa, me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia él. Sentí una oleada de deseo que me irritó. «No —pensé—, no.» Intenté liberarme de su apretón, pero me sostuvo con firmeza y musitó por debajo de su respiración:

—Te has acostado con George, ¿no es cierto?

—¡Stephen!

Me soltó.

El hombre de la mesa contigua me dedicó una breve sonrisa.

—No tiene importancia —dijo—. Eres libre de hacer lo que quieras.

Vi como Stephen pedía la comida. Cuando el camarero se hubo marchado, se dirigió a mí con voz enérgica.

—Ya sabes que a George le gustan más las fotografías que las mujeres.

Mientras hablaba sentí como la garganta se me encogía.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. —Calló y simuló mirar al otro lado del local—. También quería fotografiarme a mí, pero le dije que no.

Me acordé de la fotografía del cuerpo del joven en la ventana. «No era Stephen —pensé—. Por supuesto que no.»

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Debería haberlo hecho? —inquirió—. Tomaste tu propia decisión. Yo tomé la mía. Son completamente independientes la una de la otra.

—Bastardo —le solté.

Levantó las manos en un gesto de falsa sorpresa.

—No sé de qué hablas.

Nos miramos el uno al otro. Los ojos de Stephen estaban nublados, no eran sinceros. ¿Podía reprocharle que no me hubiera dicho que se había negado a ser fotografiado por George? No estaba claro. Nuestra intimidad no tenía reglas. No habíamos estipulado contrato alguno. Sentí que la frustración me atenazaba el pecho y la mandíbula. Hablé sin darme cuenta.

—Tú nunca me has querido —le dije.

El rostro de Stephen perdió su tensión, y recuerdo que pensé lo fácil que es hablar sirviéndose de estereotipos, robar una cita literaria de baja estofa y dejarla caer. De todos modos con nuestras palabras sólo podemos rondar lo inexpresado, y resulta cómodo soltar lo que hemos oído con anterioridad.

—Siempre te he querido —dijo—. Sólo que no del modo en que a ti te gustaría.

Dos días más tarde, llamó George.

—Sólo estoy contento con una fotografía, pero es extraordinaria. He pensado que tú y Stephen podríais venir a cenar mañana y así os la enseño. Hay otras que están bastante bien, pero a mí no me sirven. Les falta... — Dudó.

—Les falta arte —concluí yo.

George se rio.

—Sí —dijo al final—, les falta arte.

Nos quedamos en silencio.

—Cuando pienso en ese día me siento mal —hablé yo.

—No deberías.

—Pues no puedo evitarlo.

—No te preocupes más.

—Supongo que no le habrás comentado nada a Stephen.

—¿Qué hubiera podido decirle, Iris?

—No sé.

—¿Estás insinuándome algo? —inquirió.

La pregunta me confundió. No respondí hasta después de unos cuantos segundos.

—Pues si es así, ahora no se me ocurre.

George volvió a reírse.

—Bien, pues si te acuerdas yo no me muevo de aquí. ¿Quedamos para mañana, entonces? ¿A las ocho en mi apartamento?

—Muy bien.

—Tengo ganas de verte, Iris. —Su voz tenía un tono cálido y afectuoso y me pregunté a qué se debería.

—Adiós, George.

—Adiós y hasta mañana —dijo.

Oí como colgaba el teléfono.

Stephen y yo no fuimos juntos a casa de George. Se lo propuse, pero él me dijo que había quedado con alguien en el centro antes de cenar. No me dijo el nombre de la persona y yo me guardé las ganas de preguntárselo, pero esa tarde, sentada en la biblioteca dando comienzo al ensayo que

pomposamente había titulado «Ficciones dentro de la ficción: El destino de la Dorothea Brooke de George Eliot», me imaginé que el acompañante de Stephen era una hermosa mujer. Sus formas y colorido cambiaban a medida que cambiaban mis pensamientos, pero la idea de que existía siguió fastidiándome, y a pesar de tratarse sólo de un espectro de mis celos, era incapaz de contener la oleada de fantasías acerca de ella y Stephen. En el momento de dejar la biblioteca había inventado diferentes tramas elaboradas relativas a los dos, pero no había escrito una sola palabra sobre Dorothea. En mi apartamento me cambié tres veces de ropa, y llegué a casa de George veinte minutos tarde.

Cuando George abrió la puerta vi a Stephen de pie detrás de él. Me dieron la bienvenida a la vez. Stephen estaba ruborizado y tenía las mangas de la camisa blanca desabotonadas y subidas por encima de los codos. «Tal vez haga calor dentro», pensé, pero cuando entré el aire estaba frío y vi que las ventanas estaban abiertas. Sentía los ojos de George puestos en mí mientras miraba a Stephen, y me resistí al impulso de volverme hacia él. George me trajo un vaso de vino, y tras acercarme a la ventana me puse a escuchar los sonidos de la noche. Oí que alguien gritaba el nombre de Paul. Esperé una respuesta. No llegó ninguna.

—Te veo tranquila —me dijo Stephen desde detrás.

Me giré en redondo para responderle. Su rostro había recuperado la habitual palidez. Miró más allá de mí, y la falta de propósito que se leía en sus ojos me molestó.

—¿Qué tal tu cita? —le pregunté.

Me miró como si no entendiera.

—Esta tarde habías quedado con alguien, ¿no es cierto?

—Ah, ¿eso? —dijo—. Me ha ido bien.

—¿Alguien que yo conozca? —Escuché el quejido de mi voz con desapegada fascinación. Era una pregunta falsa. Ninguna respuesta habría podido tranquilizarme. Simplemente había sucumbido a la perversa necesidad de preguntar, de exponerme y atormentarme, y en cuanto oí las palabras sentí tanto liberación como humillación.

—Oh, Iris —dijo—. No empecemos con otro ataque de celos.

Me aparté de su lado. A estas alturas mis deseos empezaban a ponerme enferma. Se habían vuelto viejos y tiránicos, y me conducían como brutales amos, y entonces entendí que los quería muertos.

Mientras comíamos, hablé sobre todo con George, igual que Stephen. Después del postre, George se levantó y volvió con un sobre de papel manila que dejó en la mesa delante de mí.

—Échale un vistazo —dijo.

Stephen, que se sentaba a mi lado, se acercó para ver.

Lo abrí y saqué la gran fotografía. A pesar de las ansiedades a causa de la tarde que había pasado con George, no estaba preparada para lo que vi. Al principio ni siquiera me reconocí. La persona de la fotografía no parecía tener semejanza alguna conmigo, y por un instante pensé que George había cometido un error, me había dado la foto equivocada, pero entonces me vi y tuve una peculiar sensación de recuperarme, de recordar un suceso olvidado, algo desagradable y desconcertante. Intenté atraparlo, pero era como el fragmento de un sueño que, convocado por una visión o sonido, aflora un instante durante el día para retirarse acto seguido —tan rápidamente como llegó— al inconsciente. Puse la fotografía boca abajo en la mesa, pero volví a cogerla.

No era una toma de cuerpo entero. Estaba cortada por debajo del pecho, y mis brazos extendidos cercenados a la altura del codo. Las fotografías se recortan de muchas maneras, y los resultados rara vez son perturbadores. El que la contempla rellena las piezas que faltan, pero ésta en concreto era diferente. La convención no parecía funcionar, y tuve la espantosa sensación de que las partes de mí que no estaban en la foto realmente me faltaban. No lo entendí del todo en el momento, pero desde entonces he pensado en ello a menudo, he llegado a creer que este efecto lo creaba el hecho de que lo que aparecía de mí en la fotografía también estaba fragmentado. Un largo mechón de cabello me recorría la mejilla derecha y la boca, dividiéndome la cara en dos. Una sombra oscura por debajo de la mandíbula levantada hacía que mi cabeza pareciera flotar sin sujeción al cuerpo. A mi cara entera le faltaba claridad, en parte porque la luz era oscura, pero también porque mi expresión no tenía sentido, una mirada de soslayo medio indecente que no parecía

significar emoción definitiva alguna o incluso sensación. Era una cara sin razón de ser, y la odié instantáneamente. «Yo no soy eso», pensé, y dejé que la fotografía resbalara de mis manos y cayera a la mesa.

Stephen la cogió inmediatamente y la sostuvo ante sí. Hizo un sonido con los dientes, un pronunciado silbido como nunca antes le había oído, y su cara, que veía de perfil, tenía ahora un aspecto más suave que nunca. Contempló la fotografía mientras movía la cabeza despacio arriba y abajo en un gesto de asentimiento.

—Stephen —dije con una voz apenas audible. No me oyó—. ¡Stephen!
—repetí.

—¿Qué sucede? —No me miró.

—La fotografía, es...

—Sorprendente —dijo.

Acerqué tentativamente los dedos a su brazo desnudo, pero él lo apartó.

—No —le susurré—. Es terrible. Tienes que verlo. Es cruel.

Habló con una voz alta y clara que me avergonzó.

—¿Qué estás diciendo, Iris? Habla más fuerte.

Busqué con la vista a George, que parecía haber salido de la habitación, pero entonces lo vi de pie en la otra punta, apoyado contra la pared y fumando. Nuestras miradas coincidieron. Había estado observándonos. Estaba segura de eso. Pero ¿con qué propósito?

—¿Qué piensas? —me preguntó George.

—No se parece a mí —repuse—. Si he de serte honesta, creo que en esa fotografía hay algo feo...

George me interrumpió.

—¿Y qué piensa Stephen?

Stephen levantó la cabeza en dirección a su amigo.

—Creo que probablemente no sepas lo que has hecho. Está todo aquí, George, todo lo que tú buscabas. —Y volvió a la fotografía. Su mirada fija, sin parpadear, me recordaba la de ciertos animales cuyos ojos parecen totalmente inertes, casi ciegos, y de pronto tuve la sensación de haberme vuelto invisible para Stephen. Había dado un repentino giro que me había dejado fuera del campo de visión.

A partir de esa tarde Stephen empezó a mostrarse distante. Aunque me llamaba a menudo, parecía reacio a llevarme a su apartamento, y yo casi nunca iba allí. Estábamos enfadados, y a pesar de mis firmes resoluciones para volver a ganármelo sirviéndome del encanto, la piedra que llevaba en mi pecho lo impedía. En compañía de Stephen me convertía en una persona desabrida, aburrida y carente de ingenio. Con otros, en cambio, podía mostrarme mucho más suelta. Hombres que apenas me importaban me llamaban, y de cuando en cuando aceptaba una invitación. Con ellos mi indiferencia funcionaba como un afrodisiaco. Como no quería nada de ellos, me sentía libre y charlataneaba, soltaba todo tipo de estupideces, lo que al parecer no hacía otra cosa que aumentar el deseo de ellos. Al final de esas veladas cerraba la puerta ante el esperanzado rostro y me iba sola a la cama, pero cuando me echaba me sentía mal por el hombre que había dejado plantado en el recibidor y me avergonzaba mi despliegue de coquetería, esa ridícula característica tan femenina que sólo aparecía cuando me encontraba realmente sola y triste.

La fotografía siguió aflorando de vez en cuando a mi cabeza como algo lamentable, pero me dije que lo peor ya había pasado y procuré apartarla de mis pensamientos. Y luego, tras un encuentro fortuito en la calle, Stephen desapareció. Lo vi con una pequeña pelirroja que no tendría más de dieciocho años. Era mona y frágil, e iba vestida con ropa cara. Estaban hablando, y por la postura de Stephen comprendí cuáles eran sus intenciones. Se inclinaba sobre ella con los hombros encorvados. Lo conocía. Él no seducía con chistes. Se dedicaba a envolver a las mujeres en una nube de seriedad. Pero le arruiné los planes. Me acerqué a ellos y besé a Stephen al tiempo que le pedía que me presentara a la chica. Se llamaba Lily. «Qué nombre más bonito», dije, viendo como la cara de Stephen se endurecía. Antes de dejarlos, besé firme y apasionadamente la apretada boca de Stephen. Al volverme vi como se abrían los verdes ojos de la chica, sondeándolo. Se había acabado. No miré hacia atrás. Corrí hasta casa y estrellé cuatro vasos nuevos contra la pared. Doce dólares más impuestos tirados a la basura.

Pasaron ocho días. Stephen no llamaba, y no sabía dónde localizarlo. Su sitio en la biblioteca estaba vacío. No apareció en la única clase que teníamos juntos y tampoco se dejó ver por los sitios que frecuentaba. Luché contra el impulso de telefonarle y en cambio llamé a George. Fue al único al que le conté la escena de la pelirroja, pero relaté el incidente como si se tratara de una comedieta, y los dos nos reímos de ella. Aunque era probable que George hubiera visto a Stephen o al menos hablado con él, sabía que presionarlo para sonsacarle información sobre su amigo lo pondría en un compromiso de lealtades, por lo que me contuve.

Al noveno día ya no podía soportarlo más. Armada con el patético pretexto de devolver un libro, decidí visitar a Stephen. Recorrí las dos calles hasta su casa, entré en el edificio con un anciano que me conocía de vista, cogí el ascensor hasta el quinto piso y me planté delante de la puerta del apartamento de Stephen. Respiré profundamente y llamé. No hubo respuesta. Volví a llamar con más fuerza. Seguía sin haber respuesta. «Ha salido con la pelirroja», pensé. Llamé una última vez y después intenté abrir con el picaporte. Dio la vuelta y la puerta se abrió. Entré y llamé a Stephen sin cerrar la puerta. Desde donde me encontraba pude ver que la ventana del dormitorio estaba entornada. La corriente pasó por mi cara y di un brinco cuando oí la puerta cerrándose de un portazo detrás de mí. Entré de puntillas en el dormitorio y como no vi a nadie llamé a la puerta del cuarto de baño. El silencio de Stephen adoptó rasgos ominosos. «Está muerto —pensé—. Lleva días muerto, tumbado detrás de esa puerta.» Di la vuelta al picaporte y empujé, pero estaba atrancada. Repetí el empujón sirviéndome de todo el peso de mi cuerpo y estuve a punto de caerme en el diminuto lavabo. Ni rastro de Stephen. Volví a echar un vistazo al dormitorio y vi una taza de café en la mesa a medio beber. Cuando me inclinaba para comprobar si estaba frío, vi la fotografía, o al menos parte de ésta, sobresaliendo debajo de una revista.

Verla allí me produjo un sobresalto. Era tan estúpida como para no habérmela imaginado en otras manos que las de George. Probablemente se trataba de una copia. La sola idea de que había más de una fotografía me sacudió, y me asaltó la fantasía de que éstas proliferaban: mi imagen

multiplicada en miles, arrojada como tanta basura en las calles de Nueva York. Sacándola de allí la examiné por segunda vez. «No puede ser tan mala como la recuerdo», pensé. Repasé las distintas partes: la cara oscurecida por el cabello, el cuello en sombras y vacío, los brazos cortados a la altura de los codos, los pequeños pechos dentro de mi vestido oscuro. ¿Qué encerraba que me había hecho odiarla? «No es fea —pensé—. No es nada. ¿La veo claramente?» La estudié con mayor detenimiento y no sentí nada. Recuerdo haber constatado la vaciedad de mi respuesta con sorpresa, pero seguir mirándola. Noté que mi cabeza se aligeraba como si fuera a perder el conocimiento, y tuve una débil sensación de náusea. Agarré la silla de Stephen con la mano libre y tuve que sentarme mientras aún sostenía la fotografía. Respiré profundamente y volví a fijar mi atención en ella. La imagen cambiaba. Con más curiosidad que alarma, percibí un pequeño agujero negro en el rostro. «¿Cómo puede ser?», me dije. Antes no estaba allí. Pero ni por un momento dudé de su realidad. El agujero creció, comiéndose el ojo izquierdo y la nariz, y entonces llegó el pavor, frío y absoluto, un terror tan profundo que provocaba una especie de parálisis. Estaba transfigurada. El agujero devoraba la imagen entera, el rostro y el pelo, los hombros, pechos y torso, y por un instante ya sólo vi los muñones de los brazos, hasta que éstos también fueron devorados, pero como en los sueños, fui incapaz de gritar. No había sonido alguno dentro de mí, y observé como el agujero empezaba a tragarse el marco de la fotografía. Temía por mis dedos, pero ni con éstas pensé en dejarla caer al suelo. Estaba unida a mis manos, formaba parte de mis miembros, y de repente estaba ciega. No sé cuándo recuperé la visión. Es probable que perdiera brevemente la conciencia, pero recuerdo que lo primero que vi fue la luz de la habitación, y que me sorprendió. Luego vi los objetos sobre la mesa de Stephen. Los fui enfocando poco a poco: objetos empañados sin nombre procedentes de otro mundo. Oí una respiración y pensé que había alguien más en la habitación antes de caer en la cuenta de que se trataba de la mía, fuerte y desacompañada como la de un inválido. El cuarto volvió a su ser y vi la fotografía en el suelo boca abajo, un insignificante rectángulo blanco.

Se había acabado, y me dolía la cabeza. Sufro de migraña y soy

susceptible a malas pasadas de los nervios y a alucinaciones menores, pero nunca he sido capaz de describir estas experiencias como aberraciones puramente neurológicas porque mientras suceden estoy convencida de ver la verdad, de que la terrible fragilidad y ausencia que siento es el mundo, desolado y sin ropajes. Esa desnudez es irremediable. Queda atrás en el crudo lugar sin voces que existe más allá de las refunfuñantes ensoñaciones de la vida diaria, adonde no puedes pedir ir, sino que te llevan. Sentada en el apartamento de Stephen, recuperándome de lo que había visto, di sentido a la visión. Había sido, me dije, una revelación de la oscuridad inherente a la fotografía y el signo de un contagio entre nosotros: Stephen, George y yo. Ahora me pregunto si no será peligroso asignar un significado a aquello que está esencialmente vacío pero parecemos incapaces de evitar. Tapamos los agujeros con nuestro discurso, justificando el vacío hasta que nos olvidamos de que está allí. Me dolía la cabeza y me sentía decaída. Notaba como la misteriosa neblina de la depresión empezaba a bajar, una carga informe de la que no me podía liberar. Oí un ruido y me tambaleé en la silla.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí, Iris?

Era Stephen. Levanté la vista hacia él.

—La puerta estaba... —tartamudeé la palabra *abierta*.

Me miró airadamente.

—Yo nunca he fisgoneado en tu apartamento —dijo—. ¿Qué estás haciendo?

—No estaba fisgoneando —repuse—. ¿Dónde estabas? Temía que te hubiera pasado algo...

—Me he parado a ver a la señora Stone. Está enferma, pero eso no viene al caso.

Callé. La señora Stone era una profesora de teosofía de ochenta años de la que Stephen se había hecho amigo. Me había olvidado de todo lo relativo a ella.

—¿Qué hacías con ella? —Se acercó hacia mí, recogió la fotografía del suelo y la agitó en mi dirección—. La has doblado —dijo, mirándola—. Pensabas llevártela, ¿no es cierto?

Toqué la zona dolorida de mi sien y miré a Stephen.

—Por supuesto que no —respondí.

—¿Has hablado con George?

—¿Qué quieres decir?

Stephen me miró a los ojos. Su hermoso rostro parecía congelado y estaba muy blanco, pero sus orejas le ardían y estaban rojas. Esas orejas rojas tenían un efecto calmante sobre mí, y las observé interesada.

Apretó la fotografía contra el pecho como un niño reclamando la posesión de un juguete.

—¿Y entonces qué estás haciendo con ella? —preguntó al cabo de un rato.

—La estaba mirando. —Mi voz era tan suave que me pregunté si podía oírme.

—¿Qué derecho tienes a mirarla, a entrometerte en mi apartamento...?

—La fotografía es horrible —dije.

Stephen la sostuvo ante sí. Su rostro volvió a ganar color, y sus orejas empalidecieron de nuevo.

—La miro todo el tiempo —dijo al fin—. Desde la primera vez que la vi he querido entenderla, entenderlo. He querido apartarla, romper el código, pero es un misterio. George tampoco puede explicarlo. Tú dices que es una fotografía horrible. Yo no sé lo que eso significa. Estás haciendo un juicio moral, pero este rostro, esta mujer va más allá de todo eso.

—Stephen —intervine—. Es una fotografía de mí.

Se encogió de hombros.

—Está bastante claro que no entiendes. Mírala —dijo, sosteniendo la fotografía ante mi cara.

Volví la cabeza.

—No.

—¿No quieres mirarla? —Se rio sorprendido.

—No —dije—. Apártala.

Me puse a mirar las estanterías de Stephen. Estaba tan cansada que quería echarme. Stephen hizo un ruidito, una suerte de ronquido, y dejé que me cogiera del brazo y me atrajera hacia sí.

—Iris, ¿te has vuelto loca? Se trata sólo de una foto. ¡Mírala! —Hacía

oscilar la fotografía cerca de mi rostro.

Cerré los ojos y solté el brazo.

—¡No!

—Lo tuyo es serio —dijo—. Te da miedo.

No repuse. Sin pensarlo, me llevé la mano a la cabeza. Me dolía la piel. Stephen se arrodilló a mis pies y alargó el brazo para tocarme la cara. Ya no sostenía la fotografía.

—¿Qué sucede, Iris? —dijo, y apartó un mechón de cabello de mis ojos—. Qué pálida estás. ¿Es uno de tus dolores de cabeza?

Su amabilidad me hizo llorar. Debí de pasarme unos buenos cinco minutos sonándome y moqueando en un pañuelo de papel antes de que Stephen empezara a desabotonarme la camisa, a ponerme los dedos en el cuello, la boca cerca de la oreja.

Por la mañana me fui antes de que Stephen se despertara. El dolor de cabeza había desaparecido. Pensé en dejarle una nota, pero decidí no hacerlo. Mientras salía vi la fotografía boca abajo en la mesa. «Un vistazo —me dije —, un solo vistazo para comprobar», pero retiré la mano. Cuando salí a la calle la luz del día y el aire fresco me sorprendieron. «Dejar esas habitaciones pequeñas y oscuras es como salir de una tumba», pensé.

Stephen salió de la ciudad ese mismo día. Me dijo que pensaba pasar seis días en casa de sus padres, en San Francisco, y asistir a la boda de un primo. Le creí. Para mí, la fotografía se había transformado en la experiencia de verla en el apartamento de Stephen. No podía separar la imagen del agujero, y aunque podía describirla con cierta precisión, era capaz de nombrar cada una de sus partes, lo cierto es que era incapaz de verla. Su presencia en mi cabeza era, de hecho, una ausencia que sentía como una pequeña pero constante amenaza. Eso era malo de por sí, pero lo que también me desanimaba era que la fotografía se mostrara en otras partes, y estaba atrapada por la sensación de que había empezado una nueva vida por su cuenta. Lo anterior no lo digo literalmente. Quiero decir que la fotografía parecía estar en circulación, si no una copia, la noticia de su existencia. Al día siguiente de la partida de

Stephen, estaba leyendo en la biblioteca y un joven al que nunca había visto antes se sentó a mi lado y me preguntó:

—Tú eres la chica de la fotografía, ¿verdad? —Me quedé muda. Me miró y empezó a reírse—. Me la enseñó Jonathan Mann.

—No conozco a nadie con ese nombre —le dije.

—¿De verdad? —repuso—. Jonathan me dijo que os habían presentado.

—Pues me parece que no —dije, mirando al joven directamente al rostro. Y entonces miró al reloj de la pared, dio un brinco de la silla y corrió hasta la puerta—. ¿Y quién eres tú? —le pregunté en voz alta, arrancando miradas irritadas de los otros lectores.

—Whorf —dijo—, Ian Whorf, historia del arte.

Llamé a George desde el teléfono de la sala, pero no estaba en casa. «¿Quién diablos es Jonathan Mann? George debe saberlo», pensé, y marqué su número por segunda vez. No hubo suerte. Al día siguiente volvió a suceder. Mi profesor de lingüística, un hombre grande y amigable de barba blanca y cara colorada, me paró después de clase y me dijo:

—Me han dicho que estás haciendo carrera como modelo.

Sonrió.

—¿Quién se lo ha dicho? —le pregunté, percibiendo la tirantez en mi voz.

El profesor Phibbs pareció confuso.

—En la oficina del Departamento de Lengua y Literatura Inglesa —dijo—. Marge, la secretaria, parecía muy bien informada.

—Marge. —Repetí el nombre en voz alta. Apenas conocía a Marge. Era una mujer pequeña y eficiente que se sentaba detrás de un enorme escritorio en el medio de la oficina. Intenté conjurar una imagen suya hablando de la fotografía. ¿Se la habría enseñado Stephen? La idea parecía de ciencia ficción. Dije adiós al profesor Phibbs, me dirigí al claustro de la Facultad de Filosofía y cogí el ascensor hasta el sexto piso.

Cuando entré en la oficina, vi a una joven —debía de ser una estudiante — sentada sola en la habitación exterior. De los lados de la cabeza le sobresalía una notable masa de cabello castaño, que no dejé de mirar mientras le hablaba.

—¿Está Marge? —Mientras lo decía, me sobrecogió lo absurdo de mi cometido.

—No, estará fuera durante un par de días. ¿Puedo ayudarte?

—No —repuse—. Se trata de algo personal.

—¿Quieres dejar tu nombre?

—No, no quiero. —Mi voz sonaba demasiado enfática—. No, gracias —dije en un intento de cambiar el tono.

—Como quieras —dijo, y se sumergió en una pila de papeles en el escritorio.

Pasé toda la tarde llamando a George. Dejé que el teléfono sonara y sonara, pero no estaba. También busqué el número de Ian Whorf en la guía de Manhattan y no figuraba. Cuando el alba iluminó el conducto de ventilación en el exterior de mi ventana, seguía despierta y con la cama abarrotada de material de lectura —libros, artículos fotocopiados, revistas— que había leído durante las horas de insomnio. Finalmente caí en un sueño inquieto, lleno de castañeteantes voces y multitudes anónimas.

Cuando me desperté, tres horas más tarde, fui a la biblioteca y escribí tres páginas sobre Dorothea Brooke, cuyos delirios habían cobrado renovado vigor, y después, agotada, me dirigí a la Facultad de Filosofía para tomar té en la sala de graduados. Este ritual, conducido enteramente entre susurros, tenía lugar cada tarde. Una malhumorada mujer se sentaba detrás de un artilugio de plata de buen tamaño regateando té y pequeñas y pálidas galletas. Se esperaba que pagáramos un cuarto de dólar por ese privilegio, pero el plato destinado a recibir las contribuciones solía estar vacío. Betsy Wingate estaba sentada en el extremo más alejado de la sala, y cuando entré me hizo un gesto. Después de hacer cola para coger el té fui a sentarme con ella. Más que amiga, Betsy era una conocida. La conocía de la asignatura de poesía inglesa del romanticismo, en la que se había mostrado notablemente articulada, interrogando con preguntas de un párrafo de largo al profesor Kreeber, quien al poco emitía un suspiro cada vez que ella levantaba la mano.

—Iris —dijo—. Eres justo la persona que me moría por ver. —Palmeó la silla de su lado. Me senté—. Ralph ha estado aquí hace unos minutos y me ha hablado de ti.

Debió de notar que me quedaba en blanco.

—Ya sabes, Iris, el derridiano ese de la coleta. Se sentaba a tu lado en romanticismo... ¿Te acuerdas?, el alto.

Asentí. Recordaba a Ralph.

—Me dijo que circula una pasmosa fotografía tuya tomada por un artista del centro. *Un estudio erótico*, se titula.

Contuve la respiración.

Betsy prosiguió:

—Tengo que preguntarte, de feminista a feminista, como comprenderás. ¿Posar desnuda no te hizo sentir comprometida?

Miré en los ojos agrandados de Betsy a través de los gruesos cristales de sus gafas. La distorsión me hizo pensar en sueños en los que un solo detalle físico en una persona arrincona todos los demás. «O sea que ahora estoy desnuda —pensé. Así la taza con ambas manos y contemplé el líquido marrón—. Vaya donde vaya, ese objeto estúpido se me ha adelantado. Es como si estuviera siguiéndole el rastro.» Betsy esperaba mi autorizada respuesta. «Estaba vestida del todo —me imaginé diciendo—. La fotografía no es lo que crees, es...» Hasta que vi que no iba a poder explicarme.

—Lo más mínimo —dije, y me levanté para marcharme.

Parecía decepcionada.

Allí dentro hacía calor, demasiado calor. Pensé que tenía que salir fuera. Caminé deprisa hasta la puerta y a través del recibidor, pasé junto a dos personas que hablaban entre susurros, y se me ocurrió pensar que ellos también conocían el rumor y que se estaban comunicando las nuevas sobre la fotografía. Echaron un vistazo en mi dirección. Al llegar a los escalones en el exterior del edificio me detuve para recomponerme un poco. La Biblioteca Butler se alzaba al sol, y recordé a Stephen tocando a George, con la boca en la oreja de su amigo. Había empezado allí, y ahora hablaban los extraños. La senda de los rumores es invisible. Una cosa lleva a la otra, como el tiempo. Jonathan Mann, Ian Whorf, el profesor Phibbs, Marge, Ralph, Betsy Wingate, los nombres me atravesaban el cuerpo. Un día antes la habría seguido, habría intentado rastrear la ruta que había seguido el fotógrafo, y afrontado a aquellos que habían pasado el rumor, pero ahora entendía que era

imposible. No tenía energías para jugar al gato y al ratón por los oscuros pasillos de la Universidad de Columbia, para escuchar los variados recuentos de mi exhibicionismo. Me senté en los escalones, cerré los ojos y volví la cara hacia el sol. La versión de Betsy era tan buena como cualquiera. Al fin y al cabo, la palabra *desnudez* era como una insípida metáfora de lo que me había ocurrido. No sólo me habían desvestido. Me habían dado la vuelta sacando lo de dentro fuera.

Durante los siguientes dos días me escondí en mi apartamento, escribiendo sobre los deseos de Dorotea y el vacío de Casaubon, y parando de cuando en cuando para llamar a George, que nunca estaba en casa. Fue entonces cuando empecé a sospechar que George y Stephen eran cómplices. Después de todo habían salido de la ciudad al mismo tiempo. Tal vez no había primo ni boda, y Stephen había mentido para encubrirse. Pero mis sospechas no se limitaban a ellos dos. Había empezado a sentirme incómoda en los lugares públicos, a esperar miradas y preguntas, y cuando después de mi reclusión volví a la biblioteca, lo hice sin mirar a nadie. La mañana y casi toda la tarde pasaron sin incidentes dignos de mención. A cada hora que transcurría me sentía más relajada, y hacia las cuatro estaba felizmente sentada, picoteando en mi ejemplar de *Middlemarch*, cuando se me acercó un extraño.

Apareció por detrás de un carrito cargado de altas pilas de libros que debían ser devueltos a sus estantes. Un hombre apuesto con un suéter rojo y gafas de sol. Se inclinó sobre la mesa en la que yo trabajaba y me miró con una amplia sonrisa. Sus movimientos tenían un aire autoritario que me disgustó. Era demasiado mayor para ser un estudiante, y demasiado ostentoso para bibliotecario. Estaba segura de que en toda la historia mundial no había habido ningún bibliotecario que trabajara con las gafas de sol puestas.

—Tú eres Iris, ¿verdad? —inquirió.

Miré los oscuros cristales que le ocultaban los ojos.

—No —repuse—. No.

Me miró con expresión de sorpresa.

—Estaba seguro de que...

—Pues no, debes de estar buscando a otra. A otra persona. —Escuché el

tono de convicción de mi voz.

Torció la cabeza hacia el lado como para verme mejor.

—Podría haber jurado...

—Lo siento —dije, al tiempo que fijaba la vista en un párrafo. Se enderezó dándose aires y al cabo de un instante se fue. Cuando estuve segura de que se había ido, levanté la vista. La sensación de triunfo no duró mucho. En cuestión de minutos la negativa empezó a agujionearme como otro paso en falso más. La facilidad con la que había negado mi identidad me alarmó. Ya lo había hecho antes. Pocos meses después lo volvería a hacer, pero eso ya es otra historia.

Salí hacia casa con la bolsa de libros colgada del hombro. Cuando llegué a la calle Ciento nueve Oeste, pasé de largo y seguí andando. Tenía la cabeza demasiado llena para un apartamento tan pequeño. El viento soplaba desde el río y mis pies hicieron tiempo, se convirtieron en pulso de mis pensamientos mientras andaba y andaba. No tenía destino fijo, sólo el deseo de seguir, y empecé a andar más deprisa, con el sonido de la ciudad en mis oídos, sus humos en mi nariz y en mi boca. Los libros pesaban y la bolsa me iba royendo el hombro. Me detuve en una charcutería de la calle Cuarenta y cuatro y comí un bocadillo grande y caro antes de seguir la marcha hacia el centro. El cielo era de un azul profundo cuando por fin llegué a Washington Square. Crucé la plaza semioscura, pasé por debajo del arco y volví a la acera. Hice un gesto de negación con la cabeza cuando se me acercó un hombre con la mano extendida y voz melodiosa. Canturreaba algo sobre «articulaciones sueltas», y pensé en gente desmadejada como marionetas y apresuré la marcha.

El hombre se desvaneció detrás de un árbol. Cuando llegué al otro lado del parque, supe que me dirigía a West Broadway a buscar a George, que si era necesario me sentaría en los escalones de fuera y esperaría toda la noche a que llegara.

Cuando apreté el timbre no esperaba que respondiera, pero lo hizo, y al subir a su piso vi que estaba solo y que había ropa y papeles esparcidos por todo el apartamento, además de una maleta abierta en el suelo. Pensé que daría alguna explicación del caos, pero no fue así.

—Tengo que hablar contigo —le dije, sentándome en el sofá.

Hablé sin interrupción durante un buen rato, relatando los peculiares sucesos de los últimos días, preguntándome en voz alta sobre el origen del rumor, y con tanto tacto como pude toqué el tema de la fotografía en sí, mi reacción excesiva y la de Stephen. A lo largo de mi monólogo no dejé de mirar a George, intentando encontrar pistas en su rostro, pero aunque prestaba atención no demostró emoción alguna. Acabé diciendo:

—Todo el asunto se ha escapado de las manos. Lo ves claro, ¿verdad? Se ha desquiciado.

George soltó un suspiro antes de hablar:

—Debe de haber sido Jon.

—¿Jonathan Mann? —pregunté.

—Es marchante, Iris. Está preparando una exposición. Sucedió muy deprisa. Uno de sus artistas está en el hospital, y como no puede terminar su trabajo me lo ha pedido a mí. Tengo las fotografías. Quiero usar la tuya... entre otras.

—¿Cuándo pasó todo esto? —pregunté.

—Hace una semana.

—Tendrías que habérmelo dicho entonces.

—He estado fuera.

Vi una camisa azul arrugada sobre la ropa de la maleta.

—¿Con Stephen? —le pregunté.

No respondió.

—¿Has estado con Stephen?

—Durante un par de días. Y luego me fui a Los Ángeles.

—Me ha mentado —solté—. Sobre la boda.

—No, Iris. Sí que hubo una boda.

—No sé quién eres, George. No sé quién diablos eres.

—¿No lo sabes? —Parecía triste. Tenía los oscuros ojos inyectados en sangre.

—¿Cuándo es la exposición?

—El viernes que viene.

—¿Tan pronto? Parece imposible.

—Aparentemente es posible.

—Supongo que sabrás que puedo pedirte que retires la fotografía.

—¿Harías eso? —Me miró directamente.

Sopesé su rostro, pero George sólo parecía cansado y muy pálido. Se sentaba en la silla como si estuviera derrumbado. De su cuerpo parecía haber volado toda la animación, dejando una figura inmóvil, de cera. En ese momento interpreté su estatismo como indiferencia, lo cual me irritó.

—Tal vez —repuse—. Escucha, George, me siento timada, engañada. Ya no sé ni dónde me encuentro, y esa fotografía tiene parte de culpa. Creo que tú ya sabías que me heriría, y así y todo seguiste adelante...

George negó con la cabeza.

—Me has robado. —No sabía lo que esas palabras significaban, pero parecían identificar una verdad amorfa.

Me miró directamente.

—Viniste aquí. Te fotografié. Viniste porque querías hacerlo.

Dejé de respirar. Tenía razón. Exhalé el aire por la nariz y noté como la pequeña ráfaga de aire pasaba por la boca. Volví a respirar.

—Exponla —le dije, y me levanté. Volví a colocarme la bolsa de libros en el dolorido hombro—. Pero yo no estaré en la inauguración. No quiero ver la foto. Ya te dará ánimos Stephen.

George extendió ambas manos en mi dirección —su blanco rostro parecía extrañamente entumecido—, pero hice caso omiso de este gesto de reconciliación y salí.

Tomé un taxi de regreso a casa, viendo como mi dinero huía en el contador y recordando que le debía a Stephen treinta dólares que no tenía. Bajé la ventanilla y dejé que el aire me diera en la cara mientras el conductor aceleraba Décima Avenida arriba cogiendo un semáforo en verde tras otro. Leí las letras de neón que colgaban en la oscuridad por encima de la calle, suspendidas en la nada de edificios escondidos y muros, anuncios de extraños productos y lugares. Sabía que algunos nombres se referían a cosas que ya no existían: compañías que habían cerrado, hoteles vacíos. Este pensamiento me embargó de tristeza, y lloré sin hacer ruido en el asiento trasero del taxi hasta que se detuvo en la calle Ciento nueve. Antes de meter la llave en la puerta,

levanté la vista hacia el cielo en busca de estrellas. Esa noche había muchas, y su presencia me resultó tan tranquilizadora como los sueños celestiales que solía tener de niña.

A la mañana siguiente me despertó el interfono. Era Stephen. Me puse el albornoz y lo esperé con la puerta abierta. Subió las escaleras, impecablemente vestido de blanco y con el pelo resplandeciendo al sol que entraba por la ventana del pasillo. Me besó la mejilla, me cogió de la mano y entró en el apartamento. Se sentó en un cajón naranja que hacía las veces de silla y apoyó los codos en las rodillas.

—George me llamó anoche —dijo—. Fuiste a verlo.

—Sí —dije.

Stephen inclinó la cabeza. Con la barbilla se tocó el cuello de la almidonada camisa.

—Demasiados secretos, Stephen —le dije—. Yo no puedo vivir así. Me asfixian.

—Todo el mundo tiene secretos, Iris.

—Ya lo sé, pero algunos duelen y otros no pueden mantenerse. Están condenados a aflorar. —Hice una pausa—. Como lo de tú y George. Me siento engañada. Me siento como si os hubierais estado riendo de mí todo este tiempo. Quiero oírtelo decir, Stephen. Dímelo. ¿Sois amantes?

Sus ojos verdes se posaron en una pila de libros que tenía que devolver a la biblioteca. Y entonces sonrió y negó con la cabeza.

—George no es el amante de nadie. Ya lo sabes. Se trata de otra cosa...

Lo miré al cuello. Llevaba abiertos los dos primeros botones de la camisa, y tuve ganas de posar mis dedos en los pequeños huesos de su pecho, pero me contuve y puse las manos en el regazo.

—Pero él te fotografió, ¿verdad? —inquirí—. Eres tú, tu cuerpo delante de la ventana, ¿no es cierto?

No repuso. Se sentó con la cabeza baja y vi como temblaba.

—Me mentiste al respecto cuando podrías haber sido abierto. Podríamos haberlo compartido. Cuando salí de casa de George aquel día me sentía fatal,

maltratada y herida, y tú sólo empeoraste las cosas. No puedo entenderlo.

—Tú no eres cruel —dijo, poniéndome los dedos en la cara y después en el pelo. Sus manos olían a jabón perfumado.

—Te equivocas.

—Eres buena —dijo—. Yo no. Yo soy un impostor.

—No digas eso.

Stephen sonrió.

—Es la verdad.

—Es lo que sientes en este momento.

—Es lo que siempre he sentido —dijo.

—Siempre te has sentido como un impostor. No me lo creo.

—Contemplo mi vida como si fuera una película, Iris, y encuentro esa imagen mía por todas partes. No quiero traicionarla. ¿Sabes de qué estoy hablando? Te digo que lo que no soporto es la vulgaridad. No quiero aburrirme, hundirme en los pedestres modos de otra gente: conversaciones íntimas, confesiones insignificantes, relaciones de hábito, falta de pasión. Veo a toda esa gente a mi alrededor y la detesto, por lo que tengo que divorciarme de mí mismo para evitar entrar en una vida que encuentro nauseabunda. Es un problema de apariencias, pero lo superficial está desestimado. El barniz es lo que cuenta. Apenas si distingo al hombre de la película del espectador.

Lo sentí por él y odié el sentimiento. Había soltado su explicación en un feroz tono de autoburla que me hirió.

—Te entiendo, Stephen, pero ¿no crees que al final todo el mundo es en esencia igual? Es probable que algunas vidas sean mucho más aburridas que otras, pero es imposible saber cómo vive la gente dentro de sí misma, ¿no? Me refiero a que una vida puede parecer aburrida desde fuera y, en cambio, ser interiormente tumultuosa. ¿No es más despreciable la crueldad que la vulgaridad?

Stephen miró por la ventana. Se mordió el labio y después habló despacio sin volverse para mirarme.

—No estoy hablando de moralidad, Iris. Intento ser honesto contigo. Te he dicho a veces que es la crueldad lo que me hace sentir más vivo.

—Mírame, Stephen —dije. Volvió la cabeza. La compasión que sentía me había cambiado, y le sonreí—. No quiero desengañarte mucho, pero la verdad es que no eres tan malvado. De hecho, normalmente eres una persona buena y llena de impulsos generosos.

Suspiró. Me parecía tan hermoso, tan refinado. «Tiene razón —pensé—. No tiene rastro de vulgaridad, y eso a pesar de cuánto lo ha vivido al ser el hijo de unos padres sin educación. Se ha hecho a sí mismo.»

—¿Y mi fotografía? El día que me encontraste en tu apartamento ya sabías lo de la exposición de George y no me dijiste nada, como tampoco me dijiste que te habías dedicado a enseñar la fotografía por Columbia...

—No se la he enseñado a nadie.

—Alguien lo hizo.

—Pues no fui yo.

—¿Y la exposición?

—Es asunto de George.

Miré por la ventana a la pared de ladrillo. El mortero se desmigajaba.

—Nunca superaremos esto, ¿verdad?

—No —dijo—. No.

Se me había abierto el albornoz y mis piernas habían quedado al descubierto; contemplé los huesos de las rodillas.

—Será mejor que no vuelvas nunca —le dije. Mis pulmones parecieron cerrarse.

—No seas tan dramática. Te veré. Podemos hablar.

—No.

—¿Ni siquiera querrás tomar el café con un viejo amigo?

Negué con la cabeza.

—Lo siento —dijo.

Cerró la puerta con mucho cuidado y no volvió más. Lo vi, por supuesto, alguna que otra vez —en la biblioteca, en la calle—, pero como recorría grandes distancias para evitarle, nuestros encuentros fueron escasos. Stephen estaba fuera de mi vida, pero durante los meses siguientes llevé su fantasma conmigo; una criatura hermosa y exasperante que me había comido viva.

Stephen se fue un domingo, y durante la semana que siguió no me alejé mucho de mi casa. Di paseos por el parque Riverside y seguí escribiendo mi ensayo, que se había vuelto demasiado largo. Cuando me encontraba con alguien conocido en la calle me escondía, doblaba una esquina o me precipitaba dentro de una tienda, pero eso sólo sucedió en un par de ocasiones. Mi soledad era una satisfacción autoimpuesta. Dejé el teléfono descolgado. La fotografía, los rumores, la exposición de George adquirieron unos tintes irreales, como si no hubieran sucedido nunca. De noche volvían a mí en extraños sueños llenos de colorido de los que me despertaba boqueando, sudando y habiéndolo olvidado casi todo. Mi reclusión era una forma de entierro que imaginé me haría bien. Era imperativo que se me viera tan pequeña como fuera posible. Me secuestré de los ojos de los otros porque había empezado a sentir esos ojos casi como una amenaza física. Tenía la piel áspera, los huesos me dolían y cuidé mi cuerpo con largos baños y cremas perfumadas. Mi mundo se encogía, se convertía en un capullo. Ese aislamiento era una especie de signo de puntuación, una forma de anunciarme a mí misma un fin, y no carecía de placeres.

El jueves por la noche estaba echada en la cama con un cuaderno de notas, dedicada a perfilar las últimas páginas de «Ficciones dentro de la ficción», cuando sonó el teléfono. Había vuelto a colgar el aparato porque era medianoche pasada y no esperaba llamadas. Era George. Oí su voz familiar y sentí un escalofrío de expectación.

—Llevo horas intentando hablar contigo. Estoy en una cabina en tu calle. Tengo que hablarte. Subo.

—No, por favor —le dije—. No quiero verte. No quiero ver a nadie...

—Es urgente. Tenemos que hablar. Estaré allí en pocos minutos.

Colgó antes de que pudiera decir otra palabra.

Me lavé la cara, me peiné y esperé. Sonó el interfono e hice pasar a George. Entró con un aspecto salvaje y me habló en voz alta.

—La han robado —dijo.

—¿De qué estás hablando? —Hablé en un tono calmado para hacer que el suyo pareciera inapropiado.

—La fotografía —dijo—. Ha desaparecido.

—¿La mía? ¿Desaparecida de dónde?

—De la exposición. La colgaron ayer y hoy ya no está.

—Me estás tomando el pelo.

—Déjate de juegos, Iris —me cortó—. La tienes tú.

Miré a George. Llevaba el pelo revuelto y la bonita chaqueta arrugada. Se me abrió la boca.

—¿Crees acaso que me he colado en la galería y he robado esa fotografía? Te dije que podías exponerla. ¿Me tomas por una loca?

Me sonrió.

—O eso o eres una actriz endiabladamente buena.

—¿Quieres decir que no lo sabes? Creía que veías a través de mí, George. Sacó un cigarrillo y lo encendió, echándome el humo a la cara.

—De acuerdo, digamos que tú no te la llevaste. ¿Quién lo hizo?

—No tengo la más remota idea. A diferencia de ti, soy incapaz de leer los pensamientos de la gente.

George se sentó en el cajón naranja. Aparté la silla de la mesa y me puse frente a él. No dijo nada, pero siguió fumando y estudiándome.

Se me apareció una imagen mental de las fotografías de George en una gran galería blanca. Recordaba la chica del cartel entrevista a través del enrejado romboidal y la fotografía de Stephen que hacía pareja con ésta. Tenía que haber una segunda fotografía. Recordarlo fue como un martillazo.

—Expones las series que vi, ¿verdad? —inquirí.

—Sí.

—¿Las parejas?

Asintió.

—Entonces tiene que haber otra fotografía —le dije—, la que hace pareja con la mía.

Me vino a la cabeza mientras hablaba con George. Ella estaba retorciéndose en la acera con las piernas y los brazos sacudiéndose por los espasmos, la cara roja y los ojos en blanco, la boca obstruida, y aparté la vista de él. Vi la ciudad desde el tejado, y las nubes que habían parecido llegar desde ninguna parte después de que todo acabara. Stephen había dicho algo

acerca del cuerpo desmembrado, y George había estado casi todo el tiempo callado pero tomando fotografías. Recuerdo haber oído el obturador de la cámara. Recordaba el sonido. Y luego me puse a llorar. Las lágrimas me bajaban por las mejillas y me cogí la cara con las manos. George alargó una mano y me tocó la rodilla, pero yo le aparté.

—¿Cómo pudiste? —Lo miré al tiempo que me secaba las mejillas con la manga de la camisa—. ¿La fotografía del ataque quedó bien? Espero que la mancha de orina saliera. No habrás querido perderte eso. Apuesto a que es tu obra maestra. No hay nada como una buena dosis de sufrimiento humano para conseguir una impresionante fotografía. —La última palabra la escupí y vi como la saliva salía volando de mi boca.

George no se movió.

—¿Se llevaron también esa fotografía?

—No.

—Oh, George. —Mi voz era un lamento—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Se inclinó hacia delante y dejó el cigarrillo sobresaliendo de una taza que había sobre la mesa.

—Quise decírtelo. Iba a decírtelo anoche, pero no me dejaste. Quería explicártelo. Esas fotografías, esas parejas son estudios de contrapunto. No pretenden ser ecuaciones. La idea es oponer la una a la otra. He procurado que fueran exploraciones...

No le dejé terminar.

—Basura. ¿Exploraciones de qué? ¿De tu brutal *voyeurismo*?

Por un momento George pareció afectado, pero se recuperó deprisa.

—Escucha, Iris. Eso no tiene ningún sentido. ¿Realmente crees que sólo debería fotografiar a niñas con muñecas o a amantes en el parque? ¿Realmente crees que el «sufrimiento humano», como tú lo llamas, está fuera del dominio de la fotografía?

—No —repuse—. No es que yo crea eso. Lo que creo es que tus motivos no son nobles, que no tendrías inconveniente en arriesgar amistades con tal de conseguir el disparo apropiado, que eres como una especie de director escénico. Te gusta hacer dar vueltas a la gente, jugar con ella, pretender que los has hecho tú. Fue lo que me hiciste a mí la tarde que tomaste las

fotografías. Ya tenías la fotografía del ataque y supongo que querías algo paralelo de mí, y que lo lograste. No menosprecio tu inteligencia. Cuestiono tu ética.

—Qué elocuente —dijo George cruzándose de brazos—. Pero me parece recordar a una jovencita que esa misma tarde cayó a mis pies. Tú, Iris, tan preocupada por la infidelidad de Stephen y estuviste a punto de arrojarte en mis brazos. ¿Vas a argumentar que no eres responsable de tus propias acciones?

—No —dije, y volví a sumirme en el silencio. George estaba casi inmóvil, pero me fijé en cómo le subía y bajaba el pecho al respirar—. No quiero parecer hipócrita, pero me habéis ocultado muchas cosas, tanto tú como Stephen.

George se pasó los dedos por la cara y dijo:

—A lo mejor se la llevó Stephen.

—¿Por qué iba a llevársela Stephen? —pregunté.

—Me pidió que la retirara de la exposición. Nos peleamos a raíz de ello.

—¿Por mí? —inquirí.

George se volvió hacia la ventana.

—Puede que eso tuviera algo que ver. Lo cierto es que Stephen se desquició un tanto al llegar a la fotografía. «No tendría que salir así», repetía una y otra vez.

—¿Refiriéndose a salir junto a la otra foto?

—No, en una galería. Le parecía sagrada o algo así, y creía que si la exponía perdería todo su poder.

—Es gracioso, pero cuando hablaba de ella yo nunca sabía si se estaba refiriendo a una mujer.

George se volvió hacia mí apresuradamente, con los ojos entornados y expresión astuta.

—O tal vez la cogiste tú —dije al fin.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Por qué haría yo una cosa así?

Me incliné hacia delante y descansé los codos en las rodillas, acunando la barbilla entre las manos.

—Para poder seguir adelante —le dije.

—¿Seguir con qué? —Lo dijo en tono paciente, como una persona que tolera las preguntas irracionales de un crío.

—Con todo, George, con toda esta historia sobre una estúpida fotografía. Creando una pequeña intriga.

—Me siento adulado, Iris, realmente adulado, pero me temo que te equivocas.

—¿En serio? Tú necesitas dar vueltas a todo, ¿verdad? Tus fotos dan testimonio de esa energía, de esa urgencia, pero la fotografía es una misteriosa suerte de intromisión. Quiero decir que estás allí y no estás allí al mismo tiempo. Tú eres el fantasma de la cámara, George, un hombre sin cuerpo, un hombre con temas pero sin amigos. —Me quedé mirándolo y deseé no haberlo dicho. En ese momento me pareció viejo; con la cara macilenta y la frente fruncida en una expresión de dolor. Sólo tenía veintiséis años.

—Me has resumido muy bien —dijo al fin—. Un corto párrafo debería bastar para George. No es necesario volver a pensar en él. Para ti es fácil, ¿no es cierto? Es fácil describir a toda prisa al pobre diablo que se enamoró de ti desde el momento en que te vio.

Me quedé sin respiración.

—No te hagas la sorprendida, Iris.

—¿De qué me estás hablando?

George se estaba abotonando la chaqueta. Se levantó.

—Te hablo de que hay muchas maneras de vivir y muchas maneras de amar. Supongo que mi manera es dando un rodeo mucho más amplio. —Alargó la mano y me recorrió la mejilla muy despacio con el dorso—. Adiós, Iris.

Lo acompañé hasta la puerta. La abrió, se paró en el umbral y se volvió por completo para darme la cara.

—Tengo el negativo, pero no haré ninguna copia. Al fin y al cabo un muro en blanco puede lograr el mismo efecto. ¿Tú qué crees?

—Que probablemente tengas razón —repuse.

George retrocedió un paso y entró en el pasillo. Se demoró allí y asintió

ausentemente. Luego extendió las manos delante de él, con las palmas hacia el techo, y durante un segundo me pregunté si pretendía que yo se las cogiera, pero las dejó caer y se las metió hasta el fondo en los bolsillos del pantalón. Se volvió y caminó pasillo abajo, una figura elegante con su chaqueta negra y los largos rizos. Cerré la puerta, pasé el pestillo y regresé a la cama.

TRES

Al final me ingresaron en el hospital. Eso fue después de que fallaran todos los otros tratamientos. El tratamiento a base de Inderal, el de Cafergot, el de Mellaril, el de Elavil, la cajita inhaladora blanca y el famoso cóctel Fish. Me hacían pruebas cada día y tomaba enormes píldoras azules de Thorazine a intervalos regulares. Fue en el hospital donde conocí a la señora O. Estaba en la cama tres. Yo estaba en la cama dos, y la señora M. estaba en la cama cuatro. La cama uno estaba vacía.

Como paciente de migrañas, mi estatus era muy bajo. Aunque era cierto que mi caso era grave: había tenido dolor de cabeza durante siete meses casi sin respiro. A veces era soportable; otras veces, brutal. Los intestinos no me dejaban vivir. No paraba de orinar. Estaba sobrenaturalmente cansada. Veía agujeros negros y pequeños cercos de luz, la mandíbula me escocía, tenía los pies y las manos helados, y náuseas a todas horas. Mi cuerpo se había convertido en el lugar de encuentro de todo tipo de síntomas ridículos, pero lo que yo tenía seguía siendo dolor de cabeza, y los dolores de cabeza tienen poco peso en el pabellón de neurología. El día que llegué, la enfermera gorda dijo: «Es una de las del doctor Fish», y después de eso me dejaron casi a solas. Me cambiaban las sábanas y rellenaban la jarra de agua, pero rara vez me hablaban. Parecían suspicaces. Y yo tampoco reclamaba mayor atención porque me sentía culpable. Veía claro que yo había producido el dolor de cabeza, creado el monstruo, y sólo porque no pudiera librarme de la maldita cosa no significaba que fuera a quejarme. Hablar, por otro lado, me costaba bastante. Tenía que hacerlo a través de un velo de Thorazine. La distancia

entre el lugar donde se originaban las palabras —en las profundidades del dolor de cabeza— y aquél a donde se dirigían —al exterior— parecía infranqueable. Al principio fui una paciente tranquila. No fue hasta más tarde, hasta el incidente con la señora O., cuando una de las enfermeras me calificó de perturbadora.

Cada mañana el doctor Fish asomaba la cabeza en la sala y saludaba, y yo respondía con otro saludo y sonreía. Pero sabía que él estaba disgustado. El doctor Fish era un hombre al que le gustaban los éxitos. Le gustaban tanto que, antes de aterrizar en el hospital, me dijo que estaba mejorando cuando no era verdad, y ahora que estaba tan conspicuamente desmejorada, me rehuía. Mi persona se había convertido en el signo de su fallo, un cuerpo recalcitrante, una burla a sus aptitudes médicas. Nuestra relación fue falsa desde el principio. Ahora creo que esa falsedad tenía mucho que ver con el método del doctor Fish para interrogar a sus pacientes. Se servía de una cinta magnetofónica. Podría haber grabado el discurso de sus pacientes sin que la aproximación fuera perniciosa, pero tal como la llevaba a cabo, en esas cintas solamente se oía la voz del doctor Fish. Cuando me presenté para mi primera cita, me recibió calurosamente, me invitó a sentarme en un bonito sofá de cuero, me preguntó cómo me sentía y me animó a describir los síntomas. Le dije que como era habitual me dolía la cabeza, y estaba a punto de embarcarme en la historia de mi dolor cuando vi que cogía un micrófono de la mesa y empezaba a hablarle en voz alta: «Iris Vegan. Caso número 63.912. Martes, 2 de septiembre de 1980». Dicho lo cual hizo un gesto de asentimiento y sonrió, una señal para que prosiguiera. Yo había escrito anotaciones sobre mi dolor de cabeza en fichas, y les eché un vistazo para orientarme.

—Empezó el pasado mes de agosto —dije—. Salía de la biblioteca en Broadway e iba camino de casa, y recuerdo que la calle me pareció diferente, transparente y hermosa, y que me sentí increíblemente feliz. Hasta el punto de que llegué a decirme: «Nunca he sido tan feliz como ahora».

—Ya veo —dijo el doctor, llevándose un dedo a la cabeza calva.

Me di cuenta de que el doctor Fish estaba inquieto, y aunque quería explicarle que la sensación de plenitud, de perfección, era esencial para el

relato, pasé a otra cosa.

—Pero en cuanto entré en mi apartamento, sentí una sacudida en el brazo izquierdo, como si alguien me hubiera tironeado con fuerza. Perdí el equilibrio y me caí. Estaba tan atontada y me dolía tanto el estómago que no me levanté durante un buen rato. Mientras me encontraba sentada allí en el suelo vi luces, cientos de chispas brillantes que llenaban la mitad de la habitación, y después de que desaparecieran lo que vi fue un agujero grande y desigual en la pared. El agujero me asustó mortalmente, y lo más extraño fue que no lo relacioné con un problema de visión. Realmente creía que faltaba esa parte de la pared. No sé cuánto duró, pero después de que el agujero desapareciera, empezó el dolor.

El doctor Fish cogió el micrófono.

—La paciente sufrió centelleos y escotoma negativo.

El tajante resumen produjo un efecto peculiar en mí. Cuando la entrevista se reanudó, mascullé, tosí, confundí las palabras y perdí el hilo de lo que decía. Antes de que me enviaran al doctor Fish, que era conocido en Nueva York como el «zar de las migrañas», había intentado relatar mi historial a seis médicos menos famosos, y cada vez me había perdido. Estaba convencida de que sólo si era capaz de verbalizar mi enfermedad en todos sus aspectos podría facilitar a un oído entrenado la pista para sanarme, pero mis palabras resultaban siempre inadecuadas. Y la mayoría de lo que dije tampoco le sirvió demasiado al doctor Fish. Lo dejaba pasar como si fuera irrelevante, interrumpiéndome aquí y allí para hacer una breve sinopsis.

—La paciente afirma que en ocasiones vomitar le ha aliviado el dolor.

Iba a ver al doctor Fish cada semana, y según él cada vez tenía mejor aspecto, estaba menos pálida, menos tomada, menos fatigada. Me interrumpía con mayor frecuencia y resumía mis quejas a una luz progresivamente más optimista. No podía ver o sentir estos cambios por mí misma, pero el doctor Fish inspiraba confianza y yo medio le creía. La verdad es que yo participaba en la decepción. Por esa época estudiaba para mis exámenes orales, y quería desesperadamente que funcionara el tratamiento. Si no funcionaba, suspendería. De las 647 obras de mi lista, 233 novelas, piezas teatrales, relatos y poemas seguían siendo sólo títulos para mí. Para el 15 de mayo tenía

que haberlos leído. Cada día me sentaba en la biblioteca delante de una gran obra literaria que no podía leer. Pero mi cabeza seguía igual, una tozuda y ofuscada nube en los mejores momentos, una masa torturante en los peores. Medir los grados de mi dolor se convirtió en una obsesión. Cuando mi cabeza se aligeraba, me sentía jubilosa. Las píldoras ayudan, pensaba. Pero cuando parecía doler más, me desesperaba. Montañas de libros se apilaban en mi escritorio, y a medida que los días pasaban, su sola visión me producía pánico. Así y todo, yo pretendía estar bien. Era una cuestión de orgullo. Con el doctor Fish siempre me mostraba alegre. Bromeaba acerca de mis nervios. Sonreía incluso cuando el dolor de cabeza se recrudecía y tenía que esconder las manos temblorosas apretándolas muy juntas. Ocultarle la enfermedad a un médico es absurdo, pero yo no podía soportar que se me viera en mi estado: a punto de desmoronarme.

Y en enero empeoré de golpe. No podía salir de la cama. Tiré las píldoras y el agotamiento me dejaba exhausta, pero dormir sólo parecía agravar el dolor. Tras una semana de constante abatimiento, me arrastré hasta la consulta del doctor Fish para mi cita, y gimoteé descaradamente en el diván de cuero. Me dijo que a la mañana siguiente ingresara en el hospital Mount Olympus.

Apenas salía de la habitación. Todos sus detalles se me hicieron familiares: las pequeñas grietas y marcas de la pared junto a la cama, el corte largo y estrecho en la superficie de formica de la mesilla de noche, el raído extremo de la sábana azul. Y me pasaba horas contemplando la cortina de la cama de la señora O. Una de las anillas estaba rota, lo que rompía la simetría de los pliegues de la tela, y cuando la cortina estaba corrida, caía por la esquina derecha. Todavía puedo verla con todo detalle. Mis sentidos estaban extrañamente agudizados. No siempre era capaz de abrir los ojos al fluorescente resplandor de la habitación, pero cuando podía, veía su contenido con notable claridad. Todos los sonidos de la sala vibraban a través de mí; resonaban en mis nervios como un diapasón. El olor a antiséptico, orina y comida de hospital a veces era tan punzante que tenía que enterrar la

nariz en la almohada. Pero al mismo tiempo mi cuerpo era incomprensiblemente pesado; hasta para alzar un brazo tenía que hacer un inmenso esfuerzo. Era un estado curioso. Me sentía como una tortuga de cientos de años de edad, con el blando cuerpo enclaustrado en una coraza de piedra. Nunca tenía claro si lo que veía, oía, olía y sentía estaba distorsionado o si se trataba sólo de hipersensibilidad por mi parte. En cualquier caso, las cosas no eran lo mismo. No podía decir qué se escondía detrás, si se trataba de la medicación, del dolor de cabeza o de mi estado mental. Probablemente de todo a la vez, pero mientras yo estaba allí, echada en esa cama, el mundo cambió. La señora O. tuvo mucho que ver con ello. El secreto era ella —la parálisis y el arrebató—, pero yo no lo entendí hasta el final de todo.

La señora M. lo controlaba todo. Había establecido una jerarquía en la habitación de acuerdo con las enfermedades. Según su punto de vista, sufría en un plano superior al mío o al de la señora O. Tenía una disfunción nerviosa que le dificultaba el andar, pero no le afectaba la «cabeza», como se encargaba de recordarnos repetidamente.

—Gracias a Dios no he perdido el seso. Eso es lo peor. Mientras conserves intactas las facultades, no te avergonzarás.

Yo ocupaba un lejano segundo puesto en la escala de enfermedades de la señora M. No tardó en conjeturar que mi malestar, a diferencia del suyo, era psicósomático o, como con toda franqueza resumió en una ocasión: «No tienes nada realmente grave, ¿verdad? Todo está en tu cabeza». Incluso así, la estimación de mi neurastenia era muy superior a la aflicción de la pobre señora O. La señora M. se refería a su vecina de la izquierda simplemente como «la chiflada». Se suponía que la señora M. tenía que andar de vez en cuando, pero como era algo que le desagradaba, sólo lo hacía cuando las enfermeras insistían, y no sin gritarles a los desobedientes miembros: «Moveos, ¡maldita sea! Moveos, ¡idiotas!». Prefería con mucho sentarse en la cama y hablar. Lo hacía a toda velocidad, charloteaba sin parar y los decolorados rizos de su permanente le temblaban mientras agitaba la cabeza para dar énfasis. Su tema principal era el dinero. «¿Cómo diablos esperas que consiga que me hagan algún servicio sin grasa para untar? Lechugas. Lo que necesito son unas cuantas lechugas.» Y la señora M. lograba que le hicieran

caso. Estoy segura de que sobornaba a las enfermeras. Se deshacían en atenciones con ella mucho más que con la señora O. o conmigo y, en cierta ocasión, temprano por la mañana, fui testigo de una transacción. La señora M. rebuscó bajo la esquina de su colchón y apretó algo en la gorda mano de la enfermera. Sospecho que les pagaba para que no la obligaran a caminar, porque caminó muy poco mientras yo estuve allí. Hablaba. Hablaba todo el día: a los doctores, a las enfermeras, a mí, a su hija por teléfono, a nadie, a alguien, sobre dinero, sobre la señora O., y cada una de las palabras rebotaba y resonaba en mi dolorida cabeza. «Mira a la chiflada, ¿quieres? Come como un animal. Ayer se tomó sus gelatinas con las manos. Se manchó la nariz. ¿Por qué me han metido aquí? A este tipo de gente tendrían que tenerla separada, fuera de la vista. Ya no soporto ni mirarla. Me costará dinero. Siempre me cuesta dinero. Tengo que conseguir otra habitación; tal vez una habitación para mí sola, con cortinas, auténticas cortinas y no estos visillos baratos.» Cuando quería contar su dinero (lo que sucedía por lo menos una vez al día), la señora M. se quedaba sentada en la cama, pero estiraba la sábana y se cubría todo el cuerpo para ocultar el proceso, y yo la oía murmurar los números para sí: «Veinte, cuarenta, sesenta, setenta, setenta y cinco, setenta y ocho, setenta y ocho dólares con sesenta y dos centavos». Cuando hablaba con su hija, no dejaba de decirle que no tenía «un chavo», pero la señora M. parecía tener billetes y monedas escondidas por todas partes —en la cama, en su persona— y siempre que se movía, crujía y tintineaba.

La señora M. quería dominar, llenar la habitación con su presencia, pero a pesar de su incesante cháchara y de su volumen (era una mujer entrada en carnes, con papada y un pecho prominente), era la pequeña y silenciosa señora O. quien llenaba el espacio. Era una mujer delicada de cerca de ochenta años que había sufrido una crisis nerviosa. Ese suceso, o cadena de sucesos, la habían vuelto incoherente. Lo que quedaba era un ser fragmentado, una persona destruida en mil pedazos, pero los pedazos de la señora O. habitaban el cuarto como una muchedumbre de invisibles demonios.

La primera vez que la vi estaba echada, inmóvil, en la cama; una figura

frágil semejante a un cadáver, pero cuando pasé a su lado, se sentó con sorprendente energía y me señaló. Miré a la señora O., con su brazo y dedo extendidos, y la cara alerta como si esperara alguna respuesta de mí. No dejó caer el brazo hasta que aparté la vista. No tengo idea de por qué lo hizo. Era un acto típico de ella aunque sólo fuera por su imprevisibilidad. Una nunca sabía lo que la señora O. haría a continuación, y eso era lo que volvía precaria la vida en la habitación.

Dado que la señora O. era un enigma para los demás, era objeto de todo tipo de rumores, cotilleos y especulaciones. Como mucha gente confinada en una institución, había sido despojada de una vida anterior. Había nacido anciana y con el camisón hospitalario puesto. Pregunté acerca de ella. Quería saber quién había sido y dónde había vivido. Nadie lo sabía. Y eso que la sala zumbaba con relatos de sus diabluras. La misma tarde de mi llegada oí como dos enfermeras hablaban al otro lado de la puerta. Me parece que una le dijo a la otra que la señora O. había mordido a un médico. También se mencionó algo de «peste en el cuarto de baño». La señora M. juraba que la señora O. era violenta y, por otra parte, que tramaba algo. «Esconde algo debajo de la manga y podría asegurar que no es nada bueno.» Y más tarde, ese mismo día, un enfermero llamado Washington, uno de los pocos aparte de la señora M. con quien llegué a entablar una auténtica conversación, dijo que el día que la señora O. llegó, se había pasado una noche entera rondando por los corredores. Él no trabajaba en ese turno, pero un amigo suyo se había tropezado con la señora O. en la sala de maternidad a las cuatro de la madrugada. Estaba de pie en el exterior de la maternidad con la nariz presionada contra el cristal. «Mirando a los bebés tranquila y con aire pensativo.» Pero más tarde ese mismo día se descubrieron varios actos de sabotaje: el contenido de un cubo de basura desperdigado por una escalera, ropa de cama y toallas de un armario del pasillo rasgadas y tiradas al suelo, un carrito de la comida desaparecido y encontrado posteriormente en la ducha de un servicio. Se responsabilizó de todo a la señora O., pero ¿cómo podía haber vagado por los corredores sin ser vista? Washington no lo entendía. La señora M. se mostraba inflexible a la hora de afirmar que la señora O. era capaz de disfrazarse con un uniforme de la casa y deslizarse por los pasillos

sin ser vista. «La chiflada es astuta como el diablo», decía. Pero Washington era de distinta opinión. «¿Cómo iba a poder semejante ancianita levantar uno de esos gigantescos cubos de basura?»

A la mañana siguiente, un neurólogo vino a visitar a la señora O. Era un médico joven, apuesto y vigoroso. Me di cuenta de que tenía la cara y los brazos profundamente bronceados. Se acercó a ella a grandes pasos, se sentó en el extremo de la cama y corrió la cortina en torno a ellos dos. La saludó afectuosamente, algo del estilo de «¿Y qué tal andamos hoy?». No hubo respuesta. Oí como se movían las sábanas, unos gruñidos apagados y luego nada. Al cabo de unos cuantos segundos el doctor descorrió la cortina y se apresuró a salir por la puerta. Parecía afectado. Cuando me volví para mirar a la señora O., sonreía ampliamente, y fue entonces cuando me recordó a alguien que conocía o había conocido. Intenté recuperar el rostro perdido y su nombre, pero se me resistieron. Esa misteriosa sensación de familiaridad se desvaneció rápidamente, aunque dejó un residuo, una duda que permaneció conmigo. ¿Qué había provocado ese instante de reconocimiento? ¿Fue realmente algo en su expresión o fue algo en mi interior? En cualquier caso, empecé a observar a la señora O. con mayor detenimiento.

Los residentes hacían rondas diarias para hacernos pruebas. Era un ritual innecesario, pero supongo que necesitaban practicar. Consistía en una serie de preguntas seguidas de unos suaves pinchazos. Francamente, la señora M. y yo disfrutábamos con ello. La prueba dividía nuestras jornadas, y era agradable ser interrogada por esos jóvenes sonrosados de bata blanca. La señora M. llegaba al extremo de acicalarse para la ocasión. Se pellizcaba las mejillas y arreglaba los rizos cuando veía que un candidato apropiado entraba por la puerta, mientras que cuando el residente resultaba ser una mujer se la veía claramente decepcionada. La señora O., por su parte, solía mostrarse arisca. En un par de ocasiones se quedó echada pasivamente en la cama, sonriendo mansamente y asintiendo a medida que le planteaban preguntas una tras otra, pero en otras rebelaba, y cuando un examinador se le acercaba, se ponía a golpearle y patearle con furia, dejando escapar un agudo graznido tras otro. Pero peores eran los días en que la señora O. ansiaba que le hicieran la prueba. Éste siempre empezaba con la pregunta «¿cómo se llama?». El

rostro de la señora O. se contraía en una expresión de profundo desconcierto. Bizqueaba y apretaba la mandíbula mientras rebuscaba, desesperada por extraer las palabras apropiadas de su inquebrantable cerebro, hasta que la cara se le ponía colorada del esfuerzo. Era como si creyera que esforzándose podría dar con el nombre. Con cada pregunta aumentaba la tensión. «¿Sabe en qué lugar se encuentra? ¿En qué estación del año estamos? ¿Qué día es hoy? ¿Qué es este objeto?», le preguntaba el médico haciendo oscilar un lápiz en su cara. Y cuando llegaba el momento de pincharle el muslo con una aguja al tiempo que le preguntaba «¿siente esto?», la señora O. estaba exhausta y no podía más. Y a pesar del hecho de que no podía responder a una sencilla pregunta preliminar, sentía los pinchazos. Un día levantó la vista hacia el residente y le preguntó con una voz plana y cansada: «¿Por qué diablos me hace eso?».

El hecho es que la señora O. no era una sola persona, sino muchas, y nadie sabía quién era en un momento dado. Esa pluralidad daba a la habitación un aire de expectación, hasta el punto de que acabé trazando la senda de la locura de la señora O. como si fuera asunto mío. Cada mañana llegaba el marido de la señora O. para la visita diaria. El clima de ese encuentro matinal solía ser un buen indicativo del estado de la señora O. ese día, y procuraba estar siempre despierta cuando llegaba el momento. Él era alto y encorvado, un hombre de trajes limpios y planchados y muchas corbatas. Como decía la señora M., tenía una «complexión agradable». La persona que había sido la señora O. en otro tiempo podía verse en su marido y en las cosas que éste le traía: una bata acolchada azul pálido con ribetes de seda en el cuello y el pecho, un pequeño e inmaculado neceser de flores rosas y un resplandeciente despertador de latón. Cuando llegaba, caminaba despacio hasta la cama, colocaba la ofrenda del día en el alféizar de la ventana, se sentaba a su lado y le tomaba una mano entre las suyas. Hacía esto sin falta y sin preocuparse de su reacción. Un día encontraba en la cama una piedra, un cuerpo tan pálido y tan rígido que podría haber estado muerto; al siguiente, una chiflada que se retorció y gesticulaba al tiempo que reía con tanta fuerza como para atragantarse con la saliva. O se la encontraba rumiando con una expresión de concentrada solemnidad en el rostro. Él se lo

tomaba todo muy bien, y presenciaba las metamorfosis de su esposa con notable compostura. Sólo una vez lo vi excitado. Sucedió al principio de mi estancia. La tenía cogida de la mano, y vi como ella se volvía en su dirección. Su rostro estaba totalmente transfigurado. El cambio era inconfundible. Ella lo había reconocido. La sujetó de las muñecas y la miró directamente a los ojos. «¡Eleanor! ¡Eleanor!», le gritó, pero ella ya había vuelto a sumirse en el olvido. El hombre se hundió en la silla y pude ver el estremecimiento que le recorría la espalda.

Cuando el doctor Fish dijo «Tienes que ingresar en el hospital», sentí un inmenso alivio. «Me cuidarán —pensé—. Por fin me curaré. Y cuando salga, leeré y leeré.» Pero en el hospital no conseguí descansar. Aunque la medicación ralentizaba mis movimientos, mi cerebro iba a toda velocidad y respiraba con dificultad, en apretados accesos. Fragmentos de libros que supuestamente conocía iban y venían por mi lamentable cabeza. Había memorizado la primera escena de *El rey Lear* e intenté recordarla, pero se había esfumado. No me quedaba nada, nada y nada más que nada. Estaba preocupada por los libros que no había leído y por el dinero que no tenía, dinero para pagar lo que mi seguro universitario no cubría: el veinte por ciento de la factura. Mi dolor de cabeza iba a convertir a mis padres en morosos, y no había nada que yo pudiera hacer. Estaba clavada a una cama de hospital; era imposible saber por cuánto tiempo. En cierta ocasión leí que una noble inglesa del siglo XVIII sufrió de jaqueca durante más de veinte años. Y empecé a pensar que nunca me recuperaría, que me moriría como una nota a pie de página en un tratado de neurología: «Se conoce un caso de una mujer que estuvo enferma de migraña durante cincuenta y dos años. Véase Glower, “Síndrome de migraña vascular”, *JAMA*, 1.498, p. 43». Mis padres llamaban a menudo. Yo mentía y les decía que me encontraba mejor. Cuando era algún amigo le decía que no viniera a verme. Unos pocos insistieron y aparecieron con flores y bombones. Durante estas visitas siempre sentía menos dolor, pero luego me encontraba peor. Interpretaba este cambio como otro síntoma de neurosis, y me deprimía. Stephen llamó. Habíamos dejado lo nuestro hacía

ocho meses. Un amigo mutuo le había dicho que estaba ingresada en el hospital. Dijo que iba a venir a verme, y yo no se lo impedí. «El martes — dijo—. Iré el martes a las dos de la tarde.»

Durante el día conseguía contener la creciente alarma, pero al llegar la noche me sumía en un estado de pavor. Esta sensación se veía intensificada por el hecho de que durante las noches ataban a la señora O. Lo hacían después de que nos hubieran dado la medicación, y después también de que hubieran apagado las luces del techo. Se necesitaban tres personas, dos para sujetar a la paciente y una que aseguraba las correas a la cama. Las enfermeras llamaban al artilugio «el ramillete». Una vez colocadas, las trabas de tela parecían una elaborada y tortuosa prenda de ropa interior que había cobrado vida y de la que brotaban apéndices que realzaban al portador. Introducir a la señora O. en este espeluznante artilugio no era tarea sencilla. Gritaba, mordía, arañaba, y en una ocasión mientras peleaba no dejó de repetir: «¿Qué es esto? ¿Qué es esta cosa?». Después de que dejaran la habitación, empezaba la lucha para liberarse. Movía las barras de metal de los lados de la cama. Las movía, gruñendo rítmicamente y sin pausa. Era infatigable, un motor de determinación. Ignoro cuánto rato duraba, pero parecía interminable. Para mí ése era el sonido de la noche, y nunca me dormía hasta que estaba segura de que se había rendido. Observaba y esperaba, porque incluso en esos primeros días, antes de que me hubiese hecho nada, yo ya estaba a la expectativa.

No puedo recordar qué día de la semana fue, pero la mañana del primer incidente, la señora O., que probablemente había articulado veinte palabras desde que la había visto por primera vez, empezó a hablar. Un monólogo sin ilación, casi idiota, pero con la atractiva cualidad de un relato inconcluso.

—¿Dónde está mi viejo Peter? Lo escondí y ahora no puedo encontrarlo. Oh, la de canciones que me sabía, Lucy, todas las palabras de memoria, cada nota con más claridad que el día, y él solía decirme que yo cantaba como un ángel. Era un caso de abre y cierra. Seguro que lo ahogaron, le mantuvieron la cabeza debajo del agua con sus manos, y ninguno fue a la cárcel. Te digo que fue la argucia más mezquina que he visto. No estaba del todo bien de la cabeza y ellos lo aprovecharon. No puedo olvidarlos. Ese aspecto tan pálido y

severo con sus elegantes trajes junto a la tumba. Polvoriento y pobre pero decente. Y ese chico muerto era todo lo que tenían. —La señora O. chasqueó la lengua—. Una historia muy, pero que muy triste. —Negó con la cabeza—. Cuéntame la de la dama de la colina, Eddie. Ya sabes a qué me refiero, aquella en la que la mujer pone la fría mano en el cuello de él tres noches seguidas. —Y se puso a tararear una melodía para sí, sencilla y melódica.

Más o menos al cabo de media hora del estallido, la señora O. se volvió en mi dirección y vociferó:

—¡No te quedes ahí echada, estúpida! ¡Haz algo!

—¿Me está hablando a mí? —le pregunté.

—Por supuesto que estoy hablando contigo. ¿A quién más podría estar hablando?

La lucidez de la señora O. me dejó muda. La miré al rostro y vi algo cruel en él, como la sonrisa culpable de un niño que atormenta a otro.

No le contesté, y ella pareció olvidarme muy pronto. Arrugó la sábana entre las manos y la mordió distraídamente. En cuestión de minutos dormía boca arriba, con los párpados aún parcialmente abiertos, y desde mi cama llegué a ver el azul marino de uno de sus iris. Yo también me adormilé hasta que me despertó un dolor agudo en la espalda. Me volví y vi a la señora O. de pie a mi lado. Movía juntos el pulgar y el índice como un cangrejo enfurecido. Alargó la mano y me pellizcó la mejilla con fuerza. Me eché hacia atrás con una sacudida y dispuesta a abofetearla, pero el brazo no me hizo caso, pesaba demasiado para obedecer.

—¡Levántate! ¡Levántate, dormilona! —canturreaba al tiempo que me sonreía, mostrando una hilera de pequeños y descoloridos dientes. Volvió a inclinarse sobre mí gesticulando con los dos dedos en mi cara.

—¡Váyase! ¡Váyase! —estalló histérica mi voz mientras me protegía la cara con las manos.

Apareció una enfermera.

—¡Relájese! —me dijo—. No va a matarla. ¿Ya volvemos a las andadas, Ellie? Venga de vuelta a la cama.

La señora O. sonrió pacíficamente, tomó la mano de la enfermera y se dejó llevar de vuelta a su rincón.

Después de eso me mostraba reacia a dormirme. Desde entonces me he preguntado por qué el pellizco me pareció tan terrible. Después de todo la transgresión había sido menor; los pellizcos en realidad no me habían dolido. A lo mejor era que se me había acercado demasiado, que mi cama había perdido sus límites, y que una vez traspasado ese umbral invisible, yo ya no me sentía segura. Estaba convencida de que volvería. El canturreo «Levántate, levántate, dormilona» resonaba en mi cerebro como un molesto tintineo. ¿Por qué me importunaba a mí? Nunca se metía con la señora M. Yo era su víctima. ¿Por qué? ¿Era porque realmente la conocía de otra parte, y ella, a su confundida manera, se acordaba de mí? Era imposible. Empecé a temer no estar sólo mal de los nervios, sino loca, a un paso del manicomio. La señora M. dejó de hablar de irse a otra habitación: las atenciones que me deparaba la señora O. eran demasiado entretenidas.

—La ha tomado contigo —me dijo—. ¿Quién sabe lo que el astuto bichito hará a continuación?

Dos días después se produjo otro incidente. Volvió a suceder mientras dormía. El sueño me resultaba irresistible, y por más que intentaba luchar contra él, no podía permanecer despierta todo el día. Comenzó como un sueño que tenía lugar en la cama en la que dormía. En él, me despertaba y veía un cuerpo yaciendo a mi lado, el cuerpo cálido y extrañamente húmedo de una mujer. Levantaba su brazo, pero éste caía sin vida sobre la sábana. «Esta persona está muerta —pensaba—. Tengo que sacarla de aquí.» Y en ese instante sentía que unos brazos me rodeaban la garganta y algo pesado sobre el rostro. «Necesito aire», pensé, y una sensación erótica recorrió todo mi cuerpo. Abrí los ojos. La señora O. estaba en la cama a mi lado. Sus brazos huesudos me rodeaban en un sofocante abrazo. Me estaba besando. La empujé con fuerza.

Desde detrás de su cortina llegó la voz de la señora M.

—Dios santo, ¿y esta vez qué ha sucedido?

—Está en mi cama. —Me mordí la mano para contener el llanto.

La señora O. estaba arrebujada en el extremo de la cama. Llevaba el camisón desabrochado y caído sobre un hombro. Me miraba; su pequeña y arrugada cara estaba húmeda por las lágrimas. En la puerta había un médico.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió.

—Se ha colado en mi cama mientras dormía. No lo soporto, sencillamente no lo soporto más. Le ruego que se la lleve a otra parte. Yo no puedo seguir aquí con ella.

El médico me miró entornando los ojos, como si me encontrara muy lejos.

—Estamos haciendo arreglos para trasladarla, pero en este momento hay demasiada gente. En cuanto se vacíe una cama la sacaremos de aquí. En cualquier caso, quiero que sepa que es inofensiva. —Sonrió y se pasó la mano por el escaso pelo de la cabeza—. Me aseguraré de que alguien le eche un vistazo.

No le mencioné el beso a nadie.

Después de lo del beso no sucedió nada en tres días. Puede que fuera porque el personal controlaba a la señora O. más de cerca y ella lo supiera, pero no estoy segura. Se mostraba menos activa, más propensa a fases de inmovilidad y vacío. Cuando por las mañanas su marido se sentaba con ella, me preguntaba lo que hubiera pensado de saber que su mujer se había arrastrado hasta mi cama para molestarme. El beso, complicado siempre en el sueño, se convirtió en un recuerdo físico que me estremecía sin previo aviso. El cadáver pesado y húmedo y la marchita anciana que se había apretado contra mí, su lengua dentro de mi boca, dejaba sus rastros caprichosos, y yo me veía indefensa contra ellos. Mi dolor se había incrementado: llenaba toda mi cabeza y al crecer parecía agrandarme el cráneo. En esos momentos era toda cabeza, una Humpty Dumpty femenina con cuatro inservibles miembros. Y estaba preocupada. Estaba preocupada todo el día y la mayor parte de la noche. Me tenían preocupada la cabeza, los exámenes, la señora O. y la visita de Stephen, y me preocupaba el estar preocupada. La ansiedad alimentaba mi dolor, pero yo no sabía cómo detenerla.

Tenía un aspecto terrible, y cuando hablaba lo hacía entre jadeos y resoplidos, lo que me apuraba. Hasta el doctor Fish parecía preocupado. Comentó mi palidez y se mostró claramente sorprendido de que alguien a quien había medicado tan concienzudamente respirara como un motor de vapor. Además tenía frío y no podía entrar en calor. Una tarde una de las

enfermeras me trajó unas medias especiales para facilitar la circulación. Eran blancas y estaban hechas de un material como de faja. No tenían pies. Nunca supe la razón de esta curiosa omisión, pero las llevé fielmente durante todo mi internado y aún hoy las tengo guardadas en un cajón como recuerdo de una época en la que mi sangre se desplazaba demasiado despacio.

Caí en un mundo de conciencia exclusivamente liminar. Siempre al borde del sueño, tenía que luchar para permanecer despierta. El chapurreo de la señora M. adquiría en esos momentos una cualidad distante, como si me estuviera hablando desde otra habitación. De cuando en cuando oía el tintineo de monedas. «Está contando el dinero», pensaba. Pero por ese entonces mis oídos ya habían empezado a jugarme malas pasadas, y era probable que no fuera nada. Por dos veces oí a mi madre llamándome. Estas alucinaciones auditivas eran claras y fuertes. Su voz estaba en la habitación, y en el momento en que la oía quería contestar, pero en vez de eso me maravillé de esa voz interior y me pregunté si no se trataba de otro signo de locura. También me vencía la soledad, la sensación de estar encerrada dentro de un cuerpo que iba por su propio camino. «Lo he hecho —pensaba—. He creado esta cabeza dañada, convocado la voz de mi madre, soñado con cadáveres y provocado en buena medida mi propio desmoronamiento, pero ¿cómo puedo deshacer todo esto? Soy un fantasma. El espectro de la señora O.; o tal vez ella sea el mío, una aparición venida para decirme algo, mi propio espíritu medio desnudo rebuznando en el baldío.»

La noche antes de la visita de Stephen, la señora O. se escapó. El recuerdo que tengo del suceso es confuso, y no puedo confiar en él. Sé que ataron a la señora O. como siempre, y que en cuanto la dejaron empezó a retorcerse y a agitarse tal como hacía cada noche. Mi dolor había alcanzado su cénit; abrasaba a través del Thorazine y perdí todo control de mi respiración. Se me hizo un nudo en la garganta y empecé a jadear. Oía como la señora O. sacudía las barras detrás de su cortina, pero el sonido parecía provenir de mi propia cabeza. Gemía. Yo gimoteaba, pero quería aullar en la oscuridad como un perro herido, perderme en una orgía de gritos. En lugar de eso utilizaba las sábanas como mordaza. La señora M. me hablaba, pero yo no escuchaba lo que me decía; algo acerca del «jaleo». Apreté los dedos

contra las sienas. «Mis nervios están entrando en erupción», pensé. Y entonces oí un ruido fuerte, algo que se rasgaba. Recuerdo que me llevé los dedos a los oídos, como si gracias a ese gesto fuera a saber dónde se había originado el ruido. La cortina del otro lado osciló y la señora O. se encontraba en el suelo con los brazos extendidos y la boca abierta de par en par. Era mucho mayor de lo que parecía posible, un hueco monstruoso en medio de la cara. La contemplé en la tenue luz de la habitación, con el camisón cayéndole como un harapo de los hombros, y sentí una violenta sacudida en el pecho, como si de golpe me hubieran sacado el aire. Intenté gritar pero apenas tenía voz, era un chillido inaudible. Oí a la señora M. más allá. «¡Se ha soltado! ¡Se ha soltado!» La señora O. me dio la espalda y se encaminó hacia la puerta. Mientras corría con las rodillas agarrotadas fuera de la habitación pude ver sus nalgas planas y arrugadas.

A la mañana siguiente la señora M. la bautizó con el nombre de Houdini. El cambio de nombre también señaló un cambio en la opinión que de ella tenía la señora M. El desprecio ahora se mezclaba con el respeto. «¡Houdini tiene arrestos! —me dijo—. Átala, encadénala, arrójala al fondo del East River dentro de un baúl y sabrá cómo escaparse. ¡Por Dios que tiene arrestos!» *Arrestos* era una palabra equivocada. La señora O. tenía voluntad, una profunda e inarticulable voluntad. No entiendo lo que vi esa noche o por qué me quedé sin aliento. Pero la imagen de ese cuerpo enano levantándose triunfal en el suelo y esa boca, esa terrible boca, se me ha quedado grabada y no puedo apartarla de mí. Sigue asustándome y a pesar de ello la encuentro irresistible. Necesito conjurarla una y otra vez, seguir estudiándola.

Pero esa mañana, la mañana después de que sucediera, intenté olvidarla. Era demasiado reciente y yo me encontraba en un estado lamentable. Mi dolor de cabeza había mejorado algo. Era lo que sucedía siempre al llegar el día, pero tenía el cuero cabelludo tan sensible que incluso la presión de la almohada me irritaba, y mis piernas y brazos vibraban con una peculiar energía, como si estuvieran electrificados. «Hay más —pensé—. Va a haber más.» Habían sedado a la señora O. y pasó dormida la visita de su marido y las siguientes horas. Podía verla a través de un hueco en su cortina: un cuerpo encogido en las sábanas. La señora M. también dormía. Esperé a Stephen. A

la una y treinta me senté muy despacio en la cama, di con un espejo en un cajón y procuré hacer algo con mi rostro. Me temblaban las manos. Estaba blanca, y tenía bolsas negras debajo de los ojos. «He perdido hasta mi atractivo», pensé. Me las compuse para peinarme el cabello, darme colorete en las mejillas y ponerme una bata. La señora M., que acababa de despertarse, me miró y dijo:

—Debe de tratarse de un hombre.

Stephen llevaba ya cuarenta minutos de retraso. Siempre llegaba tarde. Apareció en la puerta con aspecto elegante, con el largo abrigo plegado sobre un brazo. Me dio una bolsa de papel. Dentro había dos libros: una nueva traducción de una antología de poemas de Leopardi y un libro de poemas titulado *Unearth*, de un poeta americano del que nunca había oído hablar. Le di las gracias. Se mostraba locuaz y distante. Mi aspecto debió de sorprenderle, pero no dijo nada. Me hubiera gustado que lo hiciera. Le hablé sin jadear y me sentí orgullosa de mi control, pero mis ojos eran sensibles a la luz y durante nuestra conversación me vi obligada a bizquear. El aspecto que tenía debía de ser peor de lo que pensaba, porque en un momento dado me miró y dijo:

—¿Cómo ha sucedido esto? —En su voz había incredulidad—. Iris, tienes que superarlo.

Estudí su rostro y la impecable camisa blanca. «Es un extraño —pensé—. No tiene nada que ver conmigo.» Tal vez lo haya amado por eso, por sus arranques de inusitada frialdad cuando detecta signos de debilidad en los otros. «Le desagradó», pensé. Es probable que fuera la primera vez durante toda mi estancia en el hospital en la que realmente conseguía olvidarme de la señora O., pero mientras miraba a Stephen la vi detrás de él, aún en la cama, pero despierta y erguida. Sus ojos azules resplandecían y me observaban. No contesté a Stephen. En vez de eso miré a la señora O. Miré en sus ojos y ella se encontró con mi mirada. Me vio. Stephen se volvió en su silla.

—¿Quién es? —preguntó.

—La señora O. —repuse.

—¿Qué hace?

—No lo sé.

—¿Por qué la miras de ese modo?

—Calla —le interrumpí—. Va a decir algo.

Y él sonrió. No sé por qué lo hizo, pero vi su expresión con el rabillo del ojo y al mismo tiempo recordé su dulzura, pero fue la señora O. quien atrajo mi atención, y no Stephen.

Se había arrastrado hacia delante, hasta el extremo de la cama, y sujetaba el armazón con las manos.

—¿Qué le sucede? —preguntó Stephen.

—Cierra la boca —dije.

La señora M. repuso:

—Está totalmente ida, pero la ha tomado con tu novia.

Stephen no dijo nada.

La señora O. abrió la boca. Al principio no hubo sonido alguno, pero luego salió un ruido de las profundidades de su garganta y acto seguido se puso a vociferar con los ojos fijos en los míos.

—¡Eleanor! —soltó. Era un grito corto y apremiante—. ¡Eleanor!

—¡Dios santo, ha recordado su nombre! —dijo la señora M.—. Menuda mejoría. ¡Llaman a los internos! ¡Hagámosle la prueba! ¡La primera pregunta, por favor!

—No —le solté a la señora M., y, sorprendentemente, se contuvo.

La señora O. me estaba llamando a mí. Lo sabía. En esos momentos las dos estábamos de rodillas y nos enfrentábamos.

—¿Por qué me llama? —le pregunté.

—¡Eleanor! ¡Eleanor! —repetía. Parecía desesperada.

Stephen me había puesto una mano en el hombro. Me empujaba hacia atrás.

—Iris, ¿qué haces?

Su disgusto se podía palpar. A pesar de cultivar ideas que bordeaban lo perverso y lo prohibido, Stephen era una persona remilgada, y sus aventuras se ceñían a un terreno estrictamente literario. Empezó a recular. Me miró con expresión de incredulidad.

—No tienes por qué quedarte —le dije.

—¡Eleanor! —volvió a llamar la señora O. Y lo hizo con el mismo tono

que usaba su marido para llamarla a ella.

Stephen se había levantado. Me tocó el brazo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

Ni siquiera me volví para mirarle.

—Sí —dije con voz muy suave.

Los ojos me quemaban con la luz. Me fijé en la pequeña y apretada cara de la señora O. «Me está llamando —pensé—. Me está llamando.» Me incliné sobre el extremo de la cama y le dije:

—¡Estoy aquí!

Se lo dije como si estuviera muy lejos, y a medida que el sonido de mi voz salía de mí, era como si un viento hubiera soplado atravesando mi cuerpo, abriéndome los pulmones y la garganta, hasta que volví a decirle:

—¡Estoy aquí!

El alboroto acabó por convocar a dos enfermeras. Oí a Stephen decir «Perdone» mientras salía por la puerta. La señora M. estaba muy ocupada explicando lo sucedido, pero yo no escuchaba. La verdad es que todos me traían sin cuidado. No me importaba haber hecho una escena. El intercambio me absorbía por completo. Volví a hablar y seguí con la vista puesta en la señora O. Su pequeño cuerpo temblaba mientras me miraba. Una enfermera la había cogido del brazo, pero ella se las arregló para librarse. Escuchaba. Pude verlo. Tenía la cabeza recta y una mirada contemplativa en el rostro. Su fino cabello blanco sobresalía en puñados rebeldes. Abrazándose, empezó a acunarse. Había dejado de llamar.

Una enfermera me cogió del hombro.

—La está excitando —dijo.

Pero la señora O. estaba quieta, muy quieta. Estaba echada de espaldas con los ojos abiertos, pero no los movía y sus rasgos pasivos por primera vez parecían los de alguien desconocido. No tenía el aspecto de nadie conocido, pensé. Volví a echarme hacia atrás y cerré los ojos.

La enfermera me reprendió.

—Ha sido una detrás de otra. Realmente creo que usted la ha azuzado. Usted es una perturbadora, eso es lo que es. Podría haberse dedicado a otra cosa. Quién lo iba a decir, jugar con una pobre que está mal de la cabeza. ¡Ha

ido demasiado lejos! —La oí salir de la habitación con paso solemne. No abrí los ojos. Empecé a respirar profundamente y despacio, y conté cada respiración. Conté durante mucho tiempo.

Esa tarde el doctor Fish envió a un psiquiatra junto a mi cama. Me habló amablemente en voz baja, y su barba blanca me resultaba reconfortante. No me preguntó por la señora O. hasta muy al final. En vez de eso se interesó por mis estudios, mis padres y mis amigos. Quería saber cuándo había empezado mi dolor de cabeza y qué otros síntomas tenía. Tocó el tema de mi vida amorosa con mucha delicadeza y registró mi respuesta de que era inexistente con un medio gesto de asentimiento. Procuré hablar con frases bien construidas y enunciar con claridad. Me dolía la cabeza, pero mi respiración había mejorado mucho, y creo que le convencí de que estaba cuerda. Cuando al final me preguntó por qué le había gritado a la señora O., le dije con toda honestidad que no lo sabía, pero que en ese momento me había parecido importante hacerlo y que, más que gritarle, la había llamado. Mi respuesta no pareció sorprenderle del todo, y antes de salir de la habitación me palmeó la mano. Creo que de no haber sido porque me preocupaba el dinero que podía costar la conversación, habría disfrutado charlando con él. Tenía todo el aspecto de ser un médico caro, y seguí preguntándome si mi seguro cubriría su amabilidad.

Una calma se apoderó de mi cuerpo esa tarde. El dolor de cabeza estaba bien aposentado en mi cerebro, pero sentía menos náuseas y habían desaparecido las vibraciones de mis miembros. Comí hasta el último bocado de la pésima comida y me dormí muy pronto. Tenían que despertarme para darme la pastilla y no oí que sujetaran a la señora O. Dormí como una persona en estado de coma y a la mañana siguiente desperté con dificultad. Recuerdo que tuve que esforzarme para recuperar la conciencia y que tenía la sensación de gesticular los brazos dentro del agua para impulsarme hacia la superficie. Estaba demasiado adormilada para enfocar correctamente y al principio no me di cuenta de que se la habían llevado, pero cuando finalmente me incorporé en la cama vi que la señora O. no estaba en la suya.

Habían recogido las sábanas hacía poco, sus pertenencias habían desaparecido y la cortina estaba limpiamente corrida hacia un lado.

—¿Dónde está? —le pregunté a la señora M.

—Que me aspen si lo sé —repuso—. No está aquí. Eso es todo lo que sé, y las enfermeras no abren el pico. Siempre que pregunto me responden lo mismo: «Eso no es asunto suyo» —dijo la señora M. en un tono nasal y oficioso—. Y cuando pienso en todo lo que he hecho por esas vacas prietas y todo lo que he tenido que aguantar. Sin querer ofender le diré que lo de usted y Houdini fue todo un circo. Le diré lo que yo creo. Ha sido la última risa del viejo Houdini. Su acto de desaparición. ¡Puf! —La señora M. chasqueó los dedos—. Se ha desvanecido en el aire.

Observé la cama vacía. Desde entonces me he roto la cabeza pensando en la desaparición de la señora O. Tal vez la señora M. me mintió. A lo mejor vio como se llevaban a la anciana mientras yo dormía. La señora O. podía haber tenido un ataque o un infarto en mitad de la noche. A lo mejor se había muerto y la habían llevado a la morgue. Pero en ese momento no tuve en cuenta esas posibilidades. Sencillamente estaba asombrada por su ausencia. De no haber estado tan segura de que mis recuerdos eran reales, podía haber pensado que se trataba de una invención mía, de un personaje al que había dado vida para mis propósitos. Mientras reflexionaba, sentí un débil espasmo en el brazo; el primer síntoma de una crisis. Fue rápido, una breve pero violenta sacudida nerviosa, un temblor en mi sistema tan intenso que, incluso mientras tenía lugar, una parte de mí lo contemplaba con pavor. Mi brazo volvió a moverse; de hecho dio un bote sobre la sábana. Sentí una oleada de náusea y vértigo. Me arrastré de la cama y me tambaleé por delante de la señora M. hasta llegar al cuarto de baño. Vomité. Sentía unos calambres horribles en los intestinos, y fue como si escupiera las entrañas. El paroxismo pareció arrojar todos mis órganos internos por el retrete. Me estabilicé en el lavabo y contemplé mi espantosa cara en el espejo.

—Eres una persona ridícula, Iris —dije—, una persona ridícula.

Vi como mi cabeza se movía en el espejo. Parecía más pequeña, más ligera.

—¿Está usted bien? —Era la señora M.—. ¿Quiere que avise a la

enfermera?

—No —repuse—. Estoy bien.

Me serví del hombro para abrir la pesada puerta del cuarto de baño y luego caminé despacio por la habitación sujetándome la parte trasera del camisón para que no se abriera. Me senté en el extremo de la cama y seguí sentada allí durante mucho rato. La luz me parecía inusualmente pálida, y miré por la ventana hacia la pared de piedra gris de otro edificio. Afuera había oscurecido, y grandes copos de nieve caían con uniformidad.

—Está nevando —comenté.

—Por supuesto —dijo la señora M.—. Lleva varios días nevando.

CUATRO

Todo empezó con un apretón de manos. Ese día esperé cuarenta y cinco minutos fuera de su oficina con otro puñado de estudiantes que también querían entrevistarse con él. Cuando finalmente me llegó el turno, crucé la puerta y la cerré a mis espaldas.

—Profesor Rose, me llamo Iris Vegan.

Alargué la mano por encima de la mesa y se la tendí. Me miró y no vi expresión alguna en su rostro. Yo bien podría haber sido una piedra. Y entonces bajó los párpados. No se movió. Tenía los antebrazos escondidos en el regazo. Mi mano colgaba a media altura y me di cuenta de que me temblaban los dedos, pero no la retiré. «No pienso hacerlo —me dije—. Puede quedarse colgando ahí para siempre.» Yo le miraba con fijeza y él seguía contemplándome. Puede que todo esto durara medio minuto. Hasta que movió la comisura de la boca. Más que una sonrisa fue un leve estremecimiento nervioso. Apoyó una mano flácida en la mía. La estrujé con fuerza y me senté. No recuerdo lo que me preguntó o lo que dije, pero sí me acuerdo de su cabello gris y de los ojos verdes, y de que en este primer recuerdo tiene un aspecto diferente a como le recordaría más adelante. La entrevista concluyó de forma abrupta.

—Gracias, señorita Vegan —dijo—. Espero verla en clase el martes que viene.

Había sido admitida al codiciado seminario «Hegel, Marx y la novela del siglo XIX». El profesor Rose no podía tener mucho más de cincuenta años,

pero desplegaba el amaneramiento de una vieja estrella académica y, como resultaba obvio, participaba de la aflicción común a los hombres de su posición: el desdén hacia los estudiantes. De todos modos resultaba difícil menospreciarlo, y no creo que fuera sólo por los rumores que circulaban acerca de su brillante inteligencia. Esa primera vez me causó una impresión extrañamente sensual. Es probable que fuera su voz. Era una persona rígida, pero hablaba en un tono cambiante y delicado que se me quedó grabado como un rastro sonoro en mi oído.

Nosotros doce —ocho hombres y cuatro mujeres— apenas hablábamos en el seminario. El profesor Rose sólo interrumpía su monólogo para espetar una pregunta. Estas preguntas rara vez eran genéricas. Solían ser puntuales, referidas a fechas y nombres, y sólo muy de cuando en cuando reclamaban una interpretación. Eso era peor porque sabíamos que el profesor tenía una respuesta concreta en la cabeza. Pero el estar intimidados nos volvía especialmente rigurosos. Y el profesor Rose trabajaba duro, resuelto a elucidar el miasma de Hegel. Leía pasajes en voz alta y luego los analizaba por separado, procedía palabra por palabra, tomando siempre como referencia el alemán, y bajo la presión de su examen asomaban momentos de asombrosa claridad. Las novelas que leíamos servían de escape a la tortuosa senda de la filosofía. Recuerdo una tarde de octubre que discutíamos acerca de *Los poseídos*. Afuera llovía, y las ventanas del Dodge Hall estaban nubladas por una masa tan densa de agua que parecía que cayera en capas. El profesor Rose hablaba de los nihilistas rusos, su voz subía de tono para dar mayor énfasis y luego caía convirtiéndose casi en un susurro. En un momento dado se me fue la cabeza y me puse a mirar las empañadas hojas rojas de un árbol a lo lejos, para acto seguido fijarme en el rostro de un joven que tenía mal el cutis y se estaba dejando barba. «Tal vez para tapar los granos», pensé. Oír mi nombre me arrancó de la ensoñación.

—El mordisco, señorita Vegan —decía el profesor Rose. Me volví hacia él y me quedé mirándolo a la cara. Su boca seguía moviéndose con las palabras «el mordisco de Stavroguin», y cuando pronunció el nombre del personaje le vi los dientes.

—Sí —dije, estirándome en la silla mientras intentaba concentrarme en el

incidente—. Muerde a Teliátnikov —añadí con discreción.

—Eso ya lo sabemos —dijo con voz sonora. Me ardía la cara—. ¿Y eso qué significa?

—Nada —repuse. El profesor Rose cambió de cara y miró hacia otro lado en busca de una respuesta más apropiada, pero yo proseguí—. Viene de ninguna parte, de repente, y por eso mismo es tan aterrador. Personifica el nihilismo para Dostoievski porque carece por completo de fundamentos y de sentido.

Había forzado la voz al máximo. Volvió a fijar la vista en mí, empequeñeciendo y afilando los ojos. Los otros estudiantes también me miraban. De repente sentí un mareo y agarré la mesa preparándome para el posterior desvanecimiento. No sucedía a menudo, pero de cuando en cuando perdía la conciencia, igual que entonces, por razones que no podía entender. Pero esta vez no fue así y me recuperé rápidamente. El profesor siguió hablando. Tomé notas y simulé concentrarme en todas y cada una de las palabras. Cuando finalizó la clase metí como pude los libros y papeles en mi bolsa y me apresuré a salir. Y entonces vi al profesor Rose de pie a mi lado.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Vegan? —preguntó. Puso la mano derecha sobre la mesa.

—Sí —repuse—. Estoy perfectamente, gracias.

Me fijé en él. Parecía querer decirme algo, pero en lugar de eso optó por mirar por la ventana.

Me puse la gabardina. El cuello estaba mal, hasta que caí en la cuenta de que la bolsa de libros estaba atrapada debajo y formaba un bulto en mi costado. Di un tirón de la manga, dolorosamente consciente de mi torpeza.

El profesor Rose me sonrió.

—En ese caso la dejo a solas con sus atavíos.

Cogió su paraguas y salió de la habitación.

No me marché hasta que oí sus pisadas en la escalera. Me había hablado con amabilidad. Estaba segura, y con un arrebató de felicidad entendí que me gustaba. Este breve intercambio tuvo un efecto desproporcionadamente grande sobre mí. Sentí alivio, me vi individualizada y distinguida del resto de la clase, y aunque no volvió a hablarme de ese modo en bastante tiempo,

empecé a ver en el profesor Rose a un aliado secreto. Esta transformación tuvo lugar de forma gradual, y no sabría decir si fue producto de mi imaginación o si él tuvo que ver. Sé que empecé a esperar que llegaran los martes para verle, que empecé a encontrar agradable su cara, su severidad cortada por el sentido del humor, y que me puse a leer los libros asignados con nuevo celo.

Ruth Slubovsky se sentaba frente a mí en el seminario. Tenía la cara pequeña y el cabello largo y rojo. A Ruth le gustaba mucho la novela, y aunque estaba al día de las últimas teorías literarias, le fascinaba el destino de los personajes y le gustaba verse como una tardía Emma Bovary. Yo no entendía que pudiera apetecer imaginarse como madame Bovary, y así se lo dije a Ruth al principio de nuestra amistad. En respuesta sacó de su cuaderno la reproducción de un cuadro del siglo XVIII que llevaba por título *La lectora de novela*. En él se veía a una voluminosa mujer desnuda recostada en un sofá con los ojos bajos y las piernas ligeramente abiertas. En su mano derecha sostenía un volumen pequeño y grueso.

—¿Responde esto a tu pregunta? —me dijo, y rio. Yo también me reí, pero como más tarde se vería, el chiste era una introducción tanto a los sueños de Ruth como a los míos, y la imagen de la lectora masturbándose, concebida sin lugar a dudas como una advertencia para los padres de las jóvenes damiselas, hoy en día tiene todo el sentido para mí. Fue Ruth, después de todo, quien me presentó a Paris, el extraño joven que entró y salió de mi vida con la brusquedad de un geniecillo, y fue ella el improbable nexo entre lo que para mí siempre serán las dos caras de una misma obscenidad: la imagen de la mujer desnuda con su grueso libro y Paris inclinándose hacia mí con ojos vigilantes y la boca pintada.

En la víspera de Todos los Santos Ruth me dijo que fuera con ella a una fiesta más allá de Canal Street. Yo llevaba sólo dos meses en Nueva York y aún no sabía orientarme. Manhattan era un rompecabezas de señales aisladas que aún no podía juntar, pero Ruth había nacido en la ciudad y se la conocía de memoria. Ella dirigía, yo la seguía. Como no teníamos dinero para

comprar un disfraz, Ruth le pidió ropa prestada a su hermano y nos presentamos allí vestidas de hombre. El traje que me conseguí era perfecto para mi cuerpo alto y delgado, y cuando me miré en el espejo de mi apartamento, el cambio de aspecto me sorprendió. No se trataba tanto de que tuviera aspecto de hombre como de que las ropas creaban un efecto de incertidumbre sexual. Sin maquillaje y con el pelo recogido dentro de un sombrero, parecía una mujer masculina o un hombre afeminado, y mientras recorría las calles con Ruth, alargué la zancada imitando el paso de un hombre y metí las manos hasta el fondo de los bolsillos. Nuestro viaje terminó delante de un almacén. Ruth me hizo subir por cinco tramos de escalera, hasta una puerta abierta y una amplia y abarrotada habitación. La luz era tenue y el humo empañaba los rostros de los invitados, que se arremolinaban con vasos de plástico. Desde el principio me chocó el placer casi lunático que los invitados habían puesto en sus disfraces, a la vez horribles y ridículos. Hasta ese momento siempre había pensado en Todos los Santos como una celebración infantil, pero mientras contemplaba atónita los monstruos, animales, travestidos, estrellas cinematográficas y otras mil variedades distintas, llegué a la conclusión de que la noche de los muertos se parecía más a un febril sueño de adulto: brillante, caótico, lascivo.

Pocos minutos más tarde Ruth vio a Paris.

—¿Ves a ese tipo pequeño de allí, el del traje blanco? —preguntó.

Miré en la dirección de su gesto y vi a una persona baja de edad indefinida que estaba hablando con una hermosa joven vestida como Alicia en el país de las maravillas.

—Ése es Paris —dijo.

—¿Y de qué se supone que va disfrazado?

—De nada —repuso Ruth—. Tiene siempre el mismo aspecto.

—Lleva maquillaje.

—Como siempre.

Me quedé mirándolo.

—Es crítico de arte —prosiguió Ruth—, y conocido por su dureza. Se dice que un pintor se suicidó después de leer la recensión que Paris hizo de su trabajo en el *Village Voice*.

—Debía de ser una persona inestable —le dije—. Mucha gente recibe malas críticas.

—Me parece que se trataba de algo más complicado que todo eso. Paris lo conocía. Eran amigos, tal vez más que amigos, y Paris siempre había promocionado su obra. Creo que también había una chica que estaba liada con los dos. Mi hermano me dijo que Paris sabía que el tipo ese estaba mal. Tomaba pastillas...

—Qué horror. Suena terrible.

—No sé, la verdad es que en cierto modo es encantador, y tampoco puedes dar crédito a todo lo que oyes. Tal vez la historia tenga otra vertiente. En cualquier caso, Paris es el invitado no convidado de todos, ya sabes lo que quiero decir. Está en todas partes. En cierta ocasión alguien me dijo que alquila a un doble para que vaya a fiestas por él y así poder estar en dos partes al mismo tiempo. Mira, viene hacia aquí —añadió, esta vez más cerca del oído.

Tenía delante de mí el tema de nuestra conversación. Mientras lo contemplaba me dije que sería difícil encontrar un doble para semejante persona. Era demasiado bajo y peculiar. Examiné su cabecita, con sus orejas protuberantes y el mechón en lo alto de la frente que forzaba el pelo poniéndoselo de punta. Hasta que vi que el cabello había sido forzado en esa posición sirviéndose de una crema o gel capilar. Un cabello fuerte y resplandeciente. Me recordó a un duende.

—Hola, Ruthie —dijo, y se volvió hacia mí sonriendo—. Me llamo Paris —añadió.

—¿Paris a secas? —le pregunté—. ¿Sin apellido?

—No —dijo—. Me llamaba de otro modo hasta que lo hice desaparecer.

—¿Tal cual?

Dio un paso en mi dirección, levantó el mentón y bajó la voz para decirme:

—Fui a los juzgados y logré que el juez hiciera esfumarse el viejo y aparecer el nuevo. Magia legal. Desde entonces soy Paris, Paris a secas.

—Y antes, ¿cómo te llamabas?

—Eso es un secreto —repuso, mirando por un instante a Ruth—. Es mi

único secreto auténtico. Lo cuento todo excepto eso. Todos necesitamos un misterio, ¿no crees?

Me miró, sonrió y dio unos pasos de baile sin moverse del sitio. Ruth y yo intercambiamos una mirada.

A continuación Paris le habló a Ruth:

—¿Verdad que no te importa que te la robe durante un ratito? Te la devolveré, o tal vez debería decir te *lo* devolveré. No queremos disipar ninguna ilusión, ¿verdad?

Sin esperar la respuesta de Ruth, me cogió del brazo y me encaminó hacia otro lado. Hice un gesto a mi amiga y volví la vista hacia mi pequeño acompañante. Parecía inofensivo. Llegamos hasta una de las esquinas de la sala y allí nos detuvimos. Paris me soltó el brazo y dijo:

—Háblame de ti.

Se lo resumí escuetamente y sin gracia. Era la hija de un profesor de lingüística y de una madre noruega, nacida y criada en un pequeño pueblo, Webster, Minnesota. Acababa de llegar a Nueva York para graduarme en literatura en la Universidad de Columbia.

Negó con la cabeza.

—No me refería a eso.

—¿No? —le solté, sonriéndole.

—No. Me refería a algo revelador: una idiosincrasia, una preferencia, una anécdota de tu pasado. Ese tipo de cosa. Es una de mis aficiones. Colecciono lo que podríamos llamar minucias psicológicas. Yo no soy como la mayoría de esa gentuza —añadió gesticulando con un brazo para referirse a la muchedumbre—, que sólo disfruta hablando de ellos. A mí me interesan, y mucho, las otras personas, el estado de sus almas.

—Ya veo —dije—. ¿Y crees que las idiosincrasias revelan el alma de la gente?

—Sí —dijo desde su escaso metro cincuenta y cinco de estatura—. Yo, por ejemplo, soy asmático. —Respiró profundamente como para asegurarse de que en ese momento estaba bien—. Adoro la novela de serie negra, todas, las buenas y las malas, no importa. Adoro a Giorgione, Pontormo, Egon Schiele y Duchamp. Y... —Alzó un dedo en el aire y lo movió—. Tengo un

punto sensible detrás de la rodilla que obligo a mis amantes a presionar. Me vuelve loco.

—Me he hecho una idea de tus verdades más profundas —le solté.

Paris sonrió y recuperó la seriedad.

—Me gustas —dijo—. Ahora te toca a ti.

—De acuerdo. Veamos. Que yo sepa no tengo enfermedades crónicas. Mis pasiones literarias abarcan un amplio espectro. Me entusiasman Dickens y George Eliot, Henry James y Kafka. Y en cuanto a mis inclinaciones sexuales, suelo guardármelas para mí.

Paris sonrió sin abrir la boca. De repente estaba muy blanco, como un mimo.

—Ya veo —comentó—. De todos modos es interesante ver lo que tú consideras como privado y lo que es público. Quiero decir que tus gustos literarios están ahí expuestos, a la vista de todo el mundo, mientras que tus gustos en materia de hombres permanecen en territorio oculto.

—Para mí tiene sentido.

—Pero todas las atracciones son semejantes —dijo—. Vienen de un vacío interior. —Se golpeó en el pecho con el dedo índice—. Falta algo y tienes que llenarlo. Libros, cuadros, gente, son todos iguales...

—Hay mucha gente que pasa sin libros y cuadros.

—Cierto —dijo—, pero eso no afecta al argumento. —Paris volvió la cabeza hacia un lado y se mordió el labio—. Claro que nada resuelve el problema. Nadie está satisfecho durante demasiado tiempo.

Sonreí.

—Supongo que no.

Paris levantó el mentón y me miró directamente a los ojos. Su mirada era directa, ingenua como la de un chiquillo, lo que despertó mi simpatía.

—¿Te divierte disfrazarte de hombre? —me dijo.

Me fijé en el traje.

—Mi disfraz —repuse—. Ya sé que es poca cosa. Ruth y yo los hemos conseguido en el último momento.

—No te preguntaba eso —dijo, manteniendo los ojos en los míos—. Te preguntaba si te divierte disfrazarte de hombre.

—Supongo que sí —dije, vacilando.

Su rostro seguía impertérrito.

—¿Te produce como un pequeño escalofrío?

—Bueno —dije, sin estar demasiado segura de lo que respondía—. Con esta ropa me siento diferente... sobre todo en la calle. Siento una cierta excitación, sí.

—Como la sensación de que por fin has llegado a casa.

—No sé lo que quieres decir.

—¿No lo sabes?

—No —dije con una voz demasiado alta.

Paris sonrió.

La conversación había dado un giro. Quería disfrazar mi confusión, pero me veía incapaz de controlar los rasgos de la cara. Estoy segura de que la incomodidad que sentía era transparente.

—Ahora te enfoco —dijo—. Estoy empezando a verte. Debo de haber dado en un nervio. De eso hablaba antes: anécdotas, pequeñas revelaciones...

Siguió charloteando. La verdad es que yo no escuchaba, hasta que dijo más fuerte:

—Creo que quiero verte el cabello. ¿Por qué no te sacas el sombrero?

Volví la cara en su dirección. Había intentado localizar a Ruth entre la muchedumbre sin lograrlo. Me ardían las mejillas.

—¿Cómo?

—Es una petición inofensiva. Sácate el sombrero.

No repuse. La sala estaba tan llena de gente apretujada que nos encontrábamos rodeados. Yo estaba hombro con hombro con una mujer que llevaba una peluca rubio platino —Marilyn Monroe, supuse— y a mi otro lado había un hombre alto con una máscara de ogro. De la abertura para la boca le sobresalía un cigarrillo en una boquilla. Una mujer detrás de Paris llevaba una amplia falda de aro. Paris tuvo que moverse hacia delante y su rodilla tocó mi pierna.

—¿Qué problema hay? Sólo quiero ver tu pelo.

—Qué calor hace aquí —dije.

Paris se me acercó más y me puso la mano sobre el brazo. Di un paso

hacia atrás tropezando con alguien.

—¡Cuidado! —soltó una mujer, y mientras yo murmuraba un «disculpa» noté como Paris aumentaba ligeramente la presión. «Está demasiado cerca», pensé, y respiré ruidosamente. Lo miré a la cara y acto seguido a los dedos con los que me rodeaba la camisa.

—Pareces incómoda —dijo—. ¿Por qué? —Sus ojos eran azul claro.

—No entiendo lo que quieres.

Paris se encontraba a unos pocos milímetros de mí.

—Iris —comentó al fin—. ¿Por qué le das tanta importancia? Sólo he pedido ver tu pelo. Si no quieres enseñármelo me parece perfecto.

Me soltó el brazo.

Me saqué el sombrero. El cabello, sudoroso y enredado por el confinamiento, me cayó sobre los hombros y la espalda. Evitando sus ojos, miré hacia otra parte y tragué con fuerza. El gesto provocó una emoción misteriosa y sentí como me temblaba la boca.

—Tengo que salir de aquí —le dije. Me di la vuelta y empecé a abrirme paso entre la muchedumbre.

—Tienes un pelo precioso, Iris —dijo a mis espaldas—. ¿Adónde vas?

—No puedo seguir aquí —repuse, más para mí que para él.

Salí por la puerta, y una vez en la escalera me apoyé contra la pared con el sombrero todavía en la mano. «¿Qué me sucede? —me pregunté—. Me he portado como una estúpida. ¿Por qué he permitido que me incomodara? ¿Y por qué me he sacado el sombrero?»

Tendría que haber vuelto a la fiesta para decirle a Ruth que me iba, pero no lo hice. Bajé las escaleras y salí a la calle desierta, frotándome en el frío aire nocturno. El traje era demasiado fino. Miré a mi alrededor y vi la entrada del metro a sólo dos calles. Caminé rápido hacia allí. Al cabo de unos segundos noté la presencia de alguien a mi espalda y aceleré el paso. Fuera quien fuera se puso a mi paso. Sentí que se me encogía la garganta. Así y todo seguí andando. La entrada se encontraba a unos pocos metros. Podía oír su respiración. «Un hombre», pensé. Arranqué a correr, sirviéndome de todo el cuerpo para impulsarme hacia delante, y de repente se abrió un hueco entre nosotros. Agarré la barandilla de la escalera, y antes de pegar un salto hacia

abajo volví la cabeza durante un instante y vi que alguien desaparecía por la esquina. Era una persona de pequeño tamaño y llevaba un largo abrigo negro, pero pude ver algo blanco debajo de éste. «Paris», me dije. Pero no hubiera podido asegurarlo. Estaba oscuro, y antes de poder verlo bien, el hombre había desaparecido.

En los meses que siguieron, el encuentro de Todos los Santos con Paris adquirió los tintes de una aparición. Las imágenes que retenía de esa noche eran un llamativo revoltijo que no podía ordenar. Lo aparté todo de mi cabeza. Mi disfraz seguía en el ropero, el sombrero descansando en una estantería por encima del traje. Ruth había dicho que se lo devolvería a su hermano, pero lo había dejado pasar, insistiendo en que no corría prisa. Que no me preocupara, que tenía montones de ropa. De vez en cuando, azuzada por el impulso de ponérmelo, pasaba un dedo por la tela del traje, pero como no era mío acababa por dejarlo en su sitio.

Tenía otras cosas en las que pensar, en particular en mi seminario con el profesor Rose, que se había convertido en el epicentro de mi semana. Una inexplicable ansia de saber había hecho presa en mí, y me pasaba el día y la noche leyendo, memorizando pasajes significativos, estudiando teoría crítica e historia. Acumulaba tanta información en la cabeza que cuando al llegar la noche cerraba los ojos, veía una página impresa ante mí, y palabras y frases aisladas de la lectura se agitaban en mi cabeza. A veces, antes de caer dormida, oía vocecitas que me hablaban sirviéndose de frases crípticas o estallidos monosilábicos. A pesar de mis esfuerzos, apenas era una estudiante modelo, alguien dada a apasionadas erupciones en clase con denodadas incursiones en los tópicos al uso. En casa ensayaba discursos más calmados, practicaba para bajar el tono de voz y hacer que sonara autoritaria y fría, pero en el calor del momento siempre me olvidaba. La voz se me entrecortaba, el corazón me latía, las manos me temblaban. Perdía el control y las palabras me salían a borbotones. Y eso que me tomaba las cosas con seriedad. Lo que me faltaba era método y temperamento de investigación. A principios de diciembre leí en voz alta en clase el artículo que había escrito sobre *La*

educación sentimental de Flaubert, y mis palabras me conmovieron tanto que en el último párrafo noté cómo las lágrimas me afluían a los ojos. Pero el profesor Rose y los demás alumnos fueron muy amables. Nadie se rio. Mi profesor me miró desde su silla en la cabecera de la mesa y dijo con voz potente:

—Tal vez un poco disperso, señorita Vegan, pero así y todo ha hecho usted un buen trabajo.

Y volvió a sus notas. Me sentía muy feliz, y cuando el profesor me paró después de clase y me propuso ser su ayudante de investigación el siguiente semestre, me inundaron el azoramiento y la efusión.

—Sería maravilloso —dije, haciendo entrecrocar las manos por debajo del mentón. Y después, avergonzada, las dejé caer.

Sonrió. Vi como se le acentuaban las arrugas en torno a los ojos.

—Soy un auténtico tirano —dijo—. Hago trabajar muy duro a mis ayudantes. Tal vez lo lamente.

—Oh, no. Eso nunca.

Empecé a trabajar para él en enero, y al principio no hubo nada raro en nuestros encuentros. Me pasaba artículos escritos en alemán para que los leyera y resumiera; ensayos abstrusos y retorcidos escritos en una lengua que me desconcertaba. Cada jueves me pasaba un montón de fotocopias y el corazón se me encogía. Me iba a casa y leía las incomprensibles frases —cláusula tras cláusula de vocabulario denso y extraño, con los verbos rezagados muy lejos—, dando así comienzo a la tediosa disección. El sentido me llegaba a borbotones. De repente descubría lo que significaba, identificaba los desplazamientos lógicos y al final me enorgullecía de poder transformar los largos y verborreicos ensayos en una sola página compuesta de lúcidas palabras. Pero en su mayor parte estos artículos me dejaban fría, y había veces en las que no podía resistir hacer comentarios entre paréntesis, señalando las flaquezas del argumento, los infundados saltos en la verosimilitud o lo plano que resultaba el escrito entero. Al profesor Rose le divertía mi arrogancia, y en una ocasión me comentó:

—Creo que puede ahorrarse las observaciones personales, señorita Vegan. Soy capaz de sacar mis propias conclusiones. —Pero lo dijo

educadamente, sin embargo, lo que me hizo pensar que en el fondo le daba igual.

En febrero empezó nuestro auténtico trabajo. La novela corta alemana que traducíamos juntos se convirtió en el vehículo para dar un giro a nuestra relación. Sin ello, estoy convencida, nada habría sucedido. Hubiéramos seguido como estábamos, profesor y estudiante, limitados a la formalidad de los dos roles. *El bruto* lo cambió todo, difuminando los límites de la convención y amortiguando nuestras inhibiciones. Pasó mucho antes de que los efectos desaparecieran totalmente, y así y todo creo que dejaron una huella profunda. Pero no estoy echando la culpa de mi comportamiento a una obra de arte. Eso sería exagerar la verdad. Lo que digo es que el relato fue como una puerta que daba a otra parte, y que al final optamos por abrirla y traspasar el umbral.

Un jueves por la mañana entré en la oficina del profesor Rose a la hora convenida y lo vi sentado cerca de la ventana y mirando hacia afuera. No se volvió para saludarme durante varios segundos. Optó por hablar hacia la ventana.

—¿Ha oído usted hablar de Johann Krüger, señorita Vegan?

—No —repuse.

Se volvió en su silla.

—No es usted la única. Está completamente olvidado.

—¿Quién es? —pregunté.

—Un escritor alemán. Publicó un libro de relatos y una novela corta. Se trata de la novela en la que estoy interesado: *Der brutale Junge*, escrita en 1936 pero no publicada hasta después de su muerte.

Me miró de reojo.

—¿Y? —inquirí.

—Murió en un campo de concentración.

—¿Era judío?

—No, homosexual.

Miré más allá del profesor Rose, de la ventana, dejando que sus palabras se aposentaran, procurando encontrar un lugar aunque sólo fuera para esa muerte concreta entre millones. No dije nada.

El profesor Rose se inclinó hacia delante en su silla.

—Al morir tenía treinta y dos años.

Lo miré. Desplazó su mano hacia la mía. Entonces la apartó, cerró el puño y golpeó con suavidad sobre una pila de papeles.

—De cualquier modo vamos a traducir juntos la novela. Usted hará la primera versión y después la revisaremos juntos.

Me dio un pequeño libro con tapas duras de color verde. Pasé el dedo por las letras del lomo. Quería quedarme allí, seguir hablando, pero el profesor Rose asintió señalando la puerta, y me apresuré a salir de allí sin decir adiós. Cuando me encontraba fuera del edificio me di cuenta de que había empezado a nevar.

Esa noche leí el relato en la cama. Estaba escrito en un alemán claro y sencillo que hacía casi innecesario el diccionario. La nieve, iluminada por la lámpara de mi mesilla de noche, seguía cayendo en el exterior. «Klaus era un buen chico —empezaba la historia—. Tenía diez años, le iba bien en el colegio, era obediente, amable y leal.» En ese momento no pensé en significados. Se trataba del relato en sí mismo, algo aparte, pero lo leí sin aburrirme.

A pesar del inconveniente de tener un pie de madera, el padre de Klaus es un cirujano de renombre. La madre, escribe el narrador, es hermosa, tonta y se dedica en cuerpo y alma a su hijo. Cuando habla de él a sus amigas, siempre dice: «Klaus es un buen chico, jamás ha hecho nada insensato». «Pobre Klaus —pensé—, está condenado a la insensatez.» Lo que en efecto sucede. El muchacho empieza a ser asaltado por crueles fantasías que afloran a su cabeza sin advertencia previa. Las descripciones de estas sádicas ensoñaciones son expuestas con inmenso cuidado, catalogadas una tras otra con todo detalle. Al cruzarse con una desvalida anciana por la calle, Klaus siente unas ganas irresistibles de ponerle la zancadilla. Cuando contempla el costurero de su madre, se le ocurre la idea de atravesarle los ojos a su perro con una aguja. Adora al perro y no comprende por qué ha tenido esa idea. Elabora ingeniosos métodos para atormentar a su mejor amigo, Dieter, arrancándole los rubios cabellos uno a uno, sacándole la rótula de sitio o colgándolo boca abajo de una lámpara en su habitación. Sus fantasías se

convierten en una preocupación, una indulgencia privada, un mundo en el que los objetos ordinarios pasan a ser instrumentos de tortura: barras de cortina, almohadas, jarras, cubertería. El placer que le deparan todas estas ideas lo compensa el terrible remordimiento que le sigue a continuación, y al poco tiempo empieza a esforzarse por evitarlos. Reza, recita las tablas de multiplicar y poemas que ha memorizado en el colegio, pero nada de esto funciona. Klaus empieza a temerse, en especial por las tardes, después de que oscurezca. Se queda tumbado en la cama con las manos debajo del cuerpo, temeroso de que empiecen a actuar sin su consentimiento. Tras varias noches así, la agitación acaba por vencerle y el chico empieza a deambular. Al principio no sale de casa, pasea por las habitaciones y los pasillos mientras todos duermen, toca objetos prohibidos: la pipa de su padre, las figuras de porcelana de su madre. La violación es meticulosa. Deja que sus dedos acaricien todas las partes de un objeto antes de devolverlo a su sitio. Pero el disfrute que obtiene con estas primeras infracciones se va apagando y, envalentonado, se pone a buscar nuevos placeres. Klaus comete pequeños actos de sabotaje doméstico. Con unas tijeras corta un agujero casi invisible en la sábana. Esconde varias cucharas. Destroza un buen número de sus juguetes, ocultando los soldados decapitados, el tren roto y el velero dañado en el armario. Hasta que una noche el chico sale de su casa, y una vez en la ciudad de Krüger, designada sólo con la letra S., se pone a celebrar su libertad. Es feliz sólo con andar por donde no tendría que andar, ver lo que no tendría que ver, dando con extrañas calles y espiando por las ventanas de comercios cerrados y bares iluminados. La noche es un caos de visiones, olores y sonidos, y el niño se convierte en un *voyeur* de los secretos de la ciudad, en testigo oculto de peleas callejeras y solícitas prostitutas. Vestido con su pijama blanco, se precipita de un escondrijo a otro, aventurándose cada vez más lejos de su vecindario. Las escapadas nocturnas del chico lo dejan exhausto y en el colegio se queda dormido y no puede concentrarse en los estudios, pero no le descubren. En una de sus escapadas da con un gato, un miserable gato callejero que, herido, está echado junto a un montón de basura en un callejón sin salida junto a un ruidoso bar. Klaus se inclina para investigar. Alarga la mano para acariciarlo, pero el asustado animal le araña y

el chico siente el repentino impulso de matarlo. Con voz suave le dice: «Voy a hacerte daño», y acto seguido golpea al gato. La criatura aúlla pero sus patas heridas le impiden escapar, y Klaus intenta estrangularlo. El gato lucha para salvar la vida, corta los brazos y la cara de Klaus. El chico cree oír el crujido de los huesos del animal y empieza a gemir. Una joven que se ha llevado a su amante a la esquina para besarse ve a Klaus agazapado sobre el animal y corre hacia él, gritando: «¿Qué haces? ¡Bruto! ¡Para inmediatamente!». El novio agarra a Klaus por la camisa del pijama, apartándolo de su víctima, y la mujer se acuclilla sobre el animal y lo toma en sus brazos. «El pobrecito aún vive», susurra, y cuando el hombre se vuelve para mirar, Klaus se libera de su tenaza y se pone a correr. Antes de llegar a casa es alcanzado por un chaparrón que le cala hasta los huesos. Sin despertar a su familia va a su cuarto, esconde el pijama mojado debajo de la cama y se duerme. A la mañana siguiente se despierta con una fiebre altísima. La asistenta descubre la ropa húmeda y se la muestra a la desconcertada madre del chico, pero a estas alturas Klaus ya delira y avisan a un médico. En una pesadilla febril ve como su cuerpo arde a partir de los pies. Las piernas se convierten en cenizas, dejando dos manchas negras alargadas en la cama. El chico da comienzo a una confesión. «Mi boca —piensa—, tengo que hablar antes de que el fuego llegue a la boca.» La madre, que está sentada junto a la cama, ve como su hijo se sienta derecho y empieza a hablar. Lo confiesa todo, tanto lo real como lo imaginado: Dieter colgado, el agujero en la sábana, el perro cegado, las cucharas escondidas, el gato. Su madre no entiende una palabra. Contempla su cara llena de cortes e intenta que vuelva a acostarse, pero él la aparta. Le seca la frente con una toalla fría y emite sonidos tranquilizadores. El chico sigue mirando a la puerta. Oye a su padre subiendo por las escaleras, arrastrando el pie a su espalda. El sonido retumba en sus oídos, pero su padre no aparece. Klaus está en llamas y grita la palabra *bruto* una y otra vez hasta que llega el doctor y le da un sedante. Klaus duerme, y cuando se despierta, tiene la garganta dolorida, pero la fiebre le ha bajado. «¿Estoy vivo?», pregunta a su madre. Después de que ella le asegure que sí, vuelve a dormirse. Klaus se recupera y descubre que se ha liberado de los pensamientos malignos y que ya no quiere deambular por la ciudad. Su

cura parece completa. Pero en la última escena de la novela, Klaus está sentado en el salón un domingo con sus padres y unos parientes mayores. Ha tenido que sobrellevar los rigores de un cuello almidonado y un largo servicio religioso. Observa a su tío abuelo Frederick, una persona pequeña y marchita con el pecho cóncavo y los brazos y piernas como palos. El anciano se queda dormido con la boca abierta y Klaus se pone a soñar despierto. Se sube al regazo del tío y sopla aire en su boca abierta hasta que el octogenario se infla como un globo y empieza a flotar sobre las cabezas de los presentes, enorme e ingrátido. Hasta que explota. Huesos, piel, dientes, dedos de las manos y de los pies y hasta viejos jugos de tabaco llueven sobre todos. Klaus sonríe y vuelve su atención hacia la gordinflona tía Lotte, se interesa en sus grandes tobillos. El relato concluye con Klaus murmurando para sí: «Dos por uno es dos. Dos por dos son cuatro, dos por tres son seis...».

Cerré el libro y miré por la ventana. Había dejado de nevar. «Es una obrita extraña —pensé—, pequeña y extraña, pero lo suficientemente buena como para traducirla, una comedia macabra, en realidad.» Empecé a la mañana siguiente, buscando palabras inglesas que reflejaran las alemanas, y el esfuerzo hizo que cambiara la visión que yo tenía del relato. Mientras transcribía las fantasías de Klaus, tuve una extraña sensación de intimidad. Recuerdos breves y vagos afloraban para desaparecer a continuación. Me vi en la Biblioteca Municipal de Webster, de pie al lado de otra niña a la que no conocía. Hacía calor. Ella tenía la cara colorada. Debía de ser verano. Me entraron ganas de sacudirla. Eso fue todo. No recordé otra cosa, pero la visión era provocativa y trajo consigo una sensación de ligera inquietud. A medida que mi texto crecía, desaparecía el alemán y yo reclamaba el resultado. Es mío, me decía, está reinventado por mí. Lo estoy haciendo yo. Y me debatía con las frases, puliéndolas hasta que parecían perfectas, y recuerdo una vez en la que al parar para ir al lavabo, me vi de reojo en el espejo y me quedé de piedra. Sonreía como una loca. «Dios mío —pensé—, ésa no eres tú.»

Cuando volví a ver al profesor Rose llevaba hechas veinte de las noventa y cinco páginas. Al pasarle el manuscrito tuve que disimular mi expectación. Cogió el borrador y empezó a leer. Estudié su expresión con detenimiento,

buscando el signo de aprobación que esperaba, pero su cara era impasible. Volvió la página. En su despacho hacía mucho calor y me quité el suéter. Volvió otra página. Las comisuras de los labios cayeron. «Le parece horrible», pensé. El profesor llevaba pantalones de pana gastados a la altura de las rodillas. Fijé la vista en esas rodillas y apreté la mandíbula. Finalmente levantó la vista hacia mí.

—Se ha tomado libertades —dijo.

—¿Sí? —Mi desengaño debió de resultarle evidente.

—Es bueno —dijo de prisa—, realmente muy bueno, pero está cambiado.

—¿En serio? —interrogué—. ¿Dónde?

El profesor Rose me dedicó una mirada torcida, como si no se creyera mi ignorancia.

—El tono —dijo al cabo—. Se ha olvidado del tono.

—¡El tono! El tono ha sido justamente mi mayor preocupación. —Rebusqué el librito verde en mi bolso, lo abrí por *El bruto* y repasé el primer párrafo. Levanté la vista hacia él. Sonreía.

—¿Le ha gustado el relato, señorita Vegan?

—Me parece que sí —repuse—. No estoy segura de que *gustar* sea la palabra apropiada. Me he reído mientras lo leía, pero al mismo tiempo lo he encontrado algo perverso.

Asintió, pero no dijo nada más. Sus ojos brillaban, sabedores. Parecía un hombre con un secreto.

—Francamente —proseguí en tono defensivo—, no estoy segura de si es bueno o no, si simplemente es un ejercicio de sadismo subliminal o algo más que eso. Y en cuanto al tono, creo que lo he captado.

—¿Le gusta el personaje de Klaus? —me preguntó, echándose hacia delante en su escritorio.

Esta segunda pregunta desnuda me cogió con la guardia baja. Me miró con fijeza, y lo directo de su mirada me asustó. Sentí una presión en el abdomen. Crucé las piernas. Su expresión era torcida, casi pretenciosa, y a pesar de mi incomodidad aguanté su mirada, atraída por lo que parecía saber pero no quería decir. Bajé la vista.

—¿Por qué dice eso? —murmuré—. ¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho. ¿Le gusta?

—¿Qué tiene que ver?

—¿Con qué?

—Con la traducción. Si me gusta o no. ¿En qué cambia la cosa?

—La podría cambiar mucho, ¿no cree? Cambiar el tono de la narración, tal como le decía antes, o el resultado final de nuestro trabajo en inglés.

—Bueno —dije—. No sé si me gusta, profesor Rose. Sencillamente no lo sé. —Escupí las palabras.

El profesor levantó las cejas.

—De acuerdo —dijo, sonriendo ante mi vehemencia—. Tenemos tiempo. Lo descubriremos lentamente, llegaremos hasta allí. Siga adelante y hablaremos la semana que viene.

—¿Y qué hay con respecto al tono?

Hizo un gesto con una mano.

—Lo conseguirá —dijo, y sin otro comentario me despidió.

Esta conversación, durante la que se dijo muy poca cosa, se reprodujo en innumerables diálogos que inventaba en la cama. Discutía con el profesor Rose y me explicaba. Se equivocaba con respecto al tono. Lo sabía. Entendía a Klaus. Había entrado completamente en el relato. Las palabras nuevas nunca las escogía al azar. ¿No podía oír la musicalidad de la lengua que estaba dándole al chico? Vi los ojos verdes del profesor. «¿Y tú qué sabes? —pensé—. ¿Qué ves?» Los viejos siempre creen estar en posesión de la verdad. Por eso mismo le contradecía cuando se equivocaba. A solas, me mostraba de un modo estridente y articulado del que era incapaz cuando estaba ante él. Su presencia me encogía, y aunque eso me irritaba, ansiaba también esa sensación de empequeñecimiento, no veía el momento de volver a sentarme a su lado en la oficina. En mi soledad estos conflictivos impulsos eran francamente tempestuosos. Daba bandazos de uno a otro, rebelde un minuto, manso al siguiente, un cruzado que se volvía de gelatina. Y me dejaba agotada. De haber sabido cuánto iba a durar esta guerra hubiera negociado una tregua, pero el futuro era un enigma.

El bruto empezó a avanzar en inglés. Trabajé duro durante toda la semana. A estas alturas Klaus se movía por la casa tocando cosas, explorando

anatomías tabúes con sigilosos dedos, y las palabras que encontraba para él me excitaban. Cada habitación en la que entra se convierte en una sede de conocimiento secreto, cada objeto en un tesoro porque ha pasado por sus manos. También vi la casa, cada uno de sus detalles, a pesar de que Krüger deja mucho por decir. La imagen de esta casa estaba robada de alguna parte, pero ¿de dónde? Klaus coge una figura: una niña con un ganso. Me resultaba familiar. El chico acaricia el vestido de porcelana, los zapatos. Le da la vuelta. Mientras escribía la escena sentía que me faltaba el aliento, estaba agitada y tuve que detenerme. No traduje nada más durante el resto de la semana, pero ya había hecho quince páginas nuevas. La mañana de mi cita con el profesor Rose me cambié varias veces de ropa, eligiendo finalmente una falda y un suéter apretado. «Lo provocaré —pensé—. Se lo tiene bien merecido.»

El profesor me dedicó una mirada rápida y dura cuando entré en la habitación, me indicó que me sentara y me pasó una versión revisada de mis primeras páginas. El manuscrito estaba plagado de cortes y anotaciones en los márgenes. Sentí como la cara empezaba a arderme. Sin mirarlo, le pasé la parte nueva.

—¿Habrá mirado esas páginas para la semana que viene? —me preguntó. No repuse.

—No se preocupe, señorita Vegan —dijo él en un tono de formalidad—. No es tanto como parece.

Su tono de voz me hirió, me golpeó como una traición, y me quedé mirando al suelo, resuelta a esconder el dolor que se leía en mi rostro.

Leía con la cabeza gris inclinada sobre las páginas mecanografiadas y una mueca de tensión en la boca. «Que te jodan —pensé—, señor Sabelotodo.» Podía oír el sonido que producía su pluma. En una ocasión tosió. Y entonces, como viniendo de ninguna parte, soltó un resoplido. Lo miré. Observaba mis pies.

—¡Dios santo, niña! —gritó a mis pies—. ¡Con el frío que hace fuera! ¿No se congela con esos ridículos zapatos? ¿No tiene otro calzado?

No supe qué decir. De haber sido otro, habría estallado en una carcajada, pero el hombre estaba furioso. Lo miré airada.

El estallido había acabado. Volvió a su lectura como si no hubiera pronunciado una palabra. Lo miré y doblé los brazos. Y entonces me entraron ganas de subirme sobre su escritorio y ponerme a cantar. No sé cantar, pero eso era otro tema. Me imaginé vociferando una canción desde su mesa al tiempo que hacía un *striptease*. Me vi quitándome el suéter y arrojándoselo a la cabeza. Sonreí.

Levantó la vista de la página.

—Esto tiene mejor aspecto —comentó—. Creo que lo está encontrando.

—¿El qué? —le solté. Fue una respuesta seca y brusca.

Me contempló y apretó su dedo índice en el hueco debajo de la clavícula. Y acto seguido asintió. Ese gesto resolvió las cosas, sugería penetración, era casi telepatía. Volví a mirarlo y sentí que la mandíbula se me relajaba, que los labios se me separaban. «¿Quién eres?», pensé. Abarcaba toda mi cara con una soltura que me asombraba. Nos miramos durante demasiado tiempo, y la incorrección hizo que me pusiera a temblar. Mi pregunta se olvidó. Parpadeó, respiró y se recompuso. Su acerada mirada se nubló y el rostro cambió. Entonces estuve a punto de hablar, pero sólo sentí sonido en la garganta, no palabras.

—Tal vez sea un error —dijo—. El relato, ya sabe. —Parecía dirigirse a una tercera persona en la habitación—. Es una especie de caja de Pandora, ¿verdad? —Su voz era suave. No quería que nadie nos oyera, pensé. Y acto seguido habló más alto—: ¿Cuántos años tiene, señorita Vegan?

—Veintidós.

Asintió, pasándose una mano por el pelo.

—Ya veo —dijo. La información pareció entristecerle.

—¿Profesor Rose? —No supe qué más decir.

—Creo que por hoy es suficiente —dijo él. Me miró con expresión desconcertada.

Reuní los libros y salí, cerrando la puerta a mi espalda. En el recibidor le oí murmurar algo para sí. Las palabras eran ininteligibles, pero las pronunciaba con rapidez y soltura, como si se las conociera de memoria. «Está recitando algo», pensé. Deseé haberme encontrado a solas en el pasillo para poder poner la oreja contra la cerradura y escuchar.

Esa tarde volví a ponerme a trabajar en la novela corta. El chico sale de la casa. El fragmento era complicado. Lo reescribí varias veces. Abre la pesada puerta temeroso de hacer ruido, siente el aire nocturno y se desliza a la calle. Cambié los verbos, los adjetivos. Cada vez que lo hacía, veía a Klaus cruzando la puerta y entrando en la calle. Levanté la vista del libro y mi cabeza se puso a vagar. Recordé el camisón blanco que me dio mi madre cuando tenía siete años. Lo había olvidado. Luego me imaginé abriendo la puerta de casa de mis padres y saliendo fuera. Noté los pies desnudos en la hierba húmeda. Vi las luces de Webster a una milla de distancia. «Wee Willie Winkie atraviesa el pueblo a la carrera», pensé. Escaleras arriba y escaleras abajo. En la fantasía atisbaba por una ventana hasta que me contenía. «No mires. Ve a casa.» Recordaba el sonido de la voz del profesor Rose desde el otro lado de la puerta. Me incliné para escuchar las palabras, pero eran monstruosas y suprimí la ensoñación. Entonces me puse a hablar conmigo con severidad. «Mantén la distancia —me dije—, tu sentido de la ironía. Estás perdiendo el control, confundiendo una cosa con la otra. Anímate.» Este pequeño discurso era un intento de salvarme de lo que, de hecho, ya había ocurrido.

Durante los encuentros que siguieron, el profesor Rose apenas si me miró. La novela corta era el tema exclusivo de comunicación entre nosotros. El pequeño Klaus se convirtió en un intermediario. Cuando los jueves nos sentábamos el uno junto al otro, y yo veía su pluma moverse por mis páginas y escuchaba sus críticas, me sentía invariablemente sobrecogida por una excitación y una ansiedad desconocidas. La violenta corrección a la que sometía mi traducción me dejaba vapuleada, pero en ningún caso me hacía sentir desgraciada. Se veía que solía tener razón, y la admiración me hacía comportarme con humildad. Para mí estaba claro que el profesor adoraba el relato, y cuando mencionaba a Klaus su voz solía adquirir una entonación de ternura. Su alemán era perfecto, tan matizado y hermoso como su inglés, y a veces yo me preguntaba por qué había dejado que tocara siquiera el texto. Era extremadamente posesivo con el texto y presumía de un conocimiento de las intenciones del autor que me confundía. En un momento de locura dado llegué a sospechar que lo había escrito él. Pero tenía el librito ante mí, al

completo y con su página de derechos, la sola duda me avergonzó. Así y todo, su relación con *El bruto* era extrañamente personal, y sus opiniones al respecto, absolutas. En cierta ocasión, durante una de las sesiones, me rugió a causa de un párrafo que había malinterpretado.

—Éste es un pasaje de gran tensión sexual, señorita Vegan. Poder erótico... latente, por supuesto, ¡pero presente! Usted se lo ha dejado todo, ¡lo ha vuelto plano! Dios mío, niña, mire esto. No habla de la espalda en general, sino de las caderas. ¿De dónde lo ha sacado? *Lende!* Hay una gran diferencia entre la espalda y las caderas, ¿no cree? ¿Quiere desvirtuar toda la obra?

Bajé la vista a la página y murmuré una disculpa. Acto seguido volví a levantarla. Me miraba con penetración. No sonreía, pero me pareció detectar una ligera ironía en su mirada.

—La próxima vez vigile la anatomía —me dijo.

—Sí, señor —repliqué, y volvimos a la página. Me es imposible saber por qué esta bronca me hizo sentir querida, pero así fue. El corazón es inescrutable.

Ese año el invierno fue corto, y larga la primavera. Mi vida siguió puntuada por los jueves con el profesor Rose, durante los cuales nada y todo sucedía. Mientras, poco a poco, me iba abriendo camino hacia la última ensoñación vindicativa de Klaus. Había otra gente en mi vida, y veía mucho a Ruth. Aunque no le hablé del profesor, compartimos todo lo demás, que básicamente se reducía a libros y hombres. A Ruth le gustaba llamar *pretendientes* a los chicos que nos rondaban. Era una palabra grandilocuente que hacía pensar en Homero y en Austen, y servirse de ella daba una especie de formalidad artificial al desorden de las «citas». Esos jóvenes eran de lo más variado, pero muchos —algunos más para mí que para Ruth—, y lo cierto es que no los recuerdo a todos. El clima templado volvía ávidos a los muchachos. Todos perseguían un objetivo, y algunos creían que ese objetivo era yo. Sus estilos variaban, pero en la puerta siempre solía haber vacilaciones o riñas. Los más osados me atacaban con todo su cuerpo, me sujetaban en el rellano fuera de mi apartamento y me plantaban húmedos

besos en los labios. Un estudiante que había estado conferenciando severamente sobre Kierkegaard durante toda la cena me levantó del suelo para poder besarme en la acera delante de mi edificio. La acción me asombró tanto que me vi obligada a reprimir la risa. Otros eran tímidos, carraspeaban y vacilaban al final de la velada, mirándome expectantes, esperando que los invitara a quedarse. Stanley, un judío ortodoxo que vivía con sus padres en Riverdale y estudiaba literatura del Renacimiento, se encontraba entre los tímidos. Antes de nuestra única cita para cenar tuvimos largas charlas al sol en la escalinata de la Biblioteca Low. Supongo que Stanley se enamoró de mí durante esas charlas acerca de la vida y los libros, pero también es probable que estuviera enamorado de otra persona, de otra persona que no era yo. Su leve amaneramiento y la cuidada conversación me hacían sentir grande, pesada y casi tosca cuando me encontraba a su lado. En su presencia sólo se me ocurrían chistes irreverentes, indirectas sexuales y un entusiasmo generalizado por lo prohibido. No podía evitarlo. Stanley parecía disfrutar con mi jerga, y la verdad es que me gustaba. Fuimos a un restaurante chino, y mientras comíamos me di cuenta de que estaba temblando, pero hablamos y bebimos cerveza y nos reímos y sus manos dejaron de agitarse. Cuando me acompañó a casa, me besó en la puerta. Tenía el rostro arrebolado, y desde tan cerca sus rasgos eran delicados y encantadores. Le dije que entrara, pero en el último minuto desapareció y no volvió a llamar. Probablemente fue mejor así. La atracción que sentía por Stanley duró poco. Creo que le quise porque nunca me presionó. Ése era el problema con muchos de los chicos. La intensidad de su deseo me resultaba claustrofóbica. Respiraban encima de mí, me daban empujones, tirones y llegaban incluso a rogarme que les concediera algún misterioso don del que me creían poseedora. Pero lo cierto es que no lo tenía; no tenía lo que ellos querían. Sé que soñaban con un triunfo sexual, con un cataclismo erótico que borrara sus ansias, y sé que eludiéndolos no hacía otra cosa que incrementar sus deseos, convertirme en una especie de ser vaporoso de cabello rubio y ojos azules. No podía reprochárselo. La distorsión es parte del deseo. Siempre modificamos las cosas que queremos.

Más adelante esa misma primavera mi vida cambió de tres modos decisivos. Me quedé sin dinero, Ruth se enamoró y Paris volvió a aparecer. Mayo fue un mes hermoso: semanas cálidas y claras que me desasosegaban; me hubiera gustado salir cada noche, pero mi estipendio estaba llegando a las últimas. No había pagado el alquiler del mes de mayo y vivía temiendo la visita del señor Then, mi casero que vivía en Nueva Jersey. Ése era su nombre real: señor Louis Then. No le había visto nunca, pero ese apellido espectral era espantosamente apropiado para mi situación, puesto que traía a la mente lo ya ido, el pasado debido.[1] Empecé a excusar mi asistencia a cenas en restaurantes cuando sabía que tendría que pagar, y subsistía gracias a una dieta de fideos y huevos. Perdí peso. Necesitaba zapatos nuevos, pero no podía permitírmelos. Hoy en día no puedo entender cómo no pedí ayuda a mis padres. Tenían muy poco dinero, es cierto, pero me habrían dado felices lo suficiente para unos zapatos. Pero no me animé a hacerlo. Pedir habría significado admitir el apuro, no sólo ante ellos, sino también ante mí, y yo era una persona testaruda. Aunque mis zapatos tenían agujeros en las suelas, era distinto con el resto de mi persona. De hecho, me di cuenta de que estudiantes mucho más ricos que yo afectaban pobreza, llevando vaqueros rotos y camisas andrajosas. A diferencia de ellos, yo siempre iba limpia y planchada y era muy cuidadosa con la ropa. Ocultaba mis estrecheces incluso a Ruth, aunque ella se lo imaginaba y pagaba más comidas de las que le tocaban y me traía regalos que según ella no eran caridad. Los padres de Ruth le mandaban dinero cada mes y ella lo compartía conmigo. La quería por eso, aunque las deudas me hicieran sufrir. Todo esto sucedía antes de que Ruth conociera a Robert Cohen y desapareciera envuelta en una nube de amor. Estaba, cómo no, en publicidad, pero como Ruth decía —más bien a la defensiva, pensaba yo— adoraba a Wittgenstein. Mi amiga apenas paraba por casa, y cuando daba con ella, desbordaba de noticias sobre el notable señor Cohen. Supongo que yo debía de tener celos, pero evité cualquier tipo de confrontación y me limité a retirarme de la escena. De todos modos echaba terriblemente de menos a Ruth, y una vez se hubo ido entendí el color que su presencia daba a la mía. Ella ponía la nota romántica y dramática. En cierta ocasión en que un amigo mutuo me preguntó por mi apartamento y yo repuse

que era pequeño y oscuro, Ruth se rio y dijo: «David, es una madriguera infestada de ratas, una buhardilla de estudiante, horrible pero maravillosa». Lo decía en serio. A mediados de mes volví a casa una tarde para descubrir que un ratón había hecho un agujero en un paquete de macarrones, dejando sus cagarrutas por toda mi comida, y mientras enjuagaba la pasta debajo del grifo, empecé a llorar. Lloré durante toda la comida y no paré hasta que hube lavado y puesto a secar el último de los platos.

Por esa misma época asistí a una cena a la que también estaba invitado Paris. Me había invitado Tim, un chico apuesto y flemático de mi clase de lingüística y filosofía. Fui, tentada sobre todo por la idea de una comida importante. Recuerdo que la cena tuvo lugar en un enorme y destartalado desván en White Street, y que la daba un pintor llamado Sam que había vuelto todos sus cuadros contra la pared para la ocasión, que su novia era bonita y callada, y que dos de los otros convidados, Jonathan y Rita, me fueron presentados como «equipo interpretativo».

—Trabajan con objetos —explicó Sam, pero no conseguí saber lo que esto significaba, y durante la fiesta tuve ocasionales visiones en las que los veía como malabaristas.

Paris llegó el último, vestido con un traje de un color rosa profundo, y cuando lo vi entrar por la puerta, sentí un espasmo de incomodidad. Pero él me saludó como un viejo amigo.

—Iris, Iris, Iris, ¿cómo estás? —Se me acercó más a la cara—. Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien? ¿La ciudad se porta mal contigo?

—Estoy perfectamente —dije—. Éste es Tim. —Cogí el brazo de mi amigo. Creo que era la primera vez que lo tocaba. Tim sonrió.

Cuando nos sentamos a la mesa, Paris se plantó directamente frente a mí. Por desgracia nos dieron pasta. La conversación vagó. La he olvidado casi por completo. Se habló de artistas que no conocía, de galerías y de sus políticas. Tomé tres platos de pasta y fui pasando la vista de uno a otro de los convidados. La novia hermosa, Laura, comía deprisa y fumaba. Tim demostró estar bien informado, pero lo comentaba todo con el mismo tono

aburrido. Jonathan y Rita, sin embargo, se comportaban con vivacidad y tenían la misma risa. Me hizo preguntarme si años de intimidad podían producir un tono compartido en un sonido primitivo como la risa. Yo procuraba no poner los ojos en Paris, lo que resultaba difícil. Requería mi atención aun en los momentos en los que no me hablaba a mí, llegando hasta el extremo de inclinarse hacia un lado para mantenerse en mi campo de visión. Nadie excepto yo pareció darse cuenta, y aparenté indiferencia. Hasta que Paris trajo el cuadro a colación. Yo había perdido el hilo de la conversación, pero el nombre me lo devolvió.

—*La tempestad* de Giorgione —decía Paris—. No hay nada mejor.

Miré a Paris a los ojos.

—Tienes razón. Nunca he ido a Venecia, sólo la conozco por reproducciones. Debe de hacer tres años que vi el cuadro, pero me causó una gran impresión. Lo recuerdo bien.

—¿Es el de la mujer y la tormenta? —preguntó Rita.

Paris asintió sin volverse para mirarla. Tenía la vista fija en mí.

—¿Tienes buena memoria para los cuadros?

—Sí, y especialmente con éste.

—¿Podrías describirlo?

—¿Es un examen?

Todos los presentes permanecían en silencio.

—No, en serio, me interesa...

—Adelante, Iris —dijo Tim—. Si lo he visto, no lo recuerdo.

—Pues bien —dije, consciente de que los seis escuchaban. No miré a nadie, centrando la vista en la parte trasera de una de las telas de Sam—. En primer plano, a la derecha, se ve a una mujer sentada en la orilla. Se ocupa de un niño; no un bebé, un niño que también se sienta en el suelo. Me parece que uno de sus brazos descansa sobre el hombro del niño y tiene el otro sobre la rodilla. Está desnuda excepto por la tela que lleva sobre los hombros. —Cerré los ojos para verlo mejor, para recordarlo con exactitud—. Muestra el pecho derecho, que el niño chupa. Ella tiene el cuerpo vuelto de lado, pero mira hacia arriba, con los ojos levantados, mira hacia fuera del cuadro, y su rostro, su expresión es... —negué con la cabeza—, es apacible, remota, y

sientes que ha levantado la vista por un instante y te ha visto, y que ese simple segundo es para siempre. —La última frase la tartamudeé, azorada por la emoción que sentía—. Delante de ella crece el follaje más delicado, que se le dibuja en la pálida piel de la pierna sin esconder su forma. Detrás de ella hay un árbol alto, poblado pero delgado, y otros árboles hacia la izquierda, también jóvenes y delgados. Detrás de ella se ve un puente y los edificios de una ciudad, pero por alguna razón parecen muertos y deshabitados. Y luego está la tormenta con nubes oscuras en lo alto y un rayo exquisito que es lo que da al cuadro su peculiar iluminación. No es una luz real, sino una especie de luz interior, la luz de recuerdos muy marcados. No puedo explicarlo, pero incluso cuando miras la pintura sientes que ya es pasado, que ya la has visto. Tal vez sea por la fuerza del efecto posterior. Quiero decir que el cuadro en sí es recuerdo, está más allá de la vida y por consiguiente lo que haces es recordar un recuerdo... —Tosí, me llevé la mano a la boca y bajé la vista. Estoy segura de que me puse colorada.

Tim fue el primero en hablar.

—Es asombroso.

—¿Has terminado? —preguntó Paris.

Asentí.

—¿No te has olvidado de algo?

—¿Sí?

—¿De qué? —preguntó Jonathan—. Ha sido de lo más específica.

—Sí, sí que lo ha sido, es verdad —dijo Paris. Golpeó tres veces el tenedor contra el plato.

Miré a Sam.

—Tú recuerdas la pintura, ¿verdad? ¿Qué he olvidado?

—En el cuadro hay un hombre —respondió Paris por Sam.

Sam asintió.

—No me lo puedo creer —dije—. ¿Dónde está? ¿En algún lugar del fondo?

Sam me miró.

—No, está en primer plano en el lado izquierdo, mirando en dirección a la mujer. Lo extraño es que recordaras detalles que habían desaparecido por

completo de mi cabeza: el modo de sentarse, la ropa, los árboles...

—Creía que lo recordaba exactamente —dije.

—Y así es —dijo Paris.

—He borrado toda una persona.

—Porque te metiste por completo en el cuadro.

—¿A qué te refieres, Paris? —Rita dobló el cuello para verle.

Vi que Laura tenía los codos sobre la mesa y descansaba la mandíbula sobre las manos. Me miraba con fijeza.

—Te transformaste en el hombre —dijo Paris—. Te pusiste en su lugar e inmediatamente lo borraste del cuadro. Él también es un espectador, casi un doble de la persona que contempla la pintura. Para ti era prescindible. Lo miraste pero no lo viste.

Intenté recordar al personaje olvidado.

—No sé qué decirte, Paris —comentó Jonathan—. La gente olvida todo tipo de cosas.

No podía recordarlo para nada.

—No alguien capaz de recordar tan bien una obra de arte —dijo Paris con una sonrisa.

—¿Estás diciendo que es normal olvidarse del hombre? —preguntó Rita a Paris.

—En este caso era natural, natural para Iris.

Su comentario me provocó una leve contracción en el pecho. Hasta que pasó. Contemplé a Paris. Volvía a golpear el plato con el tenedor.

—¿Qué estás haciendo, crítica o psicoanálisis? —preguntó Tim.

—Una pizca de cada. —Paris esbozó una amplia sonrisa al otro lado de la mesa.

—¿Qué tipo de amistad tenéis Iris y tú? —preguntó Laura en voz alta.

Paris miró con dureza hacia su izquierda y siguió con la vista puesta en la chica durante un par de segundos, antes de comentar:

—Dios mío, sabe hablar.

Laura volvió a bajar la vista al plato, nerviosa. Vi como el ojo derecho, el pómulo y el labio superior se convulsionaban en un tic. Y entonces sucedió de nuevo. Rita, que estaba sentada junto a Laura, se volvió hacia ella. Nadie

habló. Sam dedicó a Paris una mirada de reprobación, y yo sentí la tensión del enfado en los hombros y en el cuello.

—Apenas nos conocemos —dije con voz estentórea y la vista fija en Laura—, pero eso no representa ningún freno para Paris. Para él basta con una mirada. Al cabo de dos minutos de conversación te dirá exactamente cómo eres, y dudo que alguna vez se le haya ocurrido pensar en cuánto se equivoca. —Quería seguir hablando, pero me contuve.

Paris se apuñaló con un cuchillo imaginario.

—Laura —dijo Sam, poniéndole la mano sobre el hombro. Y entonces bajó el tono de voz.

Paris se inclinó sobre la mesa y me sonrió.

—Eres como un mazazo —dijo—. Eso me gusta. Y además me lo he buscado.

Le hice una mueca. Pero sus palabras hicieron tambalear mi convicción. «No para de moverse —pensé—, se desplaza evitando que le alcance.»

La cena acabó poco después de eso, y yo seguí reconstruyendo el cuadro en mi cabeza, intentando rescatar al hombre perdido, pero no tuve suerte. Di gracias a Sam y me despedí de los otros invitados. Le hice un gesto a Paris, que hablaba con Laura, y se apresuró a venir a mi lado.

—Mañana te enviaré una reproducción —dijo.

—Puedo arreglármelas, Paris.

—No hace falta. Te la enviaré por mensajero. Pero tienes que darme tu dirección.

Sentí la presencia de Tim a mi costado, la manga de su abrigo tocando el mío.

—En serio, te digo que no te preocupes.

Acercó la boca a mi oreja.

—Tienes que verlo, tienes que verlo a él. —Enfatizó la palabra *él* y yo me aparté.

Anoté mi dirección y mi número de teléfono en un trozo de papel y se lo pasé. No se trató de un acto casual. Mientras garrapateaba las letras y los números era consciente de la deliberación que llevaba implícito el acto. Paris me cogió el papel de la mano y se lo guardó con cuidado en la cartera.

Tim paró un taxi para volver al Upper West Side.

—Ese Paris es un personajillo de lo más extraño. ¡Menudo traje! — comentó.

—Tal vez, pero no es idiota. —Me había expresado con dureza, y mi tono me cogió por sorpresa. Estaba defendiendo a Paris. Suavicé la voz—. Por supuesto que tienes razón. No se parece a ninguna otra persona.

El mensajero era sordo. Debió de notar las vibraciones del interfono, porque entró sin problema. Firmé el papel que me pasó, y mientras le daba las gracias saqué un libro del sobre acolchado: *Pintura italiana: 1500-1600*. Paris había marcado la página con una nota. «Aquí la tienes. Lamento que esté en blanco y negro; es lo mejor que he podido conseguir. La pregunta en cuestión es la siguiente: ¿Quién es el tipo?» El hombre estaba de pie en la esquina izquierda de la pintura y sujetaba un bastón. Lo miré durante un buen rato. No me resultaba familiar. Era como si lo viera por primera vez, mientras que el resto era tal como yo lo recordaba. «Pero, al desaparecer, ¿dónde había ido?, ¿cuántos otros se encuentran allí? —pensé—. Personas y cosas vistas y luego olvidadas, sin dejar nada detrás, ni siquiera el que se sepa su ausencia.» Miré la pintura y luego los apacibles ojos de la mujer y después su pierna levantada y las hojas que le marcaban con su dibujo la carne.

Las dos últimas semanas de clase me las compuse para vivir sin apenas nada. Me quedaba un billete de veinte dólares en la cartera. Me prometí que no lo cambiaría hasta que encontrara trabajo. Para cenar contaba con una caja de arroz, seis huevos y dos paquetes de espaguetis. Recorría todos los restaurantes de la parte alta de Broadway buscando trabajo como camarera. No tenían vacantes. Yo seguía obstinada, repetía la misma pregunta con la misma voz muerta, escuchaba la negativa y volvía a salir a la calle. Hay un tipo de desesperación que la gente no siente y que, por consiguiente, no le preocupa. Ése era mi caso. Ahora me compadezco de esa niña pateando el pavimento, pero cuando lo hice era más dura que una piedra. La pobreza me volvía estúpida. Pasaba mucho tiempo pensando en zapatos bonitos, elegía los que más me gustaban en un escaparate para después cambiar de idea. Este

juego me mantenía ocupada, y al principio lo jugaba sin remordimiento ni envidia por las mujeres jóvenes que entraban en las tiendas, pero con cada día que pasaba mi deseo se incrementaba. Los zapatos estaban fuera de discusión. Empecé a ansiar las inútiles baratijas que se vendían en la calle, y el día antes de ir a ver al profesor Rose por última vez esa primavera, sucumbí y me compré un pasador para el pelo —imitación de concha con adornos dorados— pagando con el billete de veinte dólares. La adquisición era un desatino y me maldije por ello. Lo que quería no era el pasador, era el cambio, el acto de salir de allí con dinero. Durante unos minutos me procuró una sensación de libertad.

Acabé *El bruto* esa misma noche. El pobre tío Frederick flota inflado por las proximidades del candelabro y estalla en pedazos. Esta vez el final me entristeció, pero la sensación me resultó agradable. «Mañana —me dije—, hablaré con el profesor Rose.» Preparé un discurso. Lo que finalmente salió, sin embargo, era tan tibio y velado que sólo un clarividente hubiera podido leer pasión allí. De todos modos, cada vez que ensayaba las palabras me quedaba sin aliento y boqueaba en busca de aire. A la mañana siguiente estaba hecha un manojo de nervios y no paraba de dar vueltas por el apartamento como un pájaro herido. Me puse el pasador de pelo. La esperanza tenía algo de patético, pero me consolaba pensando que yo era el único testigo de ello.

Al llegar ante la puerta de la oficina del profesor Rose respiré hondo antes de llamar, y cuando oí el sonido de su voz, entré. No levantó la vista. Tenía la cabeza inclinada sobre unos papeles en su escritorio. Vacilé antes de empezar.

—Profesor Rose, hace mucho tiempo que quería decirle lo mucho que ha significado para mí trabajar con usted...

Levantó la vista y vi una expresión amable.

—Lo siento, señorita Vegan. ¿Qué decía? Estaba enfrascado en esta disertación, no tiene ni pies ni cabeza. De momento es un puro galimatías...

Yo ya me había olvidado de las frases que tenía preparadas.

—¿Qué decía, señorita Vegan?

—Por favor, llámeme Iris —dije con voz titubeante—. Me gustaría que

me llamara Iris.

—De acuerdo, Iris —dijo, mirándome con vago regocijo.

—Ya tengo todo el manuscrito —dije—. Lo he vuelto a pasar a máquina. —Mi voz encerraba una nota de histerismo que me dejó preocupada. ¿Qué estaba haciendo? Mi estómago emitió un ruido. Me había saltado la cena de la noche anterior y el desayuno de esa mañana como penitencia por la compra del pasador. Volvió el sonido, un prolongado retumbar.

El profesor Rose levantó las cejas y una de las comisuras de su boca se movió.

Moqueé. Estaba a punto de ponerme a llorar. «No lo hagas —me dije—. No lo hagas.»

—Iris —me dijo el profesor—. Mírame. ¿Estás bien?

Eché un vistazo a su expresión compasiva y me puse a llorar en serio.

Movió las manos en el aire, repitiendo un gesto semejante a un amago de aplauso.

—Dios santo —soltó—. ¿Qué sucede?

—No lo sé —gimoteé al tiempo que me sonaba en un pañuelo de papel que me había pasado.

—¿Has desayunado?

Negué con la cabeza.

—Pues vamos a comer algo. —Se levantó y cogió la chaqueta, que colgaba del respaldo de una silla.

El profesor Rose me trajo huevos con beicon en el Tom's Restaurant en Broadway con la calle Ciento trece. Me observó con sobriedad mientras devoraba la comida. Me lo comí todo, rebañando los restos de huevo con la tostada.

—Estabas hambrienta —me dijo.

—Por las mañanas tengo mucho apetito —repuse, evitando su mirada.

No comentó nada al respecto, y seguimos sentados en silencio hasta que finalmente dijo:

—¿Sabías que en casos de emergencia la universidad hace préstamos?

Me puse colorada. Vi a una mujer frente a nosotros que hablaba con mucha suavidad a una gran bolsa de papel que había en el asiento a su lado.

Sólo había pedido café. Mientras le hablaba a la bolsa, se iba metiendo azucarillos en los bolsillos. Eché un vistazo a la superficie de formica de la mesa. El profesor Rose se llevó la mano al bolsillo y sacó una cartera.

—No —le dije—. Por favor. —Levanté las manos como poniéndome en guardia ante un golpe.

—Iris —dijo—. Como tu amigo.

—Por favor, es que no lo entiende. No puedo devolverle el dinero. Ni siquiera tengo trabajo.

—No es un préstamo. —Su voz era suave.

—No puedo —dije, negando con fuerza.

Empujó cuatro billetes de veinte dólares sobre la mesa. Miré el dinero. Con él podría quitarme de encima al señor Then. Era deprimente desearlo tanto.

—No —dije. Una aguda punzada en el estómago me hizo moverme en el asiento.

—Cógelo.

No toqué el dinero. Levanté la vista hacia él.

—Este verano le echaré de menos —le dije—. No habrá nadie que me pegue broncas. En otoño vendré a hacerle una visita.

—En otoño ya no estaré aquí. Me voy a Carolina del Norte. Creía que ya lo sabías.

No tenía ni idea.

—Gracias por el desayuno —le dije—. Es el mejor desayuno que he tomado en mucho tiempo. —Me levanté. Me dolía el estómago.

El profesor Rose recogió el dinero, pero cuando estábamos junto a la puerta a punto de partir, deslizó los billetes en mi bolsillo. Lo hizo con la habilidad de un ladrón, y su agilidad me pareció admirable. Sacaba a relucir una vertiente de él que desconocía y era incapaz de imaginar. Me quedé con los ochenta dólares. Me salvarían.

En el exterior de Tom's lo miré, la cara y el cabello, los hombros en la fina chaqueta, y resistí el deseo de tocarlo, de acercarme a su lado y apoyar la cara en su cuello. Me devolvió la mirada y negó con la cabeza, sonriendo.

—¿En qué piensa? —le pregunté. Me sentía mejor al aire libre. El viento

me soplabla en la cara, echándome el pelo hacia atrás.

No repuso.

—Escúchame —dijo al fin—. Ve a la Biblioteca Low y pide un préstamo para casos de emergencia. Podrás conseguir hasta trescientos dólares. Hazlo ahora.

Asentí.

—Adiós. Te veré cuando vuelva. —Se volvió deprisa sin darme la mano y se alejó caminando. Le observé partir y yo me dirigí en la dirección contraria. No me acordé de la traducción hasta haber recorrido media calle. Corrí detrás de él gritando: «¡Deténgase! ¡Deténgase!». No me oyó. Llegué a su altura y lo agarré del brazo. Al volverse vi una expresión rabiosa, surcada y contraída por la emoción. Su expresión me asustó, y creo recordar que me eché hacia atrás, excusándome sin saber de qué.

—Lo siento, pero se me olvidó darle esto. No sabía adónde enviárselo. —
Le pasé el manuscrito.

Lo cogió con la mano izquierda y con la que tenía libre me cogió la mía. No era un apretón. Me estrujó los dedos hasta que me dolieron los huesos, mirándome, la boca con una expresión feroz, los ojos fijos. Y acto seguido la soltó.

Abrí la boca para decir algo, pero él negó con la cabeza y me puso un dedo cerca de los labios. Por segunda vez se volvió y me dejó, pero en esa ocasión pude ver una urgencia en su paso que antes no estaba allí.

No volví a ver al profesor Rose hasta al cabo de un año y medio. El recuerdo de nuestra despedida seguía fresco en mí, lo atesoraba como símbolo de un sentimiento inexpresado. Me pasé todo el verano hablando con su fantasma, diciéndole a la sombra lo que quería decirle al hombre. Durante los siguientes tres meses me mantuve por mí misma con tres trabajos a tiempo parcial: como profesora de natación en la YMCA,^[2] de maniquí en Bloomingdale's y de camarera en un bar del SoHo. Me gustaban los nadadores, y las horas que pasaba con ellos en la cámara de ecos de la antigua piscina del centro eran un respiro del mundo. Braceaban, jadeaban y se agarraban con fuerza

mientras los sostenía de uno en uno, guiándolos por el agua poco profunda. Dos veces a la semana gastaba los suelos de Bloomingdale's vestida con un ridículo atavío fabricado con tela de paracaídas: un mono de color rojo chillón, apretado y sin respiración, con seis cremalleras. Resultado de las fantasías futuristas de alguien, no había sido pensado para incrementar la dignidad de su portador, pero yo lo sufría por veinte dólares a la hora, y siempre que tenía la oportunidad me escabullía al servicio y me ponía a leer novelas en uno de los cubículos. Pero la mayor parte de mi dinero lo ganaba en el Rudy's, una pretenciosa taberna de reducidas dimensiones en West Broadway que servía viejas ensaladas y quesos suaves a una clientela acomodada, y en donde las uniformemente hermosas camareras discutían las cualidades de la cocaína, los quaaludes y otros estupefacientes, argumentando en favor de éste o aquél con la energía de jóvenes filósofas. Mis compañeras de trabajo interpretaban mi silencio con relación al tema como una condena moral, pero lo cierto es que las drogas siempre me han dado miedo. Los sustos y escalofríos que pueden depararte estas sustancias no me atraen lo más mínimo. Siempre he procurado mantener el equilibrio, y no perderlo. Mi sistema ya era de por sí difícil, propenso a las náuseas, estaba siempre al límite. No anhelaba interferencia alguna. Así y todo, envidiaba a esas chicas su alegría, su resistencia. Trabajaban duro y se mostraban indiferentes, haciendo caso omiso de todo lo que de desagradable pudieran tener los clientes: su impaciencia, rudeza o chistes verdes. Tenían mano izquierda. Mientras yo, por mi parte, me desplazaba con dificultad, me ponía rígida con cada comentario o mirada impúdica, conteniendo las ganas de replicar o volcar un vaso de chardonnay sobre una cabeza de buena cuna, y al final de la noche me sentía invariablemente machacada. Pero de todos modos no consideré una sola vez dejar el trabajo. Lo necesitaba para pagar el alquiler, y me sentía afortunada de tenerlo.

Una noche levanté la vista y vi a Paris sentado a una mesa cerca de la ventana. Era tarde y estaba solo. Verlo me hizo dar un brinco. Lo primero que me dije es que tenía algo de superstición. «Tengo que superarlo. Nunca me ha hecho nada. De hecho, en cierta medida me atrae.» Me acerqué a la mesa y Paris me dedicó una sonrisa, pero parecía menos animado que antes, y me di

cuenta de que me gustaba más así.

—¿Recibiste el libro? —susurró audiblemente.

—Sí —susurré a mi vez—. Pero no tengo ni tu dirección ni tu número, por lo que no pude darte las gracias. Muchas gracias.

Me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Esta vez lo viste?

—Sí —repuse en voz alta.

Paris hacía como si nuestra conversación fuera secreta, miraba a los lados de modo exagerado.

—¡Chisss! —soltó—. No querrás que ellos se enteren, ¿verdad?

Sonreí y negué con la cabeza.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente.

Paris se quedó hasta que terminé de trabajar, y tras bajar por la calle hasta La Gammelle compartimos una botella de vino. Esa noche no me contó exactamente la historia de su vida. Cuando lo dejé sabía poco más que cuando nos sentamos por primera vez, pero mencionó a su madre, a una hermana y la población de Nueva Jersey en la que había crecido. Puede que fuera consciente por su parte, pero estos detalles lo cimentaban y me libraban de la impresión de que había aparecido desde ninguna parte ya crecido y vestido con un traje de colores brillantes. Durante nuestra conversación Paris se echó hacia delante con frecuencia, gesticulando significativamente, y sólo muy de cuando en cuando apartó la vista de mí.

—Tú no eres como los demás —me dijo tras una pausa.

—Pues yo creo que en muchos sentidos soy como los demás.

—No. Tú puedes volar.

Lo miré fijamente.

—Todo lo que tengo que hacer es empezar a mover las alas, ¿no es cierto?

Paris asintió muy lentamente.

—Eso mismo. —No sonrió y tampoco había rastro de ironía en su rostro.

—No tengo la más remota idea de lo que me estás diciendo —le dije.

—A veces las palabras tienen que calar un poco, ya sabes, reposar en el

fondo por un tiempo.

Una muchedumbre se había agolpado en el bar, y oí a una mujer que decía:

—No lo soporto. Se ha vuelto chiflado, anda por la cocina en ropa interior y hablando consigo como si yo no estuviera allí...

«No parece tan serio», me dije. Paris no dijo nada más acerca de volar, pero seguimos hablando, y justo antes de despedirnos me pidió que me fuera con él un mes a Los Ángeles. Tenía dinero para llevarme y no ponía ninguna condición. Mis obligaciones en Nueva York eran mínimas. Tenía tres trabajillos «de mala muerte» que podía dejar sin dificultad. Al principio pensé que hablaba en broma, pero no era así. Le dije que no, y pareció aceptar la negativa de buen humor. Al partir me dio uno de esos besos europeos al aire. Esa noche, echada en la cama, pensé en él, imaginé un hotel en algún lugar de Beverly Hills y en mi cabeza era un cliché de lujo: paredes pintadas de azul, pesados cortinajes y, en el cuarto de baño, accesorios de reluciente latón. Dormí profundamente toda la noche, pero justo antes de abrir los ojos tuve un sueño o una visión medio despierta. Un pequeño gorrión marrón voló hasta mi cara.

A mediados de junio me robaron. A la postre se trató de un robo fantasma porque no tenía nada que robar: ni televisión, ni equipo de música, ni dinero escondido debajo del colchón. En ese momento ni siquiera tenía máquina de escribir. Llegué a casa y me encontré la puerta abierta, la ventana abierta y todo patas arriba. Eso era todo. Recogí la ropa y los libros y me gasté el dinero que había estado ahorrando para comprarme un vestido en una cerradura de seguridad. Una semana más tarde, una joven estudiante de arquitectura llamada Louise Hartwig fue violada en el ascensor por un hombre tapado con una máscara de esquí un día que hacía más de treinta grados. La policía interrogó a todo el vecindario, pero por lo que yo sé jamás dieron con la persona que lo hizo. La chica dejó la ciudad. Su padre vino a recoger sus cosas. Le vi acarrear cajas de libros hasta un coche familiar aparcado delante del edificio. Debía de ser su padre. Ella se le parecía.

Recuerdo que cuando pasé a su lado en el recibidor estudié brevemente su cara, esperando detectar en ella algún rastro de sufrimiento, pero sólo parecía cansada.

No mucho después de la violación empecé a ponerme el traje. Ruth no me lo había reclamado nunca. Era uno de esos trajes de entretiempos, de una lana muy fina, algo caluroso pero llevable. Después del trabajo me ponía el disfraz y volvía a casa en el metro. Llevaba el sombrero, y me recogía el pelo debajo. Mi cohorte en el Rudy's se metía conmigo por el nuevo hábito, pero yo tenía una explicación de lo más razonable.

—Así nadie me molesta —les decía—. En la oscuridad la gente piensa que soy un hombre.

Recuerdo una noche en la que al salir del cuarto de baño di con Izzy, otra de las camareras. Se llevó las manos a las caderas y me miró de arriba abajo.

—Tú estás chiflada, Iris. Completamente loca, te lo digo en serio. —Pasé de largo. Y ella me llamó—. ¡Menudo bicho raro!

—Isabel —le respondí volviendo la cabeza—. Que te den por saco.

Esta frase, carente por completo de interés en sí misma, a mí me resultó extraordinaria. Jamás había dicho esas palabras con anterioridad. El insulto me había salido con soltura, de forma natural, y de pie en el exterior del Rudy's pensé: «Es por el traje». Las ropas eran más que una armadura. Me transformaban. La persona que había saltado para hablar era alguien distinto a mí. Me calé más el sombrero, metí las manos hasta el fondo de los bolsillos y empecé a bajar por la calle silbando. Nunca silbaba. Soy un hombre nuevo, pensé para mí, y me reí en voz alta. Mi deambular dio comienzo esa misma noche y duró todo el verano. Caminaba y caminaba, de un vecindario a otro, mirando a todos y a todo, concediéndome largas miradas. Nueva York nunca está en calma. Hay esquinas inmóviles, calles vacías durante unos minutos, pero la paz se termina pronto. La gente charla, canta, grita. Una rata corre a esconderse. En cierta ocasión vi cómo un hombre frenaba en seco su coche y empujaba a una mujer hasta sacarla por la puerta. Estaba histérica y se puso a golpear la ventanilla, ronca de tanto aullar. El hombre se marchó y ella, viendo como se iba, se llevó las manos al estómago como alguien a quien han golpeado y empezó a alejarse andando, inestable en sus tacones altos.

Durante mis paseos fui testigo de numerosas escenas de amor, odio e indiferencia. Mi intención era sólo mirar, mantenerme a distancia, pero esto no siempre era posible. Una joven se me acercó un jueves por la noche. Bleecker Street estaba abarrotada y ella se dirigió directamente hacia mí. Supuse que quería saber una dirección, pero me cogió de la mano y dijo:

—¿Sabes lo que ha hecho?

—No —repuse. La chica era baja y llevaba gafas gruesas. Percibí una raya gris de suciedad en su cuello.

—Los caballos —gruñó—. La muy perra ha robado los caballos.

Me moví hacia atrás, pero me agarró del antebrazo y me clavó las uñas en la piel.

—Del establo.

Solté el brazo y me apresuré a seguir bajando por la calle, aliviada de que no me persiguiera. Entendí entonces que la confrontación era inevitable. Era el riesgo que venía con cada paso que daba, y aunque no quería buscarme problemas, con el tiempo me volví más osada, entrando en bares en los que con anterioridad no habría entrado sola, entablando conversaciones con extraños a los que antes habría evitado. La gente solía mostrarse amigable y deseosa de entablar conversación. Me contaban sus historias: largos e inconexos recuentos de accidentes y divorcios, enfermedades, muertes, dinero que iba y venía. Pero no me preguntaban por mí y yo tampoco les daba información. Yo era Iris, la oreja ambulante, hasta una noche en que respondí a una sencilla pregunta.

Había descubierto un bar muy agradable por debajo de Canal Street, el Magoo's. Empecé a ir allí nada más salir del trabajo, poniendo el oído mientras me tomaba un brandy. A la semana de dejarme caer por allí cada noche, el encargado del bar se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Y tú cómo te llamas?

Me gustaba. En todo momento me había dejado a solas, en todo momento se había mostrado respetuoso conmigo. Tenía todos los motivos para decirle la verdad. Le mentí.

—Klaus —repuse—. Me llamo Klaus.

—Es un nombre muy gracioso para una chica —comentó—. Alemán, ¿no

es cierto?

—Sí. Es una abreviación de Klausina.

Me miró confundido.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunté a mi vez.

—Mort.

—Muy bonito —dije—. Me gusta Mort.

Klaus nació en un bar, mi Klaus al menos. *El bruto* encontró su segunda encarnación en mí, y en cuanto adopté su nombre, supe que a partir de ese momento las noches pertenecían a Klaus. De hecho, llevaba un tiempo rondando. La mentira era una especie de verdad, una suerte de anuncio. La respuesta que le di a Mort catapultó al mundo al homúnculo durmiente, que se despertó convertido en hombre. Jamás hubiera pasado en Webster. Mi pueblo es demasiado pequeño. La gente habla. Pero en la ciudad era fácil cambiarme de nombre, ser otro. Yo era simplemente otro personaje, y uno no demasiado extravagante. Nadie cuestionaba mi nombre o mi apariencia. De todos modos, tuve unos pocos avisos. Una vez por poco doy de cabeza con un grupo de estudiantes graduados de Columbia en Broome Street, y en otra ocasión salí disparada del Magoo's cuando vi entrar a un vecino de la calle Ciento nueve. Era una asidua del Magoo's, y me hice amiga de Mort; del Gordo Eddie, que era delgado como un palillo; de Elise, la camarera, y de Dolly, una desaliñada mujer con el cabello largo de color gris que sólo bebía vodka. Dolly era la que más me gustaba de todos. Solía golpearme en la espalda al tiempo que me decía: «Eres una mezcla rara, Klaus, pero toda una caja de sorpresas». Ellos sabían de mi vida de ficción por retazos, y la sola idea de abrirme resultaba inconcebible. Cuando vi la cara de Frank en el umbral, salté del taburete, balbucí una excusa, me calé el sombrero para esconder el rostro y, pasando junto a mi vecino, salí disparada por la puerta.

A principios de agosto me corté el pelo. Un peluquero lo hizo por cinco dólares, y al salir lo llevaba de dos centímetros de largo. El peluquero chasqueó la lengua consternado mientras duró todo el proceso, pero yo no miré. Mi pequeña cabeza nueva me produjo una especie de acerada

satisfacción. No estaba guapa, pero tampoco importaba. El día del corte llegué a casa muy tarde. Después de trabajar había ido al Magoo's y luego a un figón de *striptease* llamado Babydoll Lounge, adonde solía ir para charlar con una de las chicas. Ramona estudiaba en la escuela de empresariales por las mañanas y se desnudaba por las noches. Entre número y número solía sentarse conmigo en el bar, vestida con un pequeño albornoz azul y sus enormes gafas. Me dijo que su sueño era abrir una tienda de juguetes, y pasamos un buen rato pensando nombres. A mí se me ocurrió Purple Dog, pero a Ramona no le gustó. Después de despedirme de Ramona, deambulé durante un par de horas, y debían de ser las tres de la madrugada cuando llegué a mi apartamento. Sonó el teléfono. Lo primero que pensé fue que mi padre había muerto. Levanté el auricular esperando oír la voz de mi madre. Era Paris.

—Me has asustado —le dije—. Es muy tarde.

—No sé por qué, pero tuve la intuición de que aún no estabas dormida.

—Pues has acertado. ¿Qué tal por Los Ángeles? Has vuelto, ¿no es cierto?

—Sí. —Hizo una pausa—. Te hubiera gustado.

—Es muy posible.

—¿Cómo van las cosas?

Sentí una involuntaria compresión en la garganta.

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Sí, sólo bien.

—No estás muy habladora esta noche.

—Estoy cansada.

—He llamado porque tenía algo que decirte. Anoche salí con unos amigos y alguien te mencionó.

—¿Sí?

—Juraba haberte visto en un bar, en un tugurio, de hecho. Él y unos amigos habían salido a dar una vuelta por los «barrios bajos», como suele decirse. Le dije que me parecía improbable, pero acto seguido comentó que llevabas traje y sombrero. Me acordé de Todos los Santos...

No dije nada.

—¿Sigues ahí, Iris?

—Sí.

—¿No piensas decirme nada?

—No —repuse con voz plana.

Paris habló con mayor suavidad.

—Está bien, no tienes por qué. Tengo una idea. Ya sabes, cuando no quisiste venir de viaje conmigo, me sentí desilusionado, no tanto por mí como porque pensé que podía haberme equivocado contigo, pero cuando Tony te describía anoche, todo volvió.

—No conozco a nadie llamado Tony. —Apreté el auricular contra mi oreja.

—Te conoce de una vez o te vio una vez. Eso no importa.

No repuse.

—¿Estás ahí, Klaus?

Me quedé sin respiración.

—No te preocupes —dijo—. Tu secreto está seguro conmigo. No se lo diré a nadie. Ahora lo estás haciendo, despegando...

Muy despacio y con cuidado colgué el teléfono y desconecté la línea de la pared. Mientras me desvestía me dije: «Se ha acabado. Tengo que parar». La decisión me alivió bastante. Antes de ir a trabajar al día siguiente, me quedé delante del ropero abierto contemplando el traje que había decidido no volver a llevar nunca. Y entonces lo cogí de la percha y lo remetí en la bolsa como había hecho cada tarde desde hacía semanas. Aún no estaba preparada. Al diablo con Paris.

Agosto fue el mes más largo del verano. El calor hizo que la ciudad apestara y el olor a basura estaba por todas partes, incluido mi apartamento. Mi empleo en Bloomingdale's se había terminado, igual que el de la natación. Sólo me quedaba el Rudy's. La pobreza que había administrado durante todo el verano amenazaba con volverse ingobernable. Pensaba en dinero a todas horas y registraba mi apartamento en busca de alguna moneda suelta.

Recuerdo que encontré tres dólares y cincuenta y ocho centavos. En el trabajo tenía una de las comidas gratis. Me atracaba para quedarme llena. En mis excursiones nocturnas sustituí el brandy por la coca-cola, y en el metro saltaba por encima del torniquete para ahorrarme el billete. Cada vez salía hasta más tarde para no tener que volver a mis sofocantes habitaciones. Cuando estaba en casa desenchufaba el teléfono, temerosa de recibir una llamada de Paris o de otra persona por el mismo asunto. Durante varias noches volví andando a la calle Ciento nueve, subiendo hacia el norte a altas horas, mientras dejaba errar mis pensamientos. Fue durante estos paseos cuando llené los blancos en la vida de Klaus Krüger (le había puesto el apellido de su autor), desarrollé su historia con todo detalle, procurando que las fechas se correspondieran con alguna suerte de realidad histórica. Para mí Klaus seguía siendo un hombre joven, a pesar del hecho de que aquellos que me conocían como Klaus nunca me confundieron con un chico. La brecha entre lo que estaba obligada a reconocer frente al mundo —esto es, mi condición de mujer— y lo que soñaba interiormente me traía sin cuidado. Era cierto que al convertirme en Klaus por las noches difuminaba mi género. El traje, la cabeza rapada y el rostro lavado alteraban la visión del mundo de quién era yo, y a través de sus ojos me convertí en otro. Y cuando era Klaus hablaba incluso distinto. Vacilaba menos, utilizaba más jerga y me servía de verbos más coloristas. El acento del Medio Oeste que tanto me había esforzado en perder regresaba durante mis errancias nocturnas, lo que aún hoy sigo sin entender. Sencillamente me salía esa voz. Yo no hacía esfuerzo alguno, y por eso mismo tenía la sensación de que mi discurso no era ni teatro ni engaño, o al menos no más que otra forma de hablar cualquiera. Yo era ese muchacho. De dónde procedía es algo que ignoro. Klaus había sido construido hacía tiempo en un lugar bajo tierra al que yo no podía acceder.

Y entonces empecé a sufrir lo que podrían describirse como impulsos perversos, deseos breves pero fuertes de cometer actos irracionales. Sólo los tenía de noche, y sólo cuando era Klaus. Al principio no me preocupaban. Siempre he sido propensa a terribles fantasías. Ver una escalera empinada, por ejemplo, incita de inmediato la visión de una caída. En un tejado o balcón me siento tentada a arrojarme al vacío. Pero el deseo y el acto se encuentran

separados por kilómetros de distancia. Con Klaus este abismo se estrechó, y caminando de noche por las calles empecé a sentirme peligrosamente cerca de actuar siguiendo un impulso demencial. Una vez que un hombre me preguntó la hora en la Sexta Avenida le repuse con un galimatías, tal como hacen los niños cuando simulan hablar en chino. Fue algo absurdo y me arrepentí de inmediato. Vi la sorpresa en su rostro y luego un momento de miedo antes de escabullirse. Me sirvió de advertencia, y me prometí contenerme. Pero sólo un par de noches más tarde pasé junto a un vagabundo que dormía debajo de un pórtico en West End Avenue, y sin razón alguna di la vuelta para examinarlo de cerca. Tenía el rostro y los brazos cubiertos de llagas, el largo pelo yacía en gruesas y enredadas secciones sobre una desastrada toalla que utilizaba como almohada, y apestaba. El olor que despedía era nauseabundo, horripilantemente dulce, pútrido. Durante unos segundos pensé con pánico que estaba muerto, pero al mirar desde más cerca vi como el pecho se le movía con regularidad. Me doblé sobre él, conteniendo la respiración para evitar respirar el hedor. Al levantarme fue cuando lo sentí... sentí el deseo de patearlo. Me abrumó. Mi cuerpo se puso rígido y noté un hormigueo en los pies. Recuerdo que cerré los ojos. Me aparté. Me obligué a volver a mirarlo. Era abyecto, horrible. «Mantente a distancia —me dije—. Acabarás por hacerle daño.» Y entonces percibí su mano. Estaba doblado en posición fetal con una mano en la entrepierna. El gesto de protección me hizo poner una mala cara. Me tapé la boca abierta. Entonces saqué un dólar del dinero de las propinas y se lo metí en el bolsillo de la camisa. Ni se movió. El pobre bastardo hubiera seguido durmiendo aunque lo estuvieran matando.

Las noches me debilitaban. Dormía todo el día, despertándome a la hora del trabajo. Servía a los clientes en estado de trance, esperando a las once, cuando todo volvía a empezar. La alegría que había sentido en un principio se había acabado. Los bares, las calles eran ahora una necesidad, un ritual para ser representado. Mi vida se había encogido y cuando pensaba en sucesos del pasado, cuando hablaba con mis padres por teléfono, cuando veía a un conocido o compañero de estudios por la calle, me parecía que pertenecían a otra vida. Y no me encontraba bien. En varias ocasiones sufrí ataques de

mareo y caí de hinojos en un esfuerzo por seguir consciente. Su frecuencia me preocupaba, y me preguntaba si habría contraído alguna extraña enfermedad cerebral o un cáncer invisible. A veces imaginaba que me empezaban a salir bultos en el cuerpo. Y una noche en el trabajo me desmayé, tirando al suelo una bandeja con dos ensaladas de pollo al curry y un vaso de burdeos. Cuando volví en mí, estaba despedida. Bob, el encargado, estaba de pie a mi lado con expresión preocupada. Que lo sentía, dijo, pero era obvio que no me encontraba bien y que esto era la gota que desbordaba el vaso. Yo no entendía. «¿La gota que desborda el vaso?», pregunté. Estiró hacia afuera los labios, con lo que el superior casi le tocaba la nariz. No pude interpretar esta expresión facial. Entonces me puso la mano en el hombro y dijo en voz baja y apologetica: «Ha habido quejas». Eso sucedía el 21 de agosto de 1979. Tenía veintisiete dólares y unas pocas monedas para aguantar hasta el inicio de las clases en Columbia, el 4 de septiembre.

Mis días perdieron su forma. El orden desapareció con el trabajo y las horas se me hacían inusualmente largas, algo que había que sobrellevar. Dormía mucho y leía a saltos y fragmentos, y cuando oscurecía proseguía mi deambular, encaminándome a los mismos lugares a los que iba cuando trabajaba. Pero ahora no tenía dinero. Los encargados me dejaban beber agua o me ponían una copa a cuenta de la casa. Pero el estómago me daba problemas y no conseguía calmarlo con nada. Andar tanto me agotaba y no me sentía firme sobre los pies. «Sólo un poco más —me decía—. Aguanta hasta recibir el cheque de tu estipendio. Y entonces lo arreglas todo.» Pero la universidad, a sólo unas calles de distancia, se había convertido en una abstracción, y yo ya no creía en ella. Pensé en el claustro de Filosofía, en mis charlas con el profesor Rose, recordaba su oficina como el escenario detallado en una novela, algo que podía imaginar a la perfección pero nunca visitar realmente. «Ahora no puedes volver allí —dije—. Renuncia.»

La tarde antes de que todo me estallara en la cara, sonó el teléfono. El sonido me aturdió porque estaba segura de haber desenchufado el teléfono. «Debo de haberme olvidado de desconectarlo cuando he llamado a mis padres», pensé. Cogí el teléfono, pero no oí nada. Hasta que oí una

respiración.

—Paris —dije—. ¿Eres tú? ¿Me oyes? —No hubo respuesta. Empecé a gritarle al teléfono—. ¡Déjame en paz! ¿No lo entiendes? Estoy medio muerta, ¿me oyes? ¡Estoy medio muerta, o sea que déjame!

Oí un clic. Durante un buen rato me senté en el suelo tiritando, volviendo a escuchar mis palabras sorprendida. ¿Me daba cuenta? A lo mejor había vociferado a alguien que sólo se había equivocado de número. Desconecté el teléfono de la pared. Cuando se hizo de noche me puse los pantalones del traje y una camiseta. La chaqueta del traje la llevaba en un brazo. Hacía demasiado calor para llevarla puesta en la calle, pero en los bares con aire acondicionado resultaba necesaria. Me encaminé hacia el Babydoll Lounge, en donde esperaba encontrar a Ramona. Cuando llegué estaba allí, haciendo un *striptease* en la pequeña plataforma delante de los reservados. Tenía un aspecto adorable con su coleta y esas gafas, sacándose la ropa con una soltura y una generosidad que yo admiraba. Ramona sonreía y gesticulaba a los espectadores y parecía disfrutar, no como la otra chica, una mujer llamada Billie, que se movía en un trance de abstraído narcisismo, exhibiendo su cuerpo atlético y apretado sin siquiera vernos. Ramona me dedicó un gesto cuando entré, y el reconocimiento me hizo inusualmente feliz. La música era antigua y estridente, pero su melodía animó mi espíritu. Me senté y pedí un brandy, malgastando dos dólares que necesitaba para comer, pero arrojé los billetes a la barra más una propina sin siquiera mirarlos. Me sentía suelta, cómoda, a gusto conmigo. Rita, una alcohólica habitual que sollozaba en sus borracheras, me pasó rozando y yo le sonreí ampliamente, genuinamente feliz de verla. El brandy me aligeró la cabeza casi de inmediato, y me fijé en las botellas de detrás de la barra resplandeciendo en el espejo. «Qué bonitas son —pensé—. El mundo es más bonito de lo que recuerdas, y aquí dentro se está fresco. Qué aire más bueno», me dije, y me puse la chaqueta. Un policía entró y se sentó a mi lado. Nunca lo había visto antes, pero Ed, el camarero, parecía conocerle, y los dos hombres se enfrascaron de inmediato en una discusión sobre los New York Mets. El oficial era joven y gordinflón. La carne de su cintura se desbordaba por encima de los pantalones, apretando la tela azul de su camisa contra la pistola. Me fijé en la pistola sobresaliendo

más allá del rollo de carne. Me pregunté si pesaría mucho. Estaba muy cerca de mí. Tenía la rodilla a milímetros. Podía rozarla. Y dejé ir la rodilla. El hombre no se movió. Estaba enfrascado en la conversación. Di otro sorbo de brandy y miré de nuevo el arma. Me fijé en la pistolera, un apéndice íntimo, tan peculiar que me entraron ganas de reír, pero que también me fascinaba. ¿Qué se sentiría al sostenerla? Dejé que mi vista recorriera a toda prisa la habitación. Nadie me miraba. El impulso era poderoso. Volviéndome en el taburete, dejé colgar la mano junto a la pistola, tocando con los dedos la culata. El oficial seguía sin dar señal de enterarse. ¿Tenía que sacarla despacio o con un movimiento rápido? No tenía planes para la pistola, ganas de dispararla, idea de qué hacer con ella cuando la tuviera. Ardía simplemente por cogerla. Hasta que rodeando la pistola suavemente con los dedos empecé a desplazarla hacia arriba pulgada a pulgada. El policía se sacudió hacia atrás, atenazando mi muñeca con la mano y volviéndose de golpe para quedarse mirándome:

—¡Tía loca! ¿Qué coño haces? —aulló. Tiró de mi mano levantándola en el aire; el apretón me dolía. El bar estaba en silencio excepto por la música que seguía resonando. Todos me miraban. Me fijé en Ramona, ahora inmóvil y seria. Movía los labios sin producir sonido alguno. Creo que articulaba la palabra *Klaus*. Ed gesticulaba sin parar.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha cogido la pistola, ¡Dios santo!

No dije nada. Hubo más charla, discusión. El policía se inclinó sobre la barra, seguía sujetando mi muñeca alejada de él, pero aflojó el apretón. Me solté de un tirón y corrí en busca de la puerta. Alguien me cogió de la manga mientras salía, pero rasgándola crucé la puerta, sintiendo el aire caliente caer sobre mí como un peso. Oí voces a mi espalda. Oí como se cerraba la puerta y a continuación gritos para que parara. Me pareció oír a Ramona gritándome que volviera. Torcí por West Broadway hacia White Street, Church y luego Canal arriba, cruzando entre el tráfico y volviendo a torcer por Grand en busca de un lugar donde esconderme. En Wooster Street me arrebujé en un portal. Todo estaba en calma. Nadie se había preocupado de seguirme hasta tan lejos, pero no me moví. Sentada en el rellano, miraba a la calle desierta.

No se movía nada. Minutos muertos. Y entonces, como por arte de magia, una brisa sopló de la nada, dispersando unos periódicos que volaron en la calle. Me saqué la chaqueta, observando el movimiento de los dedos al apoyarlos en el brazo. «Esto no puede ser mi mano», pensé, pero los huesos largos y delgados eran inconfundibles. La familiaridad me asaltó como una sacudida y entonces oí a alguien llamar «¡Iris!». Miré calle abajo. Era la voz de mi madre. «Pero ella no está en Nueva York —me dije—. Estás alucinando.» Tenía las piernas rígidas y me dolía un pie. Al sacarme la zapatilla de deporte vi un corte debajo del tobillo derecho, pero no pude situar la herida. Seguí sentada durante un rato antes de calzarme de nuevo y empezar a caminar hacia el metro. Pagué con cincuenta centavos que siempre llevaba en el calcetín y cojeé hasta casa desde la estación de la calle Ciento diez.

Una vez en mi apartamento caminé directamente hacia el espejo de cuerpo entero de mi dormitorio. Durante semanas no me había mirado, de hecho había evitado hacerlo, pero ahora eché un vistazo largo y detenido a la persona sucia y esquelética con la cabeza esquilada y pantalones llenos de bolsas sujetos en el pecho con un desastrado cinturón, una persona sin pechos que mencionar. Habían desaparecido con los kilos, pero la demacración no era lo que me asustaba. En mi cara vi un cambio mórbido. Mis ojos eran diferentes. Parecían haberse apaciguado. Recuerdo que quería sollozar y que no podía. Me quité los pantalones y los doblé con mucho cuidado, lo que no tenía sentido, puesto que estaban asquerosos, al igual que la chaqueta que también alisé y escondí junto con los pantalones en una bolsa de plástico al fondo del armario. Me pasé más de una hora en la bañera, enjabonándome todo el cuerpo. Lo hacía de forma meticulosa, enérgica. Y después, sentada desnuda en una silla, telefoneé a mis padres y con una voz asombrosamente calmada les expliqué que necesitaba dinero para pasar la semana. Había perdido el trabajo y no podía arreglármelas durante más tiempo. No mucho, les dije, sólo una pequeña cantidad. Mi padre me giró más de lo que le había pedido, doscientos cincuenta dólares. Fue como maná caído del cielo. Con el dinero me dediqué a aumentar diariamente la ración de comida para no perturbar demasiado mi organismo. Me compraba vegetales caros y carne,

me preparaba tres comidas al día y masticaba cada trocito de forma metódica, esperando a ver cómo respondía mi estómago. Respondió bien. La comida era mi salvación, e imaginé que estaba engordando, que mi cuerpo recuperaba sus curvas a una velocidad imposible. Con cada bocado enterraba a Klaus, apilando más y más restos encima de él para mantenerlo allí abajo. Trabajé en mi propia recuperación como un robot programado para sobrevivir, determinado a volver en mí. La idea era llegar al día 4, momento de la inscripción, sana y robusta. Llegó el día, y me puse un vestido nuevo (39,99 dólares en las rebajas), creyéndome casi completamente restituida, bonita incluso, pero mis conocidos me saludaron con miradas de sorpresa y exclamaciones acerca de mi peso y cabello. Sí, sí, dije, he estado enferma, pero ya estoy mucho mejor, una gripe muy larga, muy fuerte. Me había cortado el pelo por los nudos. De todos modos ya me está creciendo. Estoy segura de que tenía un aspecto grotesco, un cadáver empingorotado, ansiando medio loca una segunda oportunidad. Y entonces lo vi por el rabillo del ojo, un chico esbelto y apuesto con una expresión seria. Llevaba en la mano una antología de textos de Nietzsche.

El chico era Stephen. En ese momento no hablamos, pero un mes más tarde nos convertimos en algo así como amantes. Durante los ocho meses que estuvimos juntos pasaba de la pasión a la frialdad hasta el punto de que nunca supe a ciencia cierta si me quería o no. No le hablé de Klaus. Varias veces estuve a punto de confesarle toda la historia, pero nunca llegué a hacerlo. Ruth me llamó unas pocas veces y cenamos juntas en un par de ocasiones. Llevé el traje a la tintorería, pero no lo devolví. Colgaba de mi armario en su bolsa transparente. Paris me llamó en cuanto volví a enchufar el teléfono, el 4 de septiembre.

—Dios mío —dijo—. Llevo semanas llamando. ¿Te has metido bajo tierra como el demonio? No sabía si estabas muerta, me decía que a lo mejor te habían encontrado en una calle cualquiera sin identificación y ya te habían enterrado en Potter's Field. Llegué a acercarme a tu maldito edificio y te llamé por el interfono. No había nadie. Nunca había nadie.

—Lo siento —repuse—. Ha sido una mala época. No puedo hablar de ello.

Y no lo hicimos. Ahora me maravillo de nuestro silencio, pero haberlo dicho entonces habría sido imposible, y el hecho de que Paris supiera pero no preguntara parecía certificar su lealtad. Así y todo la noción que tenía de Klaus seguía allí, muda pero absoluta, algo paradójico porque traía consigo tanto una intimidad antinatural como una sospecha. Llamó. Comimos juntos. De todos modos Paris estaba muy a menudo fuera de la ciudad. Tenía cosas importantes que hacer y yo lo veía con poca frecuencia. Durante esos días me movía por los alrededores de la universidad, sintiéndome más segura allí que en el inhóspito centro. Pero hacia el mes de mayo se había acabado lo de Stephen y yo me veía abocada a pasar otro verano sola en la ciudad. Tras jurarme que no volvería a trabajar de camarera, acepté extraños empleos de tipo académico, me puse a investigar para un historiador médico, un anciano que me contemplaba con una mezcla de compasión y lujuria. Había recuperado los nueve kilos que perdí, y el pelo me había crecido hasta la altura de la barbilla. En las calles los hombres volvían la cabeza para mirar, y en los colmados, en las paradas de autobús, en cualquier sitio en el que me vieran parada, se dirigían a mí con esperanza puesta en los ojos. Volví a fumar por un tiempo: Marlboro. Los cigarrillos me calmaban, pero tuve que volver a dejarlos cuando caí enferma. En julio apareció el señor Morning, para quien escribí reportajes, lo que también es otra historia, pero cuando lo dejé volví a necesitar dinero desesperadamente y empezaron los dolores de cabeza, unos dolores que me golpeaban como un rayo y me dejaban hundida y deprimida.

En agosto acepté un empleo de profesora para empleados de nivel bajo en una compañía de seguros. Mis siete estudiantes estaban ansiosos por superarse, y entre ellos había un joven llamado Jefferson que tenía la memoria más brillante que he conocido nunca. Nunca olvidaba una sola palabra de lo que le decía. Nos vimos diariamente durante cuatro semanas, y un día hacia el final, mientras yo miraba a Jefferson y él me miraba a mí, se desvaneció la mitad de su rostro. No duró mucho, pero dejé de hablar y me agarré el cabello. Ese agujero no era el primero ni sería el último, pero mientras centraba la vista en ese vacío negro creí que era real. Pensé que había desaparecido una parte de su cara. Sólo después comprendí que había

sufrido una alucinación por culpa de la migraña. Durante los meses siguientes la vida diaria se convirtió en algo precario. En cualquier momento un objeto corriente, una mesa o una silla, un rostro o una mano, podían desaparecer, y con la ceguera me llegó la sensación de que ya no estaba al completo. Me había recompuesto y ahora me fallaba el cuerpo. Sabía que el maldito acabaría por hacer crac.

Ese otoño estudié mucho para los exámenes orales de la primavera siguiente. Leía las piezas teatrales, los poemas, las novelas y los ensayos de la fantásticamente larga lista, y los olvidaba acto seguido. Mi cerebro era un cedazo. Las palabras estaban envueltas en la bruma, una letra tan empañada como la siguiente. El dolor que sentía en la cabeza en ocasiones era débil y en ocasiones fuerte, pero rara vez me abandonaba. En Navidades volví a mi casa, en Webster, y durante un par de semanas me encontré bien, pero en enero finalmente me desmoroné. Para ese momento había visto a varios neurólogos sin suerte. Fue el doctor Fish quien me hizo ingresar en el hospital. Me hacía tomar gigantescas píldoras de Thorazine, una droga que me dejaba inerte hasta el punto de que era incapaz de mover los pies. Mis pensamientos, sin embargo, eran un manicomio de penetración y alucinaciones, y me veía absolutamente incapaz de distinguir entre una y otras. Después de diez días decidí dejar el hospital. El doctor Fish, a quien apenas había visto, estaba molesto, pero yo saqué mi frágil esqueleto de la cama, me vestí y me tambaleé hasta el mostrador de recepción en el vestíbulo del hospital. «Me voy», le dije a la mujer que había allí. Después de darle mi nombre, me obsequió con una factura por 2.038,46 dólares y me pidió que la pagara antes de marcharme. Mi seguro universitario había cubierto el ochenta por ciento. Esta suma era el importe del resto. La miré a los ojos castaños y examiné su pelo estirado por detrás de las orejas. El dolor en mi cabeza parecía colocarla a una gran distancia, pero, paradójicamente, al mismo tiempo era grande, como una persona en una pantalla de cine. Me hablaba a mí, explicándome el procedimiento del hospital, diciéndome qué había que hacer. La factura estaba en mi mano, y estudié los números. Estúpidamente me puse a sopesar los cuarenta y seis centavos. «Eso puedo pagarlo —pensé—. Sí, eso no tengo problema para pagarlo.» Llevaba las monedas en el

bolsillo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer. La miré. Era adorable. Tenía la piel casi negra. La contemplé y luego volví a echar un vistazo a la factura.

—Estoy mareada —le dije finalmente, explicándome con toda sencillez. Me miró perpleja e hizo un gesto para que se acercara alguien, un hombre.

—Hable con ella —le dijo—. Me parece que no entiende lo de la factura.

El hombre era grande y blanco, con manchas rosadas en las mejillas y la frente. Oí el zumbido de su voz diciéndome lo que se esperaba de mí, pero en lugar de mirarle directamente a él, me acerqué cuanto pude el papel a los ojos y volví a leer los números.

—Señorita —decía él. Me encuentro mal, me decía yo, mareada como una mona—. El dinero... —oí—. ¿Necesita tiempo...?

Despacio, pensativamente plegué la factura en un cuadradito, me metí el papel en la boca y me lo comí. Mientras cruzaba el vestíbulo oí sus voces elevándose en protesta, y cuando puse la mano en la puerta, oí que el hombre decía:

—Dejad que se vaya. Le mandaremos la factura por correo. Está bastante claro que le falta un tornillo.

Volví a casa atravesando el parque nevado. En cuanto llegué a mi apartamento, me metí en la cama. Antes de caer dormida pensé para mí: «Ha vuelto, pero no importa. Ya nada importa». Me pasé dos días durmiendo, despertándome intermitentemente por culpa del dolor y volviendo a caer en la inconsciencia. Cuando por fin me desperté, era de noche y me pareció que la migraña había aflojado, que era menos fuerte. La perspectiva de encontrarme bien trajo consigo una tremenda excitación. Me senté temblando en el extremo de la cama y me eché un vistazo en el espejo. «Has vuelto a perder peso —pensé—. Deberías comer.» Pero no tenía hambre. Fui al armario, saqué el abrigo y me lo puse. «De acuerdo —me dije—. No hay nada que hacer. No puedes seguir como hasta ahora.» Fue Klaus quien se comió la factura, después de todo, y por muy estúpido que sea, hay mucho que decir al respecto. Salí por la puerta, pero esta vez me dirigí hacia el norte, en dirección a Harlem, y en cuanto crucé el umbral y salí a la calle Ciento veinticinco, supe que todo volvía a comenzar. Puesto que no tenía que asistir

a clases, sólo exámenes que preparar, podía esconderme con toda libertad. Volví a desconectar el teléfono, usándolo sólo para llamar a mis padres cada dos semanas. Lo cierto es que no quería testigos de mis mareos. Aunque las migrañas habían mejorado, seguía teniendo tremendos ataques de náuseas y vómitos, problemas intestinales y periodos de pasmoso agotamiento. Ningún médico podía ayudarme. Tenía que arreglármelas yo sola, y descubrí que si me quedaba en cama y canturreaba, repitiendo una y otra vez el pequeño conjuro «No importa», podía amortiguar el dolor considerablemente. Esos días canturreé un montón. Cuando echaba un vistazo a la lista de libros que se suponía conocía y notaba el dolor que empezaba a subir por el pecho, canturreaba. Antes de comer, canturreaba para que la comida se quedara en su sitio. ¿Y Klaus? Necesitaba a Klaus, y a pesar de la sensación de que había vuelto a caer, los paseos nocturnos me hacían mucho bien, me aclaraban la cabeza. Frecuentaba el Upper West Side con el traje debajo de un abrigo de invierno que me había comprado en una tienda de segunda mano: un abrigo largo de hombre. Y me había cortado el pelo tan corto que cuando me tocaba el codo, me raspaba. Evitaba los bares frecuentados por estudiantes y rondaba los más sórdidos tugurios del vecindario. Volví a dar con gente imperturbable a mi excentricidad. Las noches eran peligrosas. Paseaba por donde no debería haber paseado sola, pero mi imprudencia me satisfacía. Cantaba en voz alta en la oscuridad, silbaba a los extraños, y en una ocasión escribí NO IMPORTA en grandes letras en una pared con pintura de spray comprada específicamente para ese propósito. Estas pequeñas fechorías me estimulaban al tiempo que me dejaban con un sentido de culpabilidad. Cada noche me repetía que era la última. Hasta que en uno de esos locales, un lugar llamado Stars, me di de bruces con el profesor Rose.

El camarero del Stars era un hombre obeso que atendía al nombre de Toots. Era una persona sudorosa y amable que se preocupaba o simulaba preocuparse por mí. Yo lo había alimentado con el lote de mentiras sobre Klaus o Klausina y había escuchado con consideración. Al mismo tiempo no tenía demasiado claro si creía en estas historias. Me guiñaba un ojo con frecuencia y tenía una expresión muy inteligente.

—Klaus —me dijo una noche—. Ya va siendo hora de que te compres

ropa nueva. Eres una chica muy atractiva, y con ese desastrado traje tienes aspecto de payaso. Payaso, niña. ¿Me oyes? No creas que quiero meterme donde no me llaman. No soy ningún entrometido. No tiene nada que ver conmigo, pero te digo que es una pena, y lo que es más, sé que no eres una tortillera. No hay una tortillera en el mundo tan dulce como tú.

—Gracias, Toots —dije—. Supongo que me lo estás diciendo como un cumplido. —Volví a bajar la vista hacia el brandy.

—Y tienes que añadir algo de carne a esos huesos, rellenarlos. De otro modo la primera vez que sople el viento se te llevará por los aires.

—Sí, Toots —le dije, sonriendo.

—Deja que te traiga una hamburguesa de la cocina. A cuenta de la casa.

—Estoy bien —le dije—. No te preocupes.

Toots se hizo el sordo y entró en la cocina. El bar no estaba lleno. Era tarde. El dolor de cabeza había hecho acto de presencia, pero no era demasiado fuerte. Me di cuenta de que me apetecía la hamburguesa y me sentí feliz. Toots volvió contoneándose con un plato, toqueteando la servilleta y la vajilla.

—Cómetelo, cariño —dijo, y en ese mismo instante noté una mano en el hombro. Era el profesor Rose.

—¿Iris? —inquirió—. ¿Eres tú?

—Sí —susurré.

Toots se había inclinado sobre la barra.

—¿Todo bien, Klaus?

El profesor Rose lo atravesó con la mirada.

—Sí —repuse.

—Ven conmigo —dijo mi profesor, y cogiendo la hamburguesa con una mano y mi codo con la otra, me dirigió hasta un reservado y me empujó suavemente hacia el asiento. Él se sentó frente a mí y cruzó los brazos. Tenía la misma cara, y la familiaridad se despertó en mí. Miré a la pared y sentí sus ojos. Cuando me volví su expresión era irónica, el cauteloso principio de una sonrisa en los labios.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado?

Me ruboricé.

—He estado enferma —dije—. Ya sé que tengo un aspecto terrible.

Se recostó y negó con la cabeza.

—Yo podría hacerle la misma pregunta —dije—. Un eminente profesor como usted. ¿Qué está haciendo aquí? Esto es un tugurio, por si no se ha dado cuenta.

Sonrió.

—Hasta los profesores eminentes necesitan salir de sus apartamentos y tomarse una copa a altas horas de la noche de cuando en cuando. Vivo a una calle de aquí, Iris.

Le vi vacilar. Había oído a Toots llamarme Klaus, y supongo que buscaba las palabras apropiadas. Hizo un gesto con la mano izquierda muy cerca de la superficie de la mesa, y recuerdo el amaneramiento.

—Iris —dijo al fin—. Tú tienes algún problema. Tal vez yo pueda ayudarte. —Hizo una pausa—. A menudo pensé en enviarte una nota desde Carolina del Norte, pero nunca llegué a hacerlo.

No estoy segura de si fue la carta sin escribir o simplemente su voz lo que deshizo mi nudo, pero sentí que la cara se me contraía y mi boca se estremecía. Una u otra fueron el catalizador de lo que debían de haber sido meses de reprimida autocompasión. En las épocas buenas lloro con frecuencia, derramando lágrimas con facilidad, pero cuando paso por una mala temporada, se me secan los lagrimales y apenas si lloro. En ese momento me sentía desgraciada. Quería que volviera mi yo anterior, la chica que había visto partir al profesor, pero estaba muerta. La había echado a perder. Stephen, el hospital, la magra cuenta bancaria, el traje, la hamburguesa a medio comer en el plato, todo parecía igualmente lamentable, igualmente reprochable, y lloré sacando todo lo que tenía dentro. Agitándome y sollozando, hice una escena. El bueno entrometido de Toots me retiró el plato y le dedicó una mirada suspicaz al profesor Rose.

—Klausey, Klausey —dijo, dándome un golpecito en el brazo—. No será para tanto. ¿Quieres que me deshaga de este personaje?

—No se trata de él, Toots. —Me soné en la servilleta de papel—. Soy yo.

—Yo cuidaré de ella —dijo el profesor Rose.

Pagó la cuenta y me ayudó a salir del reservado.

—Iremos a mi despacho —dijo una vez en la calle—. Allí estaremos tranquilos y podremos hablar.

Asentí. Recorrimos las cuatro calles en silencio y entramos en la universidad, desplazándonos rápido hacia el claustro de Filosofía. Abrió con su llave y empezamos a subir las escaleras hasta el sexto piso. No dije nada mientras metía la llave en la puerta de su despacho, la abrió y me hacía un gesto para que me sentara. Acercó su silla a la mía y se puso las manos en las rodillas. Su rostro era la imagen de la preocupación paternal. «Va a regañarme», pensé.

Frunció el ceño.

—¿Klaus? Ese hombre te llamó Klaus.

—A veces uso ese nombre —le dije—. Es una especie de juego.

—¡Un juego! ¿Qué tipo de juego?

—¿Le importa acaso? —Se me escapó una boqueada involuntaria. Todavía me estaba recuperando de mi ataque de lloro.

—Sí, me importa. Me preocupo por ti. Entro en un bar a medianoche y me doy de bruces con uno de mis mejores estudiantes bebiendo brandy y con un aspecto que parece sacado de una novela de Dickens, Dios santo. Esa ropa, el pelo y ese hombre horrible llamándote Klaus. ¿Qué se supone que debo pensar?

—No es ningún hombre horrible.

—De acuerdo —dijo, volviéndose hacia la ventana negra—. No es horrible.

Me fijé en su perfil. Tenía una buena nariz.

—Le he echado de menos —le dije—. Me acabo de dar cuenta de que le he echado muchísimo de menos. —La tranquilidad con la que dije estas palabras me sorprendió.

Se volvió hacia mí con expresión triste. Dejó que los brazos le cayeran a los costados.

—Iris, me desarmas. No sé qué decir.

Nos quedamos mirándonos durante un buen rato, y él no hizo esfuerzo por disimular el tormento que se leía en su rostro. Hasta que, como un hombre derrotado, soltó un suspiro. Vi como se le caían los hombros y

alargaba los brazos en mi dirección. Me cogió por los antebrazos y me llevó sobre él.

Fuimos unos amantes muy ruidosos esa noche en el claustro de Filosofía. Estoy segura de que armamos un buen jaleo, cayendo al suelo en un desesperado bulto bajo la áspera luz fluorescente, y sé que yo grité en el momento álgido y que él me hablaba, pero no recuerdo lo que me decía, probablemente lo que todo el mundo dice, el nombre de la otra persona o sencillamente «sí»; las palabras están cargadas de significado sólo cuando son dichas. Repetirlas es un sacrilegio. En resumen, que nos comimos vivos el uno al otro, y cuando todo terminó nos quedamos echados en silencio, aturcidos, me parece, por lo que había sucedido.

La habitación estaba fría. Yo tiritaba y él me abrazó. El traje yacía arrugado a nuestro lado, y a pesar de estar helada me mostraba reacia a ponérmelo. El profesor Rose me cubrió con su chaqueta, y después de un rato dijo:

—Creo que no tendrías que volver a hacerlo.

—¿El qué?

—Klaus.

Recibí con los brazos abiertos la sanción, supe que había estado esperándola, que la ansiaba.

—Lo sé —dije—. No.

Empecé a llamarle Michael. Cuando al principio usaba el nombre, experimentaba una avalancha de sentimientos, la poderosa sensación de encontrarme en una posición nueva: las universidades deben de ser el último reducto de Estados Unidos en el que el nombre de pila sigue conservando la fuerza de la intimidad. *Michael* era para mí una señal clandestina, una llave a nuestro secreto, usaba el nombre una y otra vez, para él y para mí. Nos veíamos por la tarde, cuando mi ventana recibía brevemente la luz del sol para acto seguido perderla. La luz era importante porque aun cuando no estuviera allí conmigo, la inclinación solar a las cuatro de la tarde abundaba en asociaciones eróticas. Era un amante intenso, y su celo creaba en mí una

nueva sensación de mi propia otredad. A veces, después de que se hubiera ido, me examinaba desnuda en el espejo, y por un instante me imaginaba que veía lo que él veía: un cuerpo encantado. Michael Rose no era guapo. Tenía una cicatriz larga y desigual, le sobraba algo de carne en la cintura y las venas azules eran claramente visibles a través de la pálida piel de sus piernas. Había momentos en que el hecho físico del hombre me resultaba ajeno, cuando la idea que tenía del hombre y el hombre en sí estaban desconectados, pero sólo duraban segundos. Me seducía a través del oído. Cuanto más hablaba, más lo quería, y hablaba como una tormenta, me cortejaba con Catulo, Boccaccio, Donne y Sidney, con Shakespeare y Wyatt, Fielding y Joyce, y así es como me gusta recordarlo ahora, a mitad de una frase, echado en mi cama con los ojos cerrados, citando de memoria.

Sin embargo, no me habló demasiado de sí mismo. Sabía que tenía una esposa y tres hijos ya crecidos, y que había vivido «casi» toda su vida en Nueva York. Sus padres estaban muertos. Al principio insistí para conocer más detalles, pero su renuencia me hizo parar. Cuando en cierta ocasión le pregunté sobre su infancia, me dijo lo siguiente:

—Mi padre me pegaba, y a los diez años me escapé con una tribu de gitanos.

—No —repuse—. Cuéntame la verdad.

—Mi padre me pegaba y me pasé la infancia esperando a la tribu de gitanos.

—¿De veras?

—Más o menos.

—¿Cuánto más o menos?

Me sonrió con una comisura.

—Pues no lo sé. No es que no recuerde. A veces me resulta extraño no seguir siendo un niño, el hacerme viejo. Me pregunto dónde está mi guante de béisbol. ¿Qué le sucedió a Charlie Shapiro?

—¿Por qué no me hablas de todo eso?

—Lo haré algún día, Iris, pero ahora no es momento de escarbar. Decirlas es una dudosa forma de generosidad. Hay cosas que es mejor callar.

Y eso fue todo. Me dejó con un padre malo, la tribu de gitanos y Charlie

Shapiro.

No hablamos de Klaus. Hubiera querido, pero las palabras que podrían haber expuesto mis sentimientos acerca de esas noches estaban enterradas, y llevarlas desde ese lugar escondido hasta mi boca requería un esfuerzo que no podía hacer. Michael estaba demasiado cerca de los orígenes de mi errancia, era una suerte de cómplice, y yo lo mantenía fuera, a pesar de saber que era Michael quien había matado a Klaus. Después de esa noche en el claustro de Filosofía había perdido todo deseo por el errante muchacho. Michael lo había hecho desaparecer, y a mí me poseía la loca idea de que si podía hacer eso, también podría convocar de nuevo a Klaus. El muchacho de Krüger era nuestro monstruo de Frankenstein, una creación que optábamos por ignorar.

Llegó la primavera y yo me encontraba bien. De cuando en cuando caía en cama y me ponía a canturrear cuando mi cabeza se nublaba con una migraña que se avecinaba, pero el dolor era insignificante. Se habían acabado los vómitos y las náuseas. Ya no veía agujeros negros. Me creció el pelo. En marzo pasé los exámenes orales. Durante la primera hora vomité información como una autómatas enloquecida, citando nombres, fechas, lugares y cualquier retazo de conocimiento que se me cruzara por la cabeza. Saqué a relucir filósofos, lingüistas, tejí teorías y cité de las novelas que amaba. Hasta que me quedé sin gasolina, y me pasé la última hora y los tres temas secundarios rateando y chisporroteando, olvidé lo que creía que sabía, hasta el punto de que vi como las caras de los cinco hombres de edad media de mi tribunal, divertidos sólo minutos antes, adoptaban idénticas expresiones de lástima y preocupación. De todos modos me aprobaron. Sabía tanto y tan poco. Eso era todo. Fueron amables. Yo me sentía humillada. Michael me dijo:

—Es un trámite y nada más. Olvídate.

Pero repasé mis momentos de estupefacción una y otra vez, aguijoneada por el arrepentimiento, y me dije que no hubiera sucedido de haberme quedado en casa leyendo a los poetas metafísicos en lugar de corretear por la ciudad como un vagabundo medio loco.

No mucho después de eso, Michael pasó la noche conmigo. Su mujer estaba fuera de la ciudad. Nunca habíamos pasado tantas horas juntos, y por la mañana éramos dos personas distintas. La diferencia era sutil, pero volvía a incidir en la historia. Michael me dijo que la Columbia University Press iba a publicar el relato. Había escrito un prólogo, y la traducción figuraría como obra exclusivamente mía.

—No pareces demasiado contenta —dijo.

Lo miré.

—Pero tu nombre tiene que figurar en la traducción.

—Es tuya. Fuiste tú quien hizo todo el trabajo duro.

—Eso no es cierto. ¡Es tan tuya como mía!

Se sentó en la cama y ajustó la almohada detrás de él.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando, Iris?

—Ya lo sabes. Siempre lo has sabido. No soporto las pretensiones. No puedo soportarlas.

Levantó las manos y empezó a gesticular.

—No hagas eso —le dije.

Paró y se volvió en mi dirección.

—Iris, soy incapaz de leer lo que te pasa por la cabeza.

Crucé las piernas al estilo indio y lo miré.

—Hace mucho tiempo me dijiste que era una caja de Pandora.

—Hablaba de nuestro trabajo conjunto.

—No es cierto.

—Iris —dijo con una cadencia triste en la voz.

—En esa historia había algo espantosamente excitante que nos atrapó.

—Iris. —Su voz era dulce—. Tú eres la que cogiste su nombre. Con qué fin, nunca lo he entendido del todo. No he querido entrometerme. Pero por eso estás mal ahora. La ficción no es la vida.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Me parece que sí.

—Sabes tan bien como yo que es imposible trazar la línea, que estamos viciados en todo momento por ficciones de todo tipo, que es ineludible.

—Déjate de sofismas —fue su respuesta—. Existe un mundo palpable.

—No me refiero a eso —dije—. Me refiero a que resulta difícil distinguirlo, que está todo empañado con nuestros sueños y fantasías.

—Estás hablando de Klaus, de tu Klaus.

—Nuestro Klaus —dije—. ¿Sabes que por un momento llegué a pensar que eras tú quien había escrito el relato?

Sonrió.

—Ya me gustaría.

—Pues ya ves —dije—. Tú lo rescataste, emprendiste la tarea, y el resultado es cruel.

—Hay cientos de historias crueles, tanto reales como imaginadas.

—Sí, pero...

—Pero ésta en concreto te ha calado muy hondo.

—Nos ha calado.

—Tú y yo no somos la misma persona, Iris.

—Lo sé, pero siento que se trata de algo entre nosotros... no, mejor, sobre nosotros. Hay una pieza del rompecabezas que nunca me has mostrado.

—Te estás haciendo la misteriosa.

—Y tú escondes algo.

Suspiró. Luego alargó una mano y me tocó el pelo.

—Ya sé que suena demencial —dije—, pero eso que falta, lo que falta entre nosotros, me parece que tiene que ver con la maldad.

—¿La maldad? —Se le nublaron los ojos y apretó los labios hasta que se le pusieron blancos—. ¿Qué maldad?

—No lo sé.

—¿Klaus es malvado? —preguntó a toda prisa, con los ojos entornados. Me miró directamente a los ojos.

—No mata al gato.

—No, pero quiere hacerlo —dijo—. ¿Es malvado? ¿Se trata de un simple pecadillo, o de un crimen?

—Las medidas están establecidas por la ley —fue mi respuesta.

—Sí —añadió—, pero todos nos imaginamos cometiendo crímenes, y las fantasías no se castigan. Klaus desborda de ideas desagradables. ¿Y qué si nunca las ha puesto en práctica? ¿Le hace eso menos malvado? La maldad

consiste con toda seguridad en algo más que el acto malo.

—Ya te he dicho que creo que él no es malvado.

—O sea que la persona y el acto pueden separarse, ¿es eso?

—No estoy segura.

—La ley contempla incontables atenuantes, ¿no es cierto? Locura pasajera, trastornos hormonales, demasiada testosterona, manías menopáusicas, depresiones posparto, mala alimentación... la llevaron a cometer el crimen. Es la teoría defensiva de el-diablo-me-llevó-a-hacerlo. Pero ¿los demonios no somos nosotros?

—Sí —le susurré—. Somos nosotros.

No dijo nada.

—Pero pensar en algo terrible no es lo mismo que hacerlo. —Mientras hablaba me estremecí—. ¿En qué momento transforma la gente sus pensamientos en acción?

Sentí frío y me tapé las piernas con la manta. Vi el arma del policía, y al visualizarla mentalmente me entraron ganas de gritar. Apreté las mandíbulas y cerré los ojos.

—Se levanta una barrera. En alguna gente nunca se forma. Para otros significa tirar abajo la verja. A veces pienso que tú te has limitado a abrir la puerta para pasar al otro lado... como si nada. Metódicamente crímenes inclasificables se han ido convirtiendo en rutina. —Hizo una pausa y recuperó el aliento mirando más allá de mí, hacia la pared—. La gente hace diariamente lo increíble. Y ahora no estoy hablando de torturas políticas. Conozco a una mujer que arrojó a su hijo de tres años por la ventana. Ella saltó detrás, pero no se mató. Sigue viva.

—¿La tratabas mucho?

—Durante una época. Fui a verla al hospital. Lila la conocía mejor que yo. Estaban muy unidas, pero Lila estaba tan furiosa que no quiso ir a verla...

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero y los dientes me castañetearon.

—Esa mujer debió de perder la cabeza.

—Supongo que sí, pero ¿qué cambia eso? Estamos de vuelta en el mismo lugar. ¿En dónde se sitúa el umbral de la responsabilidad?

Estudí los lomos de mis libros, que se alineaban en la pared.

—A menudo he pensado que las ideas de bondad, de verdad, tienen que ser inflexibles, absolutas, o todo se desmorona.

Se quedó mirándome.

—No debes confundir virtud con verdad. Son dos cosas muy diferentes.

Las palabras se afianzaron y mi error me irritó.

—La virtud es una cualidad moral distinta de la verdad —dijo.

Asentí.

—O sea que la verdad puede encontrarse en la maldad.

—Por supuesto.

—Pero nada de esto explica lo que es.

Michael negó con la cabeza.

—¿Crees que san Agustín tenía razón? —pregunté—. Quiero decir, ¿que la maldad es una especie de lapso o distancia, una apostasía?

—Él evitaba el dualismo, Iris. Todo el argumento se predica a partir de una creencia en Dios...

—Lo sé, pero es probable que lo sintiera así, que la maldad era un vacío, una falta de algo, no una presencia.

Volvió la cabeza deprisa y me miró.

—Eso es el deseo, ¿no es cierto? La falta de algo. —Su voz sonaba airada. Y entonces me agarró los antebrazos con las manos y me agitó, no con fuerza pero sí con firmeza—. ¿Quieres oír la verdad? —preguntó—. Dejemos la bondad de lado. Voy a hacer que salgas pitando. Me odiarás antes de que hayamos acabado. Puedo percibirlo, ese pozo, ese vacío. Voy a perderte. —Se rio durante unos instantes y dejó caer las manos—. Y la terrible ironía es que lo que más quiero en el mundo es que te quedes.

Su discurso era como una grieta en el mundo. Cuando hablaba era verdad, y yo sentía que no sólo había visto en su interior, sino en otra gente, dentro de mí. Hasta que caí en la cuenta de que era un melodrama. Nos estábamos dejando llevar.

—No digas eso —fue mi respuesta—. No puedes predecir el futuro.

—Hemos hablado demasiado —dijo—. Es tarde. Ahora estamos aquí juntos.

Me abrazó con fuerza, apretándome la cara contra el pecho. Tuve que

apartar la cabeza para respirar. Durante la noche durmió mal, cambiando a menudo de posición y murmurando para sí. Me despertó al amanecer gritando en una pesadilla, pero se tranquilizó acto seguido. No entendí las palabras. «Es la culpabilidad», pensé. Imaginé a su esposa, a quien nunca había visto, una mujer mayor y esbelta con una cara blanda y el largo cabello castaño recogido en lo alto de la nuca. Sólo Dios sabe de dónde me vino esta imagen; debía de ser un collage hecho a partir de la larga cadena de esposas de profesores que había conocido en mi vida, pero así es como la veía, y la visión me hizo sentir lástima por ella, y por él, y me dije que había traicionado a alguien a quien ni siquiera conocía. Pronuncié su nombre para mí. «Lila. Es un nombre bonito.»

A la hora del desayuno Michael estaba nervioso, distraído. Tenía los ojos rojos y no dejaba de frotárselos. Parecía a punto de dar un brinco de la mesa y salir corriendo hacia la puerta.

—Dios mío —dije—. Que la policía secreta no va a venir a buscarte. Relájate.

—Lo siento —dijo, azorado.

Le sonreí.

—Nunca me habías visto por la mañana. Probablemente te he asustado. Apuesto a que parezco una bruja. —Le hice una mueca, estirándome la boca con los dedos y poniendo ojos saltones.

Se rio.

—Sí que eres una bruja —dijo, alargando una mano por encima de la mesa para acariciarme la cabeza—. Pero muy guapa.

Minutos después de este comentario se había marchado. Su ausencia produjo una nueva sensación en mí, una mezcla de pánico y culpabilidad. Lavé los platos muy despacio, restregando cada uno de forma metódica, sosteniéndolos contra la luz de la ventana para asegurarme de que brillaban. Y luego limpié el apartamento entero.

Esa misma semana me llamó Paris y me dijo si quería ir a ver una película en el Thalia. Michael estaba conmigo esa tarde. A las seis seguía allí. Le dije

que tenía que vestirme para ir al cine. Mientras me pintaba los labios, Michael se situó detrás de mí en el cuarto de baño.

—¿Quién te ha invitado al cine?

—Nadie me ha *invitado*. He quedado con un amigo.

—¿Qué amigo?

—Paris. Ya te he hablado de Paris.

—¿El crítico de arte?

—Sí, Michael, el pequeño, poco atractivo, pero no poco interesante crítico de arte.

Michael parecía dolido. Se puso la chaqueta.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Así podrás terminar de arreglarte.

—Espera un minuto —dije—. Tú estás casado. Tú vuelves a casa con ella cada noche. —Era una conversación de serie televisiva. Lo sabía, pero proseguí—. ¿Pretendes que yo me quede aquí abatida?

—Yo no he dicho eso. Sé muy bien que no estoy en situación de decir nada.

Las pequeñas miserias empezaron entonces. Durante todo el trayecto hasta el Thalia volví sobre la escena, repensando mi forma de expresarme. Deseé haber expuesto mejor mi caso. Cuando vi a Paris, lo besé por primera vez.

—¿Y esto por qué?

—Porque te he echado de menos.

Le sonreí a la cara. Paris me cogió del brazo y entramos en la sala a oscuras. No estaba lleno, y colgué las piernas en el asiento de delante. Alguien, unas cuantas filas por delante de nosotros, se tiró un sonoro pedo. Paris y yo intercambiamos sonrisas. La película era *Amanecer*, dirigida por F. W. Murnau en 1927. No recuerdo bien su secuencia, ni tampoco puedo reconstruir toda la historia, pero recuerdo el efecto que me produjo y el aspecto que la ciudad tenía en el film: un carnaval en el infierno, un grotesco patio de recreo; y me lo creí. Paris se volvía para mirarme a cada rato, lo que me hizo sospechar que controlaba mis respuestas. Agradecía la oscuridad de la sala, me sentía feliz de no ver a nadie excepto a la gente de la pantalla, tener a Paris a mi lado sin estar obligada a mirarlo. Después de la película

Paris me llevó a cenar al Café Luxembourg, un local ruidoso de moda en el West Side. Charloteé descontroladamente al tiempo que dejaba que mis ojos vagaran de mesa en mesa. He olvidado la conversación. Recuerdo sólo cómo terminó. Me reía por algo que había dicho Paris, cuando me di cuenta de que me estudiaba con expresión repentinamente seria. Antes de hablar se llevó un dedo a la corbata rosa pálido, se inclinó hacia delante y me tocó un mechón para acto seguido volver a su posición en la silla.

—Te está creciendo el pelo.

Lo miré directamente a los ojos.

—Me gusta así.

Paris asintió.

—Es bonito —dijo—. Pero carece de la audacia de un corte al cepillo, ¿no te parece?

Fijé la vista en la mesa.

—Sí, es cierto.

Michael iba y venía, pero empecé a percibir alguna diferencia. Durante las semanas anteriores se había deleitado con nuestro adulterio, aparecía sonriente ante mi puerta, pero ahora había veces en las que llegaba con aspecto macilento y serio, igual que un hombre cumpliendo una misión. A veces contemplaba los objetos de mi apartamento de un modo que me hacía pensar que buscaba algo. Su distracción me desconcertaba. Cuando le preguntaba por su estado de ánimo, se mostraba vago.

—Tal vez sea demasiado para ti —le dije en cierta ocasión—, entrar y salir a escondidas de aquí como un ladrón.

Se limitó a negar con la cabeza, y yo no lo presioné. El silencio entre nosotros se había convertido en una insinuación, y yo no sabía cómo luchar contra él, pero en esos momentos lo veía con distanciamiento, como a un extraño en medio de una multitud. Una tarde de abril, Michael se había dado una ducha y estaba en la cocina de la otra habitación de mi apartamento. Llevaba sólo una toalla encima. Le rodeé el pecho con los brazos y me apoyé contra él.

—¿Utilizas siempre dos tazas de café? —dijo, con la vista puesta en el fregadero.

—A veces me da pereza lavarlas.

—¿No será más bien que te has estado viendo con alguien? —dijo con voz sorda.

Me solté y, cogiéndolo por los hombros, le di la vuelta en mi dirección.

—No —dije—. Eso no. Por favor. Dañará nuestra relación.

Me miró, asintió y sonrió con la boca cerrada.

—Lo sé —dijo.

Pero Michael veía señales de traición por todas partes: una camisa de Stephen que no le había devuelto en mi armario, las flores que Ruth me envió por mi cumpleaños, y hasta una carta de mi madre encima de mi escritorio que comenzaba «Mi querida Iris». Nunca me acusó de nada. Se servía de circunloquios para interrogarme: «¿Te han enviado flores?» o «¿Has recibido una carta?». Los celos rara vez carecen de fundamento. Aunque yo no tenía otros amantes, Michael había intuido mi distanciamiento, por temporal que fuera, y necesitaba responsabilizar de ello a alguien. Sus sospechas trajeron consigo una atmósfera de amenaza. Se frotaba las manos con fuerza cuando me hablaba, lo que me hacía pensar que no se fiaba de nadie. En ocasiones los celos de Michael me convertían en una espectadora atemorizada. En otras ocasiones me producían náuseas, y aullaba de frustración. Ése era el problema. Yo entraba y no entraba en el juego. Estaba dentro y fuera. Me convertí en lo que se conoce como *mujer imposible*, una de esas horribles criaturas que no pueden disimular sus estados. Pero mis humores no estaban calculados. Michael cambiaba. Era uno y acto seguido otro. Estaba cerca y más tarde se alejaba. Yo iba y venía entre los dos polos, lo que me provocaba una gran tensión.

Con Stephen había conocido el otro lado de los celos, había sido yo quien contrajo la enfermedad, y tal vez por eso mismo la experiencia me resultaba familiar. Y era más que eso. El ritual de sus veladas acusaciones, mis negativas y las consiguientes reconciliaciones parecían una recreación. Nuestros gritos y arrullos parecían provenir de un guion tan viejo como las montañas, y yo me sentía como un personaje en una farsa. Había llegado a

creer que en el amor no existe un idioma genuino, sólo sonidos. Cuando abría la boca para hablarle, para expresar mi pena o mi afecto, a mis oídos les sonaba absurdo. Pero seguíamos hablando, cavando un surco con cada frase. Nos cebábamos en el montón de basura de las expresiones muertas, y la comilona nos hacía sentir peor. Se mostraba pomposo o sensiblero, y yo, desagradable o fútil. Y así oscilábamos de un extremo al otro, sin estar realmente presentes en ninguno. Y luego volvíamos a encontrarnos y nos hablábamos como al principio, y pasábamos horas de felicidad. Pero así y todo una tercera presencia, invisible y empalagosa, permanecía entre nosotros. Empecé a notar que cuando me hablaba, ya fuera sobre literatura, filosofía o ciencia, daba vueltas en torno a esa otra cosa, esa tercera presencia. Todas sus discusiones estaban plagadas de insinuaciones. Su discurso se había vuelto menos directo, más oblicuo y sutil. Hablaba mucho acerca de la crueldad, sobre el misterio de la crueldad y el impulso humano de mutilar y destruir. Hablaba de sadismo privado y barbarie en masa, sobre psicópatas y sobre los nazis. Este tipo de discusiones no tienen fin. Dan vueltas sobre ellas mismas. Se tejen explicaciones que acaban en incredulidad. Michael buscaba el centro de la cuestión, pero eso era algo imposible de hallar, y yo sabía que se trataba de algo personal y que me estaba llevando con él, dejándome entrar. Forzaba mi complicidad con acotaciones del estilo «ya sabes a qué me refiero» o «pensamos lo mismo». Pero la mitad de las veces me perdía, y en una ocasión en que me contó la historia de un hombre que había sobrevivido a Auschwitz como músico y que al cabo de muchos años se había suicidado después de abofetear a su hija en público, rompí a llorar. Volvió a sacar a colación *El bruto*, estudiándome al tiempo que hablaba de Klaus y del destino de Krüger en el campo de exterminio.

—No volvamos sobre el tema —le dije—. En cierta medida cada vez es peor. Ojalá no hubiera puesto nunca los ojos en ese estúpido libro.

Recuerdo las palabras exactas de su respuesta:

—Ahora no podemos dar marcha atrás al reloj. Lo llevamos dentro. Si cerramos los ojos, saltará sobre nosotros en la oscuridad.

Ignoro a qué se refería, si hablaba del relato, del mal o de una presencia

amorfa, y no pregunté. A esas alturas ya no quería escuchar. Y al mismo tiempo estaba atrapada como una persona que, en una película de terror, se tapa los ojos con la mano al tiempo que atisba entre los dedos.

Las azarosas conferencias de Michael siempre me llevaban de vuelta al bar y a la pistola, a lo que no podía contarle. El episodio volvía a mí con nauseabunda reincidencia. Y así y todo era un recuerdo falso, porque salía de mi cuerpo y me veía hacerlo. En efecto, me convertí en espectador de mi propio acto, en uno de los estupefactos clientes del Babydoll Lounge. «Pero eras tú —me decía—, tú quien querías la pistola, tú quien intentó cogerla.» Mi motivo era inexplicable. El impulso que me había empujado tan lejos estaba enterrado con Klaus.

Me traía obsequios, pequeños regalos de comida y libros, pero también objetos: un frasco de perfume, unos pendientes de topacio y oro, y un jarrón de cristal para las flores que hasta ese momento colocaba en un tarro vacío de mayonesa. Me encantaban sus obsequios y me encantaba la cara que ponía cuando yo abría las cajas. En esos momentos parecía joven y con ganas de agradar. Pero estos regalos también hacían que mi vida no fuera tan desolada. Tenerlos me apartaba de la desolación de carecer de todo. Eran simbólicos, por supuesto, pero cuando miraba el jarrón lleno de tulipanes, margaritas, anémonas o fresias me sentía bien. A principios de junio Michael me dio el que sería el último regalo que recibiría de él. Me había llevado a cenar a un pequeño restaurante francés, no lejos de mi apartamento pero fuera de la órbita de la Universidad de Columbia. Era un riesgo y decidimos correrlo. Estábamos celebrando mi trabajo de verano. Iba a dar clases de inglés para estudiantes de primer año en el Queens College, y el salario, pequeño como era, prometía mantener mi solvencia. Comimos y bebimos y reímos. Varias veces alargó la mano por encima de la mesa y apretó la mía. Al día siguiente se iba de vacaciones. Su esposa tenía una casa en Vermont, y él se uniría allí con ella para pasar los meses de julio y agosto. El tema de nuestra separación era tabú, y ni siquiera lo mencionamos. A Michael le preocupaba dejarme sola en la ciudad, y yo sabía que estaba atormentado por fantasías en las que me veía con otros hombres. Lo podía leer en sus ojos y boca, en su cuerpo y en sus oblicuas pero ominosas referencias al «verano».

Después de cenar me pasó una caja. Estaba envuelta en papel dorado y atada con una cinta de color azul pálido. La abrí despacio, aparté el papel y me encontré con una bufanda de seda: blanca, azul marino, roja y verde. Era bonita y cara, y llevaba el nombre del diseñador escrito en una esquina. La alcé.

—Nunca he tenido una igual —dije, y me la coloqué por encima de los hombros. Me eché hacia delante y lo besé. Cuando nos fuimos, eran casi las once y media, y empezamos a caminar de vuelta a mi apartamento. Michael me rodeó los hombros y me acercó a él. Podíamos habernos encontrado a un montón de gente conocida, pero él tiraba las precauciones por la ventana, y eso me hacía feliz.

—Estas calles tan familiares —dijo—. Llevo demasiado tiempo aquí.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi quince años.

No dijimos nada hasta que por fin hablé yo.

—Ahora hace tres años que yo estoy aquí. He caminado por estas calles cientos de veces. Llevo el ritmo en mis pies. —Asentí mirando hacia delante—. Apuesto a que podría recorrer este último trecho con los ojos vendados.

Sentí como sus dedos se clavaban en mi brazo, y volvió la cara bruscamente en mi dirección. Desplazó la mano hasta mi cuello y acarició la bufanda, frotándome la piel con el dedo medio.

—Estás bebida —dijo—. Veamos si puedes hacerlo.

—Bromeas.

Se le crispó una de las comisuras de la boca, y a pesar de la oscuridad atisbé el color verde de sus ojos. Se paró y me soltó la bufanda.

—Date la vuelta —dijo.

Sus palabras traían consigo un temblor de excitación que sentí en el abdomen y un involuntario encogimiento en estómago y muslos. Plegaba metódicamente la bufanda en la rodilla alzada y por un instante se tambaleó sobre una pierna.

—Date la vuelta —repitió.

Lo hice y él me puso la bufanda de seda delante de los ojos, anudándomela con fuerza en la nuca.

—Supongo que sabrás que esto es una locura —comenté.

No veía nada. La tela era densa.

—Estoy completamente ciega —dije.

—¿Puedes volver a casa?

—Sí —dije—. Estamos en la Ciento tres. Puedo contar las calles. Pero tú tienes que evitar que tropiece con los edificios o los coches.

—Por supuesto —dijo riendo.

—¿Hay gente mirándonos?

Me sujetaba de un codo.

—¿Te preocupa?

—No. Vamos allá.

Apartó la mano. Empecé a avanzar despacio, tanteando el bordillo a cada paso, determinada a no caerme.

—Estás zigzagueando.

—Por Dios, si hasta los ciegos utilizan bastones —respondí.

Corría una ligera brisa. Recuerdo preguntarme si había estrellas, deseando por algún motivo haber podido comprobarlo. Michael marchaba muy cerca de mí. Avanzaba torpemente por el bordillo, sintiéndome expuesta al aire nocturno. Me reí.

—¿Nos miran todos? —pregunté.

—Nos mira el mundo entero —dijo—. Piensan que estamos locos.

Pero a esa hora no había mucha gente en la calle. Oí pasos que venían hacia nosotros y me detuve. Michael habló con voz baja y clara, pero no a mí.

—Es una apuesta, señora, una simple apuesta.

Los pasos se aceleraron. Estallé en carcajadas. Me temblaron los hombros. Michael también se rio, empujándome hacia él y besándome mejillas y barbilla.

—Tiempo muerto —dijo.

Esas seis calles eran una odisea. Mi equilibrio había desaparecido con la visión y daba bandazos y trotaba hacia delante, marcando cada calle en la cabeza. En un momento dado Michael intentó guiarme, pero yo lo aparté, diciéndole:

—Puedo hacerlo sola.

En la calle Ciento nueve torcí con las manos extendidas. Michael no abandonaba mi costado, y su presencia en la oscuridad era una ventaja. A pesar de su invisibilidad, su cuerpo ocupaba un sitio, y le oía respirar y toser, estaba atenta a su voz e imaginaba su expresión irónica. A tientas di con la pared de ladrillo de mi edificio y dejé que una mano la rozara, esperando el portal de un momento a otro, pero calculé mal y golpeé contra un objeto de metal, dando un traspié hacia un lado. Michael me agarró por la cintura y yo me desplomé sobre él, exhausta.

—Es un cubo de basura —dijo—. Pero lo has conseguido.

Alargué la mano para quitarme la bufanda, pero él me la cogió.

—Todavía no.

—Pero estoy muy cansada. No puedo más.

—Yo te llevaré —dijo—. No te la quites hasta que estemos dentro.

Michael me levantó del suelo y me subió por los escalones. Su fuerza parecía notable y yo le dejé vía libre, dejando descansar la mejilla contra él. «La última persona que me acarreó así —pensé— fue mi padre cuando me sacó del coche en el que me había quedado dormida.» Fue hace años y años. Michael volvió a ponerme sobre los pies y me cogió el bolso. Oí el tintinear de las llaves, el sonido de la puerta. Me metió dentro. La luz del recibidor brillaba atravesando la tela que me cubría los ojos. Volvió a acarrear-me.

—Acabará por hacerte daño, Michael.

Pero él no repuso. Respiró pesadamente mientras subía el pequeño tramo de escaleras, volvió a dejarme en el suelo mientras abría la puerta y me condujo dentro. Oí como la puerta se cerraba de golpe. Creo que le dio una patada. Volví a intentar quitarme la bufanda y él me detuvo de nuevo, diciendo:

—No, ahora no. Te quiero ciega, sólo por esta vez.

Me besó, y estuvo bien no verlo. Podía haber sido cualquier hombre. El anonimato era suyo y mío. Como un niño, sentía que mi ceguera me hacía desaparecer, o al menos volvía inestables los límites de mi cuerpo. Uno de los dos boqueó. No sé cuál, y esta confusión hizo que el corazón me palpitará.

Estábamos en la otra habitación. Tenía las manos sobre mis hombros y me presionaba hacia la cama. No había luz. Me sacaba la ropa a toda prisa.

«Ciega —pensé, y la palabra me inquietó—. Me estoy hundiendo.» Me había cogido de las muñecas y las sostenía por encima de mí en un gesto de conquista, y reconocerlo me despertó. Acepté el papel y lo jugué. El placer estaba en la puesta en escena, la idea de nosotros como una repetición de otros. Lo sabía sin siquiera decirlo, sentía mi feminidad como el juego de todas las mujeres, una misteriosa identificación en la cual me perdía. Él también estaba atrapado, y me preguntaba qué estaría viendo, a quién estaría viendo. No importaba. Hundámonos, pensé, y sentí el pulso en las sienes por debajo de la tela prieta. Pero entonces pareció como si pasara de largo, como si la urgencia se hubiera apoderado de él. Acerqué mi cara a la suya para besarlo, pero él se apartó. Busqué un ritmo nuevo, pero no di con ninguno. El cubrecama bajo mi cuerpo me irritaba la espalda. Quería tocarme la venda, ajustarla, pero me sostenía de los brazos, intencionadamente, febril. Su piel estaba caliente y pegajosa. Me aparté del drama que vivía en mi cabeza, y mi cuerpo quedó muerto. Sus manos me dañaban las muñecas y yo me debatía para liberarme, pero él volvió a tironearme sobre la sábana mojada y su furia me sobresaltó. Es extraño lo que se piensa en momentos como ése, en que los pensamientos se mueven libremente y recordaba nuestras conversaciones. Actos de los que no se podía hablar, ataques de crueldad, Klaus. Me asfixiaba en mi propio miedo, oí el ruido que salía de mi interior, un sonido animal de alarma, y acto seguido solté:

—¡No!

Me tapó la boca con la mano.

—¡Chisss! Pueden oírte.

—¡No! —volví a gritar, luchando contra él con la mano libre. Me la agarró, pero yo le pateé desde debajo y grité una vez más.

—Bruja —gruñó, y el nombre me hizo llorar. Me abofeteó cruzándome la boca. El dolor me asombró. «No lo sabe —pensé—, sigue dentro de eso. No puede saberlo.» Volvió a taparme la boca con una mano mientras me empujaba, arrastrándome hasta el extremo, pero yo le golpeé la espalda con el puño y busqué sus dedos con la boca. Le mordí, escuchando el ruido de su aullido, y el sonido me hizo feliz. Se apartó y yo me senté, arrancándome la bufanda de la cara y arrojándola a la cama. Cogí la sábana y me la puse sobre

los hombros para cubrirme. Alejándome de él, me aparté hasta una esquina de la cama cerca de la ventana y miré hacia afuera, atisbando entre las barras romboidales de la verja de seguridad en el conducto de aire de debajo iluminado por la luna y una distante luz de neón. En el patio había basura y unas piedras. «¿De dónde han salido estas piedras?», pensé.

Michael gruñó, y yo volví la cabeza para mirarlo. Se sentó en el extremo de la cama con las piernas desnudas separadas y la camisa abierta. Lloraba. Lo contemplé, fascinada por su estremecimiento y los ruidos poco familiares que provenían de él: cortos, desiguales arranques de ruido. En su desgracia se veía feo y me inspiró repulsión. Es difícil decir cuánto tiempo seguimos así, cuánto antes de sentir el cambio en mí. Llegó como una sensación aguda, como un tirón en las tripas, y acto seguido me apiadé de él.

Hablaba, y los sollozos tapaban las palabras. «¿Qué dice? —pensé—. No lo distingo.» Avancé poco a poco hacia él, arrastrando la sábana conmigo, y cuando llegué muy cerca alargué la mano y vacilé. Finalmente dejé que los dedos reposaran suavemente en su hombro. Los regueros húmedos en sus mejillas se me antojaron increíbles. Fragmentos de frases entraban en mi cabeza para desvanecerse acto seguido. Abrí la boca, la cerré. Y entonces susurré:

—¿Por qué?

Negó con la cabeza, juntó las manos en el regazo y se frotó las palmas. Me fijé en sus dedos y en la pequeña herida en el nudillo en el que le había hecho sangre. Desplacé la vista desde la mano a la cama en la que se veía la bufanda aún anudada sobre la sábana blanca. «Qué extraño —pensé—. Todo es muy extraño.»

Michael se movió de tal modo que pudo verse en el gran espejo frente a nosotros. Contemplamos el reflejo. Lo vi, vi la carne blanda y pálida de su estómago, el profundo ombligo y los genitales flácidos. Aparté la vista. Lo había visto. En el espejo su cuerpo aparecía como un objeto de horror cómico, vulnerable, envejecido, un monumento a la decadencia.

Él también se dio cuenta.

—Mírame —dijo—. Soy un anciano, una persona absurda, despreciable.

Me coloqué detrás de él y me estudié en el espejo: la pequeña cabeza y el

cabello revuelto, las mejillas sin color, las bolsas oscuras debajo de los ojos, los dedos delgados sujetando el cubrecama. Lo solté, y el cobertor cayó sobre la cama exponiendo mi cuerpo desnudo, pero lo que vi entonces fue mi boca. Tenía los labios muy rojos e hinchados, un único signo de evidente sensualidad, un anuncio.

Michael parecía transfigurado por el reflejo.

—Mira a otro lado, Michael —le susurré—. El espejo. No me mires así.

Se encontró con mis ojos en el espejo, nuestros reflejos trabados en una confrontación.

—¿Lo ves? —preguntó.

—¿El qué?

—La respuesta. Ahí, en ti.

No abrí la boca. Me miró.

—No —dije al fin—. Es lo que tú crees que ves. Es la vieja cuestión entre nosotros, lo que has estado intentando decir, intentando decirme...

No pude terminar. Las extravagancias me cansaban. La conversación me ponía enferma.

Michael seguía con la vista fija en el espejo, mirándose primero él y luego a mí. Me aparté del campo de visión, cubriéndome otra vez bajo los pliegues del cobertor y dirigiéndome a abrir la verja y subir la ventana. «Necesito aire», pensé. Y me puse a respirarlo, aire fresco que olía a gasolina, a hollín y a ladrillo.

—Esta noche yo era otro —dijo.

Esperó, pero no hice comentario alguno.

—Es... —hizo una pausa— imperdonable.

—Me has hecho daño —dijo. La frase se me atragantó y volvieron las emociones. Apreté los labios y cerré los ojos.

—No puedo creérmelo. —Esto último lo dijo con calma, para sí.

Estábamos en silencio. Entonces me acerqué a él y le dije:

—He notado cómo llegaba. Casi lo esperaba.

Se miró las rodillas.

—Michael —dije, ahora susurrando—. ¿De dónde venía? No lo entiendo.

Alzó la cabeza con brusquedad.

—¿Crees que puedo decírtelo? ¿Crees que lo sé?

—Me llamaste *bruja*.

Volvió el rostro hacia mí, con los ojos en blanco.

—¿No te acuerdas? Me llamaste *bruja*.

Sus labios se movieron, articulando la palabra sin sonido, y me quedé mirándolo. La habitación seguía a oscuras, excepto por una bombilla que brillaba en la habitación exterior. Era suficiente. Decidí no encender mi lámpara.

—A veces tengo la sensación de que lo que hacemos y decimos es sólo una repetición, de que todo ha sucedido con anterioridad —dije.

—*Déjà vu* —acotó con voz llana.

—No, no es eso, no algo idéntico... sólo vagamente igual, como que estamos atrapados en un patrón o una idea a la que no podemos renunciar, que nos lleva por el cuello...

—¿Ahora quieres tener una discusión filosófica? —di-jo—. ¡Dios mío!
—Habló a la pared.

—No, sólo quiero comprender lo que ha pasado.

—Iris, podríamos hablar hasta el Día del Juicio y no llegaríamos a ninguna parte.

—Me parece que tú sólo querías una parte de mí, una pequeña tajada en realidad, y yo he procurado dártela, sólo que no ha funcionado. Todo se ha desvirtuado...

Seguía sin volverse para mirarme.

—Cuando volví a dar contigo en aquel bar, Iris, estabas como perdida, eras una niña macilenta y desamparada, un poco desquiciada también. ¿Crees que me he olvidado de eso? Pienso en ello todo el tiempo.

—¿Te refieres a que me salvaste de la perdición?

—No, puede que sea peor que eso. No lo sé. Me refiero a que te he visto, te he visto realmente, y lo que he visto no es sencillo o pequeño. Es complejo, ambivalente, misterioso, y ha acabado por enloquecerme.

—Me estás echando la culpa a mí.

—No, me la echo a mí. ¿Dónde están mis pantalones?

—¿Cómo?

—Mis pantalones.

—Estoy sentada encima de ellos. Lo siento.

—No digas eso, Iris. No puedo soportarlo.

Le tiré los pantalones y se levantó. Miré la parte trasera de sus piernas blancas, los músculos de los muslos. Se subió los calzoncillos y después los pantalones marrones de pana. Se volvió hacia mí con la camisa aún abierta. Encendí la lámpara que había junto a mi cama y lo miré. Percibí los pelos grises que le crecían entre la mata negra de su pecho. Verlos me produjo una punzada de ternura. Se estaba abotonando la camisa. Lo cogí de las manos y lo atraje hacia mí, pero él se puso rígido y se sentó a mi lado en la cama.

—No puedo aceptarlo, Iris —dijo—. Tu compasión, el perdón o lo que sea. Ahora no. —Asintió para sí—. Es de locos dejarse llevar por todas las sensaciones, ser arrastrado Dios sabe dónde por una compulsión momentánea: piedad, amor, ira, celos. —Volvió la cabeza y frunció el ceño—. Puedo verlo en tu rostro ahora, esa expresión de insoportable bondad, patetismo, buena voluntad. Pero no durará mucho.

—Estos momentos intensamente sentidos son todo lo que tenemos, Michael. Desaparecen y vuelven. Hasta los santos se muestran a veces crueles —añadí, sin saber bien por qué—. No te apartes de mí. No tiene sentido alguno.

—Tiene todo el sentido. —Miró al techo, alzando la barbilla, y vi la línea de su cuello, el bulto de su nuez de Adán. Dejó caer la cabeza—. Todos nos volvemos unos monstruos, ¿es que no lo ves? Todos o por lo menos yo.

—No, eso no es cierto.

Michael negó con la cabeza y recogió la chaqueta del suelo.

—Por favor, no te vayas —le dije.

Me miró, pero no repuso.

—Mañana te vas.

Observé como se metía la corbata en el bolsillo de los pantalones.

—Quédate. Quédate esta noche.

—No.

Se levantó.

—Escúchame —dije—. No puedes irte sin decirme nada. Tenemos que

resolver esto, aclarar las cosas.

Al llegar a la otra habitación se dio la vuelta. Bajo la abrupta luz que le golpeaba desde arriba parecía muerto. Su rostro lívido era una máscara.

Me dirigí hacia él, llevando el cobertor conmigo como si fuera una capa, y me paré ante él.

—No lo hagas, Michael —dije.

Me miró fijamente. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y su boca se movió. Durante un instante pensé que iba a volver a ponerse a llorar, pero no lo hizo.

Le cogí la cara con las manos dejando que el cobertor cayera. La brisa que entraba por la ventana abierta soplaba sobre mi piel.

—Todo es posible —dije—. En este momento podemos elegir. Podemos decidir comenzar de nuevo. —Apreté los dedos en sus mejillas. Las palabras me excitaban y las lágrimas me corrían por la cara, pero sin sollozar. Hablé —: Tú no lo entiendes, pero yo sí. Esto es una crisis que puede mandarnos a un mundo nuevo. —Sonreí—. Ahora todo está bien. —Le solté y dejé que mis manos colgaran a los costados. Me reí. Era cierto. Estaba segura de ello. Mi barbilla temblaba. Lloraba y reía al mismo tiempo—. Los milagros existen —dije.

Michael entornó los ojos y me observó sin expresión en el rostro.

No me detuve ahí.

—Es sencillo —dije—. Un gesto, una señal. Eso es todo.

Michael no se movió.

Me mordí el labio. Todo había terminado. Volví la cabeza para no verle, y me acordé del final de *Rapunzel*. Dos lágrimas de ella caen en los ojos ciegos de él devolviéndole la vista. Fui hasta el armario, di con el albornoz y me lo puse despacio, concentrándome en el cinturón. Volví y lo enfrenté.

—Te escribiré —dijo.

Asentí. Esbocé una sonrisa. Tuvo que ser una sonrisa terrible porque se apartó de mí. Alzó los hombros y miró al suelo. Con ese movimiento entró en el pasado.

Cuando se puso la chaqueta, volvió a besarme y caminó hasta la puerta, ya era un recuerdo. En el umbral se paró para mirarme, estático como su

propia fotografía. Debí de decirle adiós. No lo sé. Recuerdo haber mirado los objetos de la habitación después de que partiera —la mesa y dos sillas, el improvisado sofá, el cubrecama en el suelo— con una suerte de curiosidad distante. Casi en el mismo instante pensé en el traje. Cuando era niña, me dije, imaginaba que todas las cosas estaban vivas. Hablaba con los juguetes, con mi menaje de cocina, con los zapatos. Mientras cerraba la puerta con llave me venció el deseo de resucitar ese mundo.

Llegó el verano, caluroso y familiar. Con mi primer cheque me compré un aparato de aire acondicionado. Mis estudiantes de Queens leían relatos. Leían a Melville, Hawthorne, Chéjov, Babel, Kafka. Cinco días a la semana cogía el metro y luego un autobús que me dejaba en Flushing. Hasta entrada la noche corregía gramática y dicción, imperfecciones lógicas y totales sinsentidos, trabajando largas horas para posponer el insomnio. Michael no escribía. Pensaba en él en todo momento, y cuando pensaba en él, pensaba en Klaus. Una sensación —culpa, arrepentimiento, depresión— se había aposentado debajo de mis costillas y rara vez me abandonaba. Crecía con cada pausa: entre clases, exámenes, conversaciones. Cuando estaba sola, ese crudo bloque de emoción era todo lo que sentía, y quería que desapareciera. Una necesidad de purgarme, de contarle a alguien la historia empezó a asaltarme. Tenía que hablar.

A mediados de julio les hablé de *El bruto*. La edición aún no había aparecido, por lo que fotocopié el manuscrito y se lo pasé a mis alumnos. Durante dos días arengué a los estudiantes sobre el problema del mal.

—¿Quién es Klaus? —vociferé por último ante sus sorprendidos rostros al final de la segunda sesión.

Tina Jaworsky levantó la mano.

—No sé, señorita V. Me parece un muchacho de lo más normal. No es que haga mucho. —Pensó durante unos momentos—. Mi hermano mató a su tortuga cuando tenía siete años, la metió en el retrete y luego tiró de la cadena. Y después no podía parar de berrear.

Toda la clase se rio. Yo me senté a mi escritorio.

—Hasta mañana —dije, con diez minutos de antelación.

El relato de Krüger no daba pistas ni asidero alguno que pudiera explicar algo. La historia era un arenque ahumado. Me dejaba vacía. Y fue entonces cuando decidí devolverle el traje a Ruth y hablarle de Klaus y Michael. Quedamos en el Tom's Restaurant.

Ella ya se encontraba allí cuando llegué, y vi que mi vieja amiga estaba muy guapa. Se había peinado el cabello rojo suelto hacia atrás y llevaba un vestido ceñido verde y sandalias de color bronce. Ruth ya no parecía una estudiante.

—¿Cómo estás, Iris? —preguntó con expresión seria.

—Muy bien, contenta de verte, muy contenta. Tienes un aspecto estupendo, pareces feliz.

—Lo soy —dijo. Me miraba fijamente.

Vi en su expresión una abertura, un lugar por donde empezar. Aguanté la respiración. El traje estaba a mi lado en la bolsa de la tintorería.

—He traído el traje de tu hermano —dije.

Parecía desconcertada, y dijo:

—¡Oh, eso! Me había olvidado por completo. Estoy segura de que él también.

—Ruth, tengo que decirte algo... —Hablaba en voz muy baja—. Me lo he puesto unas cuantas veces...

Ruth sonrió.

—Me parece muy bien, Iris. Tenías una voz tan siniestra que creía que ibas a decir, bueno, algo completamente diferente.

Yo estaba en silencio y miraba sus pendientes de oro. Robert Cohen, decidí, era rico.

—Lo he hecho, Iris —dijo.

—¿Qué has hecho?

—Nos hemos casado.

—¿Tú y el ilustre señor Cohen?

—Oh, Iris —dijo con expresión desolada—. No te gusta Robert.

—Te equivocas —dije—. Sí que me gusta.

—Nos casamos en los juzgados del centro; de forma rápida y sin

alborotos. De todos modos vamos a hacer una celebración a la que estás invitada. Y...

—Y eres muy feliz —completé.

—Sí, pero hay más.

La miré y sonreí.

—Venga, suéltalo ya.

Se levantó y alisó la tela de su vestido por encima de la barriga.

—Estoy embarazada.

—Oh, Ruth —dije, y luego volví a decirlo, abriendo los brazos. Me abrazó con fuerza, y cuando se apartó vi como el rostro se le contraía de emoción.

No podía decírselo. Sabía que la razón de mi silencio era el bebé, el hecho de su embarazo, pero por qué su hijo no nacido me imposibilitó hablarle es algo que sigo sin comprender hoy en día. Antes de separarnos, le dije:

—Espero que sea una niña.

—La verdad es que me da igual una cosa o la otra. —Se rio.

—Lo sé —dije—, pero a mí me gustaría que fuera niña.

—Entonces espero que sea una niña. Por ti.

Paris volvió a salir a la superficie a mediados de agosto. Yo volvía de Queens con cincuenta trabajos de alumnos de primer año sin corregir, y lo vi en la puerta de mi edificio con un traje verde canario y leyendo el *Interview*.

—Ulises —dijo—. Por fin has vuelto al hogar, junto a mí.

Le sonreí.

—Ha pasado mucho tiempo, Penélope.

—Años y años, pero quiero que sepas que he estado reservándome para ti.

—¿Cuánto llevas esperando?

—No mucho —respondió.

—La frecuencia de tus apariciones es imprevisible —dije, mirando las arrugas alrededor de sus ojos.

—Me gusta que pienses eso. ¿Qué tal si cenamos juntos?

—Me encantaría.

Paris me cogió la mano y la estrujó. El calor volvía neblinosa la luz del sol. Me fijé en el edificio de piedra caliza al otro lado de la calle. Alguien abrió un postigo en una ventana del segundo piso. Vi el brazo desnudo de una mujer y pensé en Michael.

Paris me esperó mientras me duchaba y me cambiaba. Nunca había visto mi apartamento, y cuando aparecí desde el dormitorio, comentó su austeridad.

—Eso es un eufemismo, Paris. Lo que sucede es que soy más pobre que un ratón de iglesia. Me asombra tu delicadeza.

—Últimamente me porto muy bien.

Me llevó al Odeon, en Tribeca, un local luminoso y abarrotado llevado en su mayoría por jóvenes vestidos de negro. Se trataba de un grupo elegante y atildado que hacía que los presentes en el local se sintieran cohibidos. El restaurante era un caos de miradas cruzadas y luego apartadas, de anotaciones mentales (admiración hacia todo lo chic y hermoso, sumaria ignorancia de lo no chic y lo no hermoso). Con el pequeño Paris del brazo y mis tacones de cuatro centímetros, entré sintiéndome como una gigante y con la esperanza de que mi vestido no dejara traslucir sus orígenes de mostrador de saldos. Pero una vez en la mesa, me relajé. Paris pidió champán y me entretuvo lanzando pullas contra conocidas de otras mesas.

—¿Ves a esa mujer con el mono de color púrpura, la de la nariz chata? Rica, rica, rica. Tiene una galería, pero Papaíto hizo su dinero traficando con armas. Y más allá... —Señaló con la cabeza—: Rick Hops, el pintor. Se dedica a sembrar, no pinta otra cosa aparte de naranjas. El trabajo apesta. Tuvo sus quince minutos... —Miré boquiabierto uno tras otro a los distintos personajes—. Iris, ¿cuándo aprenderás que mirar a la gente es de mala educación?

—¿Cómo estás, Paris?

Dejó de sonreír.

—No muy bien. —Se llevó la mano al pecho—. Anoche tuve un ataque. Apenas podía respirar.

—Lo siento.

—Susan me dejó el jueves. Sigue habiendo un montón de su basura en mi apartamento.

—No sabía que vivíais juntos —dije.

—Más o menos. A veces más, a veces menos.

—¿Realmente ha terminado todo?

Movió la cabeza pensativo.

—Tengo veintisiete pares de zapatos suyos en mi armario.

—¿Veintisiete?

—Los he contado.

—Y pensar que hay gente en el mundo que tiene veintisiete pares de zapatos.

Paris bajó la vista a su tarta de frambuesa.

—Un hombre al que estaba viendo también me ha dejado —dije. La cruda afirmación me sonrojó. Cuando Paris hablaba de Susan sonaba natural y suelto, apenas privado. Mi referencia a Michael casi se me atraganta.

Paris levantó la vista.

—¿Stephen no? —preguntó—. Conozco a Stephen.

—¿En serio?

—Sí. Sale con una modelo, una perfecta majadera.

—Oh. —Stephen había venido a visitarme al hospital y no lo había visto desde entonces. La conexión entre Paris y Stephen no era demasiado sorprendente. Había oído decir que Stephen escribía crítica de arte, y ese mundo era pequeño. De cualquier modo, quería saber.

—¿Stephen me mencionó? —pregunté.

—No me contó los detalles de tu vida amorosa, si eso es lo que te tiene preocupada —repuso—. Me dijo sólo que había salido contigo. —Paris sonrió brevemente—. Me dijo que corrían rumores sobre ti y un tipo mayor, creo que un profesor...

Apreté los labios y contemplé a Paris. «Es imposible esconderse —pensé—. Los secretos sólo los imaginamos.»

Paris frunció el ceño.

—Lo siento —dijo—. Chafardería, sólo chafardería. Tendrías que oír lo

que dicen de mí. Si todo fuera verdad, estaría dentro de un tarro en la Facultad de Medicina de Harvard.

Me acordé de Ruth y de la historia del pintor que se había suicidado. Durante unos instantes se me apareció la imagen del muerto. Y después vi a Michael sentado en el extremo de la cama, y la bufanda anudada a su lado sobre la sábana. El jaleo de cien conversaciones llenaba el local, y cerca de mí percibí un cierto olor a sudor.

Paris llamó al camarero y le pidió la nota con un gesto.

—¿Por qué no vamos a mi apartamento? Por lo menos habrá menos ruido.

Cogimos un taxi a Chelsea. Paris no dijo nada, y yo me dediqué a mirar por la ventana. En un momento dado me palmeó el brazo. «Es una persona amable —pensé—. Esta noche se ha mostrado muy amable.» Paris pagó al ceñudo y silencioso conductor y me hizo pasar a su edificio y subir dos tramos de escaleras. En mi recuerdo, el apartamento es todo de cristal —mesas de cristal y paredes con recuadros verdes de cristal y varios espejos— y su transparencia estaba acentuada por luces misteriosas que Paris bajaba con un interruptor en la pared. No había nada viejo. Hasta sus libros, reunidos en una gran caja de metal, tenían aspecto de nuevos con sus resplandecientes cubiertas. Paris señaló a un sofá blanco, se sentó frente a mí y sirvió dos brandis.

—Lamento el cotilleo de Stephen —dijo—. Lo he dicho sin pensar. A veces me voy de la lengua. Pareces haberlo pasado muy mal.

Levanté la vista en su dirección.

—No es culpa tuya. Estos días estoy de lo más sensible. —Tenía los ojos humedecidos y me tomé el brandy de un trago.

—Está bien, Iris —dijo—. Puedes contármelo. Está bien.

Me habían dado permiso, y me abalancé como un animal salvaje. Lo solté todo: Klaus, Stephen, Michael, el hospital, la noche de la venda. Los sollozos interrumpían mis frases, pero seguí adelante, puntuando todas las afirmaciones con la estúpida coletilla «no sé». Al hablar no miraba a Paris. Narraba la historia a la ciudad al otro lado de las grandes ventanas, con los ojos puestos en sus luces y espacios de oscuridad. Estábamos cerca de los

muelles y del río. Había periodos de calma intermitente durante los que hablaba con una voz normal, debatiéndome para articular lo que había sucedido, y luego volvía a ponerme a llorar en serio, abriendo mucho la boca para poder respirar, moqueando y emitiendo ruiditos. Durante estos intervalos Paris hacía sonidos de comprensión con la lengua, lo que yo entendía como nuevo permiso, y me devolvían a mi confuso relato. Cuando finalmente hube vomitado lo que suponía era el último retazo de confesión, me volví hacia Paris.

Estaba recostado en la silla blanca, sujetando su copa de brandy con dos manos. Una luz cenital invisible proyectaba sobre él una nube de luz. Podía ver las partículas de polvo en el haz. Parpadeó y acto seguido bostezó. Durante una fracción de segundo los puentes de plata de sus dientes reflejaron la luz. Me eché hacia delante y apreté el brazo del sofá. Me parecía que su expresión había cambiado. Sonrió por la comisura de la boca.

—Me gusta lo del policía. Lo estoy viendo —dijo, y se rio.

—No tiene gracia —le dije, mirándolo.

—Venga ya, Klaus —dijo, enfatizando el nombre—. Es divertidísimo.

—No —dije, negando con la cabeza. Me aparté de él, hundiéndome un poco en el sillón sin apartar la vista de su rostro.

—Iris. —Sonreía—. Mira las cosas con perspectiva, con un poco de sentido del humor. Te paseas por ahí con tu traje de Todos los Santos. Eso ya lo sabía, y admito que era un poco extraño, pero también te convierte en alguien más interesante. Stephen entra en tu vida. Eso me resulta algo decepcionante porque, francamente, me parece un pelmazo. Has tenido suerte de librarte de él. Lo sucedido te provoca un dolor de cabeza mortal y pasas una temporada en el pabellón neurológico del hospital. Y luego conoces a ese como se llame. Llamémoslo sencillamente Gramps. Una noche Gramps te da un meneo y desaparece de tu vida para siempre. Eso lo resume todo, ¿no te parece?

Me levanté. Estaba mareada y quería recuperar el equilibrio.

—Eres un monstruo —le dije con voz escandalizada y débil. Di un paso hacia atrás y choqué contra el sofá.

—Oye, presta atención. Ya sé lo mal que te sientes, pero si lo miras todo

de otra manera, se evapora. No es nada. Podría contarte historias... En serio, Iris. Siéntate.

—No me lo puedo creer. Hace una hora eras el amigo comprensivo, rebosante de caridad. ¿En quién diablos te has convertido?

—No sé por qué te excitas tanto. Sencillamente quería pasar un rato divertido contigo.

—Paris, te lo he contado todo porque confiaba en ti. Hemos sido amigos. Me miró con los ojos en blanco.

—Y una mierda —dijo, sin levantar la voz—. Te he resultado conveniente, una distracción de cuando en cuando, pero no alguien a quien tomar en serio, apenas un hombre. Soy demasiado bajo, ¿recuerdas?

Dio vueltas al vaso y se encogió de hombros.

Sentí náuseas. «El brandy», pensé. Abrí las piernas para recuperar el equilibrio.

—¿Cuál es tu auténtico nombre? —le pregunté.

Estaba sentado en la silla sin moverse. «He tocado una fibra», me dije.

—El nombre que te pusieron tus padres. ¿Cuál es?

Ni siquiera pestañeó.

—¿Fred, tal vez?

—No.

—Arnold —dije—. Arnold está bien. Abe, Alfred, Abner. Dios mío, hay miles de posibilidades. Buddy, Bert, Bertrand, Brian, Billy, Buster, Caleb, Curtis. Éste está bien. —Los nombres me planeaban por el cerebro—. Olvidemos el alfabeto —dije, notándome cada vez más histérica—. Dick, Dickie, Rick, Ricky, Prick. —La invectiva me gustó—. John, Johnny, el John, pequeño John, un John. Oliver, Walter, Allan, George. ¿Cómo te llamas?[3]

La sonrisa de Paris era plácida.

—Estás loca. —Mojó los dedos en el brandy y los chupó—. Descansa un rato.

Los reflejos de la habitación me ponían enferma. Cerré los ojos.

—Tal vez tu nombre lleve incorporado un «júnior». Bob júnior, el pequeño Jim. Llevas el nombre de tu padre, ¿no es cierto? —Lo miré. Mi

boca temblaba de forma incontrolada.

—Déjalo estar —dijo—. Estás borracha.

Respiré hondo. Había logrado calmar mi voz.

—Sea cual sea tu nombre, tratándose de ti tiene que ser terrible. Todas las vidas pueden convertirse en un mal chiste —la mía, la tuya—, pero ¿por qué hacerlo? Querías que hablara. Me has animado a hacerlo. ¿Para qué? ¿Una sacudida de auténtica emoción? ¿Una ventaja? ¿Algo de poder en la ciudad grande y malvada? ¿Es eso? ¿Qué posible uso has pensado para mí? No puedo servirte de mucho.

—Bien dicho tratándose de alguien que no puede ni mantenerse recta —dijo—. Pero te estás engañando, Iris. Yo nunca te he gustado por mi sinceridad. Yo te fascino. Eso es lo único que cuenta, Iris. Tú no eres tan fuerte como quieres hacer ver. No hay reglas, no las hay. ¿Quién las hace? ¿Dios? Me da la sensación de que a ti lo que te interesa es la suciedad, un poco de crueldad. Te excita. La vida es un circo, querida. ¿Por qué luchar en su contra? —Paris abrió los brazos y me hizo un gesto para que me acercara.

La habitación se movía. Mi visión era inestable.

—Lo dices en serio, ¿no es cierto?

Asintió.

—Bésame —dijo, y se llevó un dedo a los labios—. ¿No sientes curiosidad? ¿Ver qué se siente?

—Me voy —le dije—. Me voy ahora mismo.

Se levantó. La chaqueta verde estaba toda arrugada. Contemplé divertida su estúpido peinado. Me puso los dedos en el brazo. No me moví. Me cogió la mano y se puso a mirarla, frotándome la palma con el pulgar. Cuando la soltó el brazo me cayó a un costado como un trozo de madera.

—Tal vez esta noche no estés en condiciones. Voy a pedirte un taxi.

—No —repuse. Me encaminé a la puerta. Me adelantó y la abrió. En el rellano me di la vuelta y miré hacia dentro por encima de su cabeza. «No voy a decir nada», pensé. Paris tenía una mano apoyada en el marco de la puerta.

—Pues bueno, hasta la vista —dijo—. Estaremos en contacto.

Lo miré a los ojos. Y entonces volví la cabeza muy despacio, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, una negativa silenciosa.

Paris desplazó la mano repentinamente y la disparó en mi dirección, apoyándola contra la tela de mi vestido, entre las piernas.

Me temblaban los hombros y la barbilla. Me di la vuelta y empecé a bajar por las escaleras sujetándome a la barandilla.

En la calle a oscuras un nuevo ataque de náuseas me encaminó a vomitar entre dos edificios. Durante un par de minutos me quedé allí muy quieta, escuchando el sonido de mi respiración. Después me saqué los zapatos y corrí hasta la estación más próxima; corrí, como suele decirse, como alma que lleva el diablo.

NOTAS

[1] *Then*, en inglés, significa entre otras cosas «entonces», «en aquel entonces». (*N. del t.*)

[2] Young Men's Christian Association: Asociación Cristiana de Jóvenes. (*N. del t.*)

[3] En la lista de nombres hay juegos de palabras intraducibles. Por ejemplo, un *john* es un retrete. *Prick*, por su parte, es uno de los coloquialismos más típicos para referirse al pene. (*N. del t.*)

Los ojos vendados

Siri Hustvedt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Blindfold*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Cortesía de Siri Hustvedt. Todos los derechos reservados.

© Siri Hustvedt, 1992

© de la traducción, Claudio López de Lamadrid, 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

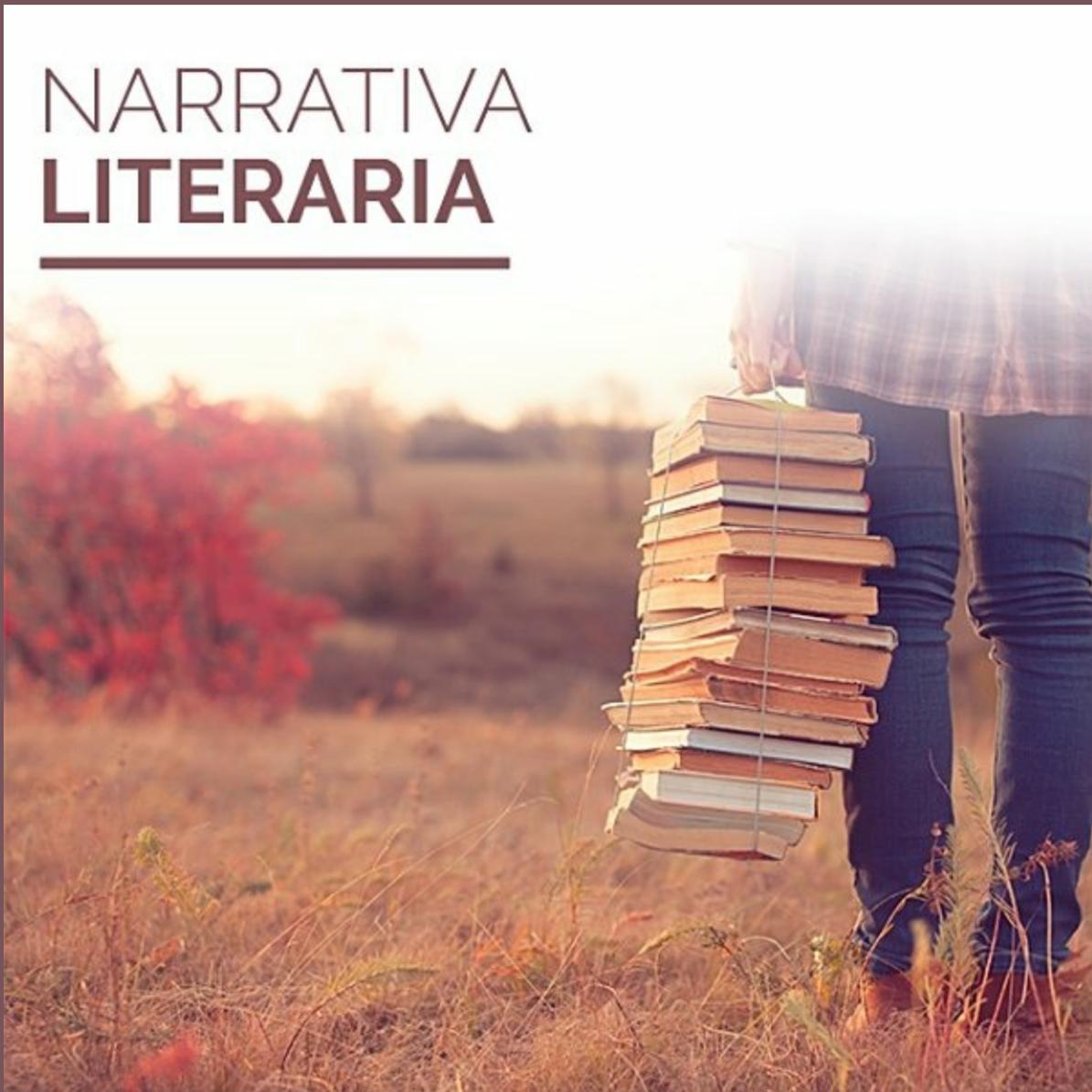
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-322-3356-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





 Seix Barral

Siri Hustvedt

Los ojos vendados

